



JORGE VOLPI

La paz de los
sepulcros



La aparición del cuerpo sin vida de Alberto Navarro, ministro del Interior mexicano y posible candidato a la presidencia del país, junto al cadáver de un hombre desconocido en la habitación de un hotel de las afueras de la capital mexicana, conmueve a una sociedad desafortunadamente acostumbrada a la corrupción y el despotismo de sus gobernantes, los abusos del ejército y la violencia sanguinaria de sus cárteles de droga y delincuentes.

Pero para Agustín Oropeza, periodista de la prensa amarilla, el doble asesinato va más allá de una exclusiva para la Tribuna del escándalo, cuando reconoce la identidad del cadáver del hombre que perdió la vida junto al asesinado ministro.

Con el estilo reflexivo y magistral que caracteriza a Jorge Volpi, y sin omitir la aplastante realidad de México, el autor nos adentra a través de Oropeza en el submundo de la prostitución infantil, funcionarios corruptos y una vida nocturna colmada de drogas y de una actividad sexual frenética que convive con una sociedad que coexiste con el miedo, el asombro y el apetito por lo morboso. Son tiempos de desolación en que cabe preguntarse qué sucede en las altas esferas y qué esconde la realidad política.



Jorge Volpi

La paz de los sepulcros

ePub r1.0

Editor 23.10.13

Título original: *La paz de los sepulcros*

Jorge Volpi, 1995

Retoque de portada: leandro

Editor digital: leandro

ePub base r1.0



Solo en el desorden es posible separar las tinieblas de la luz.

MARTÍN LUIS GUZMÁN

A veces la muerte inmortaliza: fue lo primero que pensé al verlos, un poco con el espanto y un poco con la indiferencia con que he debido revestirme desde hace años; a veces la muerte vuelve célebre a quien la ha sufrido, rescata al yaciente de la futilidad y le otorga una fama que jamás alcanzó vivo, o al menos modifica su figura, elimina sus altibajos, sus miserias, sus temores, y lo convierte en un objeto de exhibición —en cadáver—, ataviado con una imagen postrera, única e inmutable ya, que desde ese instante será recordada para siempre con asco, dolor o admiración por miles de personas, como si nunca hubiese tenido otra. A veces la muerte no conduce al olvido, sino a la sustitución: el muerto halla una nueva existencia en los ojos de quienes lo han visto; entonces, su deceso trae al mundo un nuevo ser, como si se produjera un alumbramiento, el de ese objeto ni querido ni deseado que ahora carga su propia putrefacción. A veces la muerte vivifica.

Pero lo que acaso más duela, más que la pérdida misma, más que la incertidumbre y el tránsito, sea reconocer que esa muerte que inmortaliza, ese acto fulminante que hace del incógnito un héroe o un villano —en todo caso alguien memorable—, no ha dependido de él; la muerte no es, ni siquiera en el suicidio, un acto de voluntad, una decisión planteada o consentida. Al contrario, la muerte resulta sin falta una sorpresa —sorprende incluso al moribundo—: cuanto más grande, mayor es el temor y la irritación que provoca en quienes sobreviven, y más grande es también la posibilidad de acceder a lo eterno, a esa pobre eternidad que cabe en las neuronas de los hombres. De este modo, esa última imagen, trágica o cómica, digna o ridícula —o atroz—, se torna imborrable y habrá de pertenecerle al muerto hasta el fin de los tiempos, será la máscara que sustituirá su rostro enterrado, sin que importe si el cadáver (cuando no lo era) era lúdico o sobrio: esta sombra es, sin duda, lo único que de él ha de quedarnos.

Así los encontré yo aquella madrugada, muertos muy muertos, tendidos sobre sus propios charcos de sangre, en posiciones extrañas, pero definitiva, absolutamente muertos, los cuerpos idénticos e inexpresivos (la muerte unifica y cancela, nos recuerda que, por distintas que sean las situaciones, el resultado es el mismo), o quizá no tan inexpresivos, sino con un rictus súbito y vacuo que acaso algo significase, la sombra perenne que había comenzado a habitarlos y de la cual ya no podían desprenderse: parecía como si se empeñasen en mostrar, con poco recato, la angustia pasada, el dolor impensable y artero que los llevó a ese estado pero que ya no se encontraba más en ellos. Quedaron atrapados —presentía yo— en el instante en que ya no se conocen los padecimientos físicos (los cuales debieron ser terribles: interminables), cuando el dolor ha dejado de ser dolor, detenido en un espasmo que ya no puede incrementarse, por más que el verdugo o los verdugos, el asesino o los asesinos, aprieten o corten o desangren o rompan o hieran o destrocen: que no puede volverse peor. Había cierta apacibilidad detrás del pánico, cierta calma en medio de las llagas y las contusiones, como si la muerte fuese una vieja amiga que nos espera con su consuelo: entonces ya no percibíamos el miedo o la angustia, sino apenas ese dolor impensable y artero que se iba difuminando, que se alejaba conforme más cercano era el vacío; aparecía así un destello de tranquilidad y de reposo: sobre todo eso, un poco de descanso, un respiro.

Cuando a lo largo de la vida uno ha visto tantos cadáveres como yo, tantos muertos distintos (distintas sus condiciones, no sus fallecimientos), tantos cuerpos iguales (igual de muertos aunque tengan rasgos y posturas y colores diversos), resulta difícil sorprenderse, llorar o vomitar o

desencajarse por más desoladora que sea la escena, por más sangre o vísceras esparcidas que se encuentren, por más muerto que esté el muerto. Ese día, ese 26 de agosto, no fue diferente de muchos otros: ni Juan Gaytán, el fotógrafo (lamentable un nombre con rima), ni yo, encaramados sobre los hombros de colegas y policías para tener acceso al espectáculo, estábamos sorprendidos ni teníamos ganas de llorar o vomitar o desencajarnos, por más que los olores resultasen casi insoportables. Nos limitamos a llevar a cabo, con el profesionalismo que nos caracteriza, nuestro trabajo: él, Juan Gaytán, el fotógrafo, conservar para la posteridad y para el inmediato morbo de miles, con sus negativos y sus placas, lo que se desenvolvía frente a nosotros; y yo, únicamente mirar, almacenando en mi mente con la mayor precisión, sin olvidar ningún detalle (no llevaba grabadora ni libreta), la suerte de los muertos. La foto de Juan Gaytán terminaría dando la vuelta al mundo: esa imagen impresa, para muchos demasiado obscena, que la televisión se negó a transmitir, que los lectores buscarían con desesperación en los estancillos solo para horrorizarse a gusto, para que sus esposas los reprendieran por comprar y fomentar ese espanto —la fascinación de la violencia—, y que prohibirían en las escuelas, se convirtió en el nuevo, único referente de esos hombres. Cuando la desoladora imagen de Gaytán comenzó a circular ya nadie volvió a acordarse de cómo eran los muertos en vida (resultaba difícil creer, al contemplar sus restos, que alguna vez hubiesen vivido), por más que días después la prensa respetable se dedicara a reproducir fotos antiguas de ambos (en periodismo lo actual siempre borra a lo pasado), con sonrisas y saludos y brillo en los ojos de la víctima 1, y con rabia, locura y pasmo en los de la víctima 2. Desde el 27 de agosto ellos ya no fueron sino los muertos de esa muerte horrible y cómplice que los había destruido: la gente llegaba a comentar que no era posible que las fotos de antes y las de más tarde pertenecieran a los mismo individuos, e inventaban mil teorías sobre el paradero real de los muertos que de seguro no lo estaban; en cambio ahora solo eran los sujetos de una inmortalidad que los dibujaba como cadáveres nauseabundos y mutilados, como los partícipes de un crimen escandaloso, turbio y maligno (como si hubiese alguno que no lo fuera), como las máscaras sangrantes, desprovistas de pasado y de memoria, de la vida con sus padres, parientes, esposas y amantes, de voz y de defensa, de pasión y de movimiento, de raptos y de su taza de café por las mañanas, o su baño o sus lecturas o sus fiestas y francachelas nocturnas, plasmadas en la fotografía de Juan Gaytán. Un guardaespaldas o guarura o policía secreto había intentado, en vano, arrancarnos la cámara, queriendo evitar así el pasmo y la vergüenza de quienes conocían a los muertos, pero al no lograrlo contribuyó asimismo, en su papel de guardián del pudor y la decencia, a llevar a aquellos cuerpos exangües al recorrido nacional y mundial de su recién adquirida celebridad.

El lugar era un sórdido cuarto de hotel (¿por qué se dirá que los cuartos de los moteles u hoteles de paso son sórdidos, cuando ahí se resuelven tantos conflictos, cuando entre sus sábanas y el olor a semen y a sudor se desarrolla lo mejor de las vidas nocturnas de esta ciudad, cuando ahí la pasión, comprada o alquilada o regalada, es siempre más una fiesta que un delito?), acaso, sí, más sucio y destartado que otros, o al menos el desorden y la sangre manchando las paredes lo hacían ver así, con una cama deshecha al centro, un espejo enorme en la pared de enfrente y otro más, apenas dispuesto a brillar, pegado al techo rosado, justo encima de la cama, para que el amante que se encontrase boca arriba —normalmente, como en las películas, la mujer, pero en realidad, más veces

de lo que se supone, el hombre: somos nosotros quienes más disfrutamos de esas visiones aéreas—gozase con un ángulo que de otro modo le estaría vedado: la espalda y las nalgas en movimiento de su cómplice. Una pequeña ventana permanecía abierta —quizá la camarera que encontró los cuerpos intentó despejar la peste—, y a través de ella se podía ver, con un poco de esfuerzo, el cielo negro sin nubes (serían, en ese momento, las cuatro de la mañana) y unos cuantos destellos de anuncios psicodélicos en neón («medias Foreva» y «calzones Trueno»); enmarcando la ventana había un par de cortinas de terciopelo rojo o naranja, desgarradas, y luego restos de papel tapiz en el cual debió haber, en alguna época, una combinación de líneas doradas y flores azules, el cual también se extendía a lo largo de la habitación, perdiendo cada vez más su color, sustituido ahora por el rojo indeleble que aparecía de un extremo a otro. El resto del mobiliario lo componían un buró desportillado, una silla junto a la ventana, sobre la que se encontró el pantalón con la cartera vacía de la víctima 1 y un pedazo de la oreja de la víctima 2, y una lamparita de noche que no servía. Además, entrecerrado, un clóset con las puertas atrancadas en cuyo interior, pese a los esfuerzos de los investigadores por encontrar pistas, no se halló nada: de seguro el asesino o asesinos tampoco habían podido abrirlo. El baño era muy pequeño, cubierto por mosaicos rosados —la mayoría rotos o sucios—, con una ducha sin cortina, un lavamanos con restos de orines y un excusado en el cual flotaban formas ininteligibles en medio de una coloración entre café y púrpura.

Los cuerpos, o digamos la porción más importante o completa de los cuerpos, se encontraba en el cuarto principal. La víctima 1 se hallaba tendida sobre las sábanas, en una especie de altar, desnuda con excepción del calcetín izquierdo (el resto de su ropa, un saco de cachemira café con leche, una camisa de algodón azul, pantalones de lino *beige* y zapatos de piel marrón, con hebilla lateral, se hallaron esparcidos por distintos puntos del cuarto), boca arriba, con los brazos y las piernas extendidos en forma de *x*, amarrados con cuerdas de marino a las patas de la cama, la cabeza ladeada, llena de golpes, marcas y moretes, y una enorme hendidura en el vientre, producida sin duda por el cuchillo —casi un estilete, una pieza templada y perfecta— que apareció a un lado del tórax de la víctima 2 y que, según se comprobó después, fue causa segura del percance.

Pero las huellas grotescas que se acumulaban por docenas parecían confluir en el centro de la cama, el eje en torno al cual parecía haberse desarrollado el remolino sangriento. El rígor mortis había hecho que, por encima de ese cúmulo de huesos y carne, como si se tratara de una afrenta o un desafío —un último grito o un siniestro ápice de vida en medio de tanta muerte—, destacara el pene erecto de la víctima 1. Alguien, de seguro una enfermera o una mujer policía, pareciéndole deplorable la escena, quizá ruborizándose, trató de ocultar aquel desperfecto, aquella triste broma de la naturaleza, y colocó la funda de una almohada sobre la tumescencia del muerto que así no lo parecía tanto, pero pronto debió renunciar a su esfuerzo porque el efecto, como de diminuta tienda de campaña, resultaba más cómico que trágico, y por tanto aún más desagradable que la visión de la piel amoratada, fría y sólida del muerto. La sangre, ahora reseca, había empapado la sábana y las colchas, pero uno de los momentos más terribles de la noche fue cuando uno de los policías señaló las manos del sujeto: ambas estaban amarradas por la cuerda de marino en las muñecas, pero a una le faltaban tres dedos y a la otra dos. Todos los presentes, policías y reporteros y forenses y ministerios públicos de inmediato bajaron la vista hacia el piso de loseta; pronto aquí y allá se escucharon gritos

que acompañaban señales de dedos que señalaban otros dedos, estos separados de su raíz, esparcidos en el suelo como pequeños montículos o gusanos —lombrices secas— en los rincones o debajo de la cama y de la silla iguales a las piezas robadas de un museo. Un agente se desmayó cuando confundió un cable del teléfono con uno de esos cuerpecitos cilíndricos y flexibles y una periodista aulló cuando creyó ver cómo se arrastraba otro entre la suciedad de los mosaicos.

Y es que a veces, repito, uno no puede explicarse algunos actos, no puede creerse que personas iguales o parecidas a uno mismo se conviertan en ese amasijo, y menos que otra persona, también igual o parecida a uno, haya sido el causante de esa transformación, de esa mutación producida en otro. Cuando uno ha visto tantas muestras de insania y de tortura, de la atrocidad de que es capaz el ser humano —con razón o sin ella, por temor o desesperanza o rencor o aburrimiento—, la angustia no desaparece, como decía, solo se mitiga, aunque también va acumulándose, como si por dentro, en silencio, la sangre tantas veces vista y oída, los homicidios tantas veces atestiguados y recordados —e incluso impresos— se fuesen sumando hasta formar un mar o un océano, en todo caso un material insoportable que, callado, no dejase de ahogarnos, de quitarnos la respiración, como una enfermedad oculta o una llaga imborrable. Como si de tanto presenciar situaciones semejantes, de tanto mirar y recordar el mal, este nos marcara e infectara, nos volviese reconocibles, sujetos distintos de los demás, pertenecientes a una especie de secta paralela a la de los criminales: la de quienes viven de contemplar la muerte y la persiguen con tanta insistencia como los homicidas seriales y que, sin darse cuenta, casi inocentemente, se alimentan de ella, por ella viven, sobreviven y actúan, adictos a la carroña que unos hombres creamos en otros y en la que finalmente todos quedaremos convertidos.

El estado del otro sujeto, la víctima 2, era aún más deplorable, como si se tratase de una competencia por alcanzar con mayor precisión y firmeza los límites del dolor: su cuerpo (en este caso sí, digamos, un trozo de su cuerpo: el tórax, los brazos y las piernas, pero no la cabeza) yacía en el piso, como una mancha negra: toda la ropa que traía, el pantalón de mezclilla y la camiseta sin mangas e incluso la chamarra de cuero que se encontró en otra esquina y debía pertenecerle, era de ese color, una escultura o un mueble roto, en cualquier caso nada que pareciese humano. Hecho un ovillo, como recobrando su olvidada posición fetal, o como si se protegiese de decenas de golpes y patadas que le viniesen de todas partes, permanecía escurrido a un lado de la cama. Solo el cuello tronchado, la ausencia de cabeza y rostro y alma, mostraba su verdadera condición: después de unos momentos la sangre se vuelve tan común, tan próxima, que no se repara ya de dónde proviene, a quién le falta. «Pero ¿cómo puede salir alguien de un hotel con semejante cargamento?», dijo un oficial sin obtener respuesta, incitando el encono de los que guardábamos silencio. Sin duda el asesino o asesinos habían sustraído la pieza cercenada de la habitación; no se había o habían contentado con torturar y matar a sangre fría a los dos hombres, sino que incluso había o habían desprovisto a uno de ellos de este componente básico del ser humano, la cabeza. En ese momento ningún otro indicio pudo hallarse del criminal o criminales: no se descubrieron huellas ni otras armas; quizá se había tratado de un ritual, de una ceremonia de tortura donde las víctimas, por lo visto, no habían opuesto resistencia.

¿Cuánto tiempo pasa antes de que sea revelada la identidad de los sujetos que de pronto saltan a la fama por ser las víctimas de un crimen atroz? ¿Cuánto tardan en aparecer los rumores y los

chismes, y cómo se trasladan de un lugar a otro, dueños de una insólita velocidad propia? ¿Cómo, en fin, las noticias se vuelven tema de comentario inmediato y cómo se agotan también al cabo de unos segundos? Resulta increíble darse cuenta de la rapidez con que una pista, una indiscreción cometida por quien menos tendría que formularla, provoca un alud de reacciones. De pronto infinidad de reporteros y fotógrafos corren y se desplazan de un lugar a otro, armando boletines y notas, llamando con celulares a sus respectivas redacciones para informar de lo que nunca debería informarse, para revelar al público, siempre ávido de escándalos y muertes, los detalles y minucias de sucesos que, por azar, por descuido o por la intervención de ciertas oscuras voluntades, se vuelven noticias.

Desde el primer momento, cuando nuestro informante —de Juan Gaytán y mío— nos llamó con su desesperación habitual (trabaja en un cuerpo policíaco, como era de suponerse, y siempre teme ser descubierto mientras se comunica con nosotros, aunque, eso sí, no teme recibir la paga que nos reclama después, a veces antes de salir de la escena del crimen), nos enteramos de la supuesta identidad de una de las víctimas, luego confirmada por el ministerio público, lo que volvía la noticia no solo atroz y tremenda sino única y escandalosa, de imprevisibles consecuencias, muy lejana del ámbito de cuchilladas entre desconocidos, cuyas muertes a fin de cuentas solo importan por el impacto de la violencia y la cantidad de sangre que arrojan en los periódicos: la materia prima de la nota roja diaria. Por el contrario, aquella habría de convertirse en la nota más importante de la prensa nacional, y aparecería en *spots* de radio y TV, e interrumpiría telenovelas, caricaturas y las olvidadas películas mexicanas que pasan por las tardes, para espanto de amas de casa, padres de familia y niños que estarían entreteniéndose con sus propias dosis de violencia anónima. Se transformaría, acaso, en una de las revelaciones más importantes del año, o al menos del mes, capaz de volver famoso a los periodistas que la cubriesen —Juan Gaytán y yo—, o que al menos les garantizaría, como de hecho ocurrió, unas bien pagadas vacaciones. Era para celebrarlo: de ser cierta la sospecha (como lo fue) y en caso de obtener la primicia (que la obtuvimos), Juan Gaytán y yo estaríamos en medio de la Historia, contribuiríamos a ella de modo directo: el sueño permanente de cualquier periodista, incluso de los periodistas de nuestra clase.

De manera increíble todo ocurrió según lo imaginamos, como lo demuestran las hojas que escribí en el automóvil al salir de ese cuarto de hotel y que corrimos a entregar a la redacción de *Tribuna del escándalo*. La fotografía de Juan Gaytán apareció a la mañana siguiente y luego fue reproducida, con o sin autorización, en infinidad de medios en todo el mundo: Alberto Navarro, ministro de Justicia de la República, había sido brutalmente asesinado en un hotel de la afueras de la ciudad (nótese la cantidad de eufemismos en una sola frase: así apareció el titular de *Reforma*). Tal cual: el ministro de Justicia, el primero que ocupaba el cargo, creado expresamente para él por el presidente Del Villar, había sido encontrado («en circunstancias deplorables», le dijo al presidente el coronel Rodríguez Piña, director de Investigaciones de la Policía: y también esto era un eufemismo) en un hotel de mala estofa y, lo que era aún peor, en compañía de otro cadáver, todavía no identificado, al cual le faltaba o había perdido o al que le habían arrancado, ¿cómo decirlo?, la cabeza, sí, señor, *la cabeza*. «¿Homosexuales?», dicen que dijo el presidente. «Aún no lo sabemos», tartamudeó Rodríguez Piña, «pero no creo».

De qué modo la fama cambia y se transforma, cómo un día somos una cosa, y todos nos ven y

conocen y recuerdan como tal, acaso la imagen que hemos creado a lo largo de años de penas y denuedos, para que de pronto, con un solo golpe de suerte (de mala suerte o infortunio), nuestra fama sea otra, la celebridad nos rodee por motivos distintos o contrarios a los nuestros, y todo lo que habíamos construido se derrumbe, como si nunca hubiese existido, convirtiéndonos para siempre, para la eternidad y el futuro, en lo que no éramos ni nunca quisimos ser o parecer, o en lo que ocultamos cuidadosamente de nosotros mismos y que ahora la mala suerte ha sacado a la luz. Un segundo de fama (una fotografía tomada a traición) es capaz de borrar una vida entera, un destino. El pobre ministro de Justicia, a quien, a pesar de su cargo, su eficiencia y su rectitud, y las transformaciones y mejoras que introdujo para el bien del país, casi nadie conocía, se convirtió de repente en una celebridad distinta, imborrable —en un cadáver—: no el honrado, inteligente y eficaz ministro de Justicia que decía ser, sino el ministro de Justicia que había sido brutalmente asesinado y torturado en un cuarto de motel (ahora sí) junto con un individuo desconocido, pero no de su *clase*, que había sido decapitado. El pobre ministro de Justicia pasó a ser solo una imagen dentro de la fotografía de Juan Gaytán un poco oscura, con esa luminosidad ácida y fría —como de relámpago— que provoca el estallido del *flash*, pero sin embargo llena de contornos nítidos y sombras que, con mínimo esfuerzo, se convierten en cuerpos reconocibles a pesar de la reticencia o el horror; está tomada por encima del hombro de uno de los policías desde un ángulo oblicuo que procede de la puerta, la cama en primer plano (con su cadáver encima), arrugada y llena de sangre, los pliegues azules perfectamente claros, la textura manchada de las colchas y las sábanas, como un centro de luz a partir del cual se colocara el resto de los cuerpos (un centro intocado y limpio a partir del cual emanaba, poco a poco, la violencia y la muerte); el cuerpo de la víctima 1, el cuerpo de Alberto Navarro, el ministro de Justicia —entonces comprobamos, emocionados y atentos, que en verdad era de él, como cuando revisamos las listas de los billetteros y descubrimos que de veras coinciden los números, que la lotería es nuestra—, se ve de lado, es decir, el brazo y la pierna derechos con las cuerdas que aún lo atan y la pérdida de los dedos apenas visibles: miembros lánguidos, casi blanquecinos, no del todo débiles, de alguien que de joven debió ser fuerte e hizo ejercicio, pero que ahora lo ha dejado —igual que el sol—, perdiendo un poco de consistencia; también se le aprecia el vientre y el pecho y el cuello, llenos del color rojo de la sangre, hundidos como si se tratase de un balón desinflado —el vientre poco menos—, y apenas, a contraluz (de otro modo hubiese resultado, *en verdad*, demasiado obsceno, incluso para ser publicado en *Tribuna del escándalo*), el pene erguido, cubierto, solo por unos segundos, por la funda que le ha colocado encima la mujer policía o la enfermera ruborizada; sin embargo, la mayor pena y el mayor impacto no lo provocan la sangre y las llagas o la indefinible posición del ministro de Justicia, sino su rostro: es el centro en el que confluyen las miradas y los terrores: un rostro que de cualquier modo nadie, ni siquiera su esposa o su familia, podría reconocer como el del ministro de Justicia aunque sin duda lo sea, como si un pérfido caricaturista hubiera manoseado sus rasgos, exagerándolos hasta lo grotesco, haciéndole perder sus líneas finas y tenues, pero conservando cierto aire inimitable, cierta aura que, debajo de las protuberancias, los moretones, las cortadas y los mechones de cabello, indicase que no podía pertenecerle a nadie más que al extinto ministro; los ojos se mantienen muy abiertos —nadie se ha atrevido a cerrárselos, ni siquiera la pudorosa mujer policía o la enfermera—: una especie de

vidrios azulosos, impávidos, detenidos con su última visión: acaso, como en las películas, con el rostro y los rasgos de su asesino o asesinos; ojos sin expresión, vacuos y tenues, con un leve fulgor que escapa de los párpados hinchados y purpúreos, de los pómulos rasgados y del mentón torcido; la nariz, por su parte, es apenas un montón de carne, igual que los labios (que no se distinguen por la sangre que rodea la boca y la barbilla), por lo que la única parte reconocible de Navarro son los dientes y la sonrisa súbita que guardan; esa sonrisa que, desde luego, ya no le pertenece al ministro de Justicia, sino a su cadáver; esa sonrisa que es la muestra de que aquello que un día fue —el hombre recto que ayudaba a guiar los destinos del país— ha dejado de ser: una burla sádica que no era propiedad del muerto, ni del destino, ni siquiera de su homicida, sino de la irracionalidad del mundo o acaso de nuevo de la mala suerte o del infortunio que ha caído ahí, en ese cuarto de hotel o motel, primero sobre las víctimas, quizá también sobre el asesino o asesinos, y por descontado, a partir de ese momento, sobre todos los que participamos de un modo u otro en la escena. Cerca del borde de la foto, en segundo plano, pero aún iluminado por el *flash* o los últimos restos de luz que se asoman desde la ventana, el otro cadáver —el medio hombre— se dibuja como un resquicio, una entelequia que nadie querría reconocer como lo que es: apenas un ovillo negro, un ato de ropas negras esparcidas por el suelo, nunca un cuerpo humano; pese a su relativo disimulo, la sola presencia de aquella sombra constituye el signo más ominoso, la prueba más grande de que los acontecimientos que han tenido lugar en ese cuarto de motel no pueden ser sino un producto del mal, de los demonios que alguien, brutalmente, había soltado aquella noche.

Aquella fotografía seducía y horrorizaba más por lo que callaba que por lo que decía. Pero lo que nadie buscaba hallar o reconocer a partir de sus luces y tinieblas no era lo que ahí se veía —las muertes—, sino lo oculto detrás de ellas, lo no presente: el pasado inmediato, las causas y las motivaciones que se habían desarrollado para dejar esa última porción de los hechos, las furias desencadenadas por los sujetos que ahora ya no lo eran y por aquel o aquellos, desconocidos o ignotos, prófugos quizá, que también habían concurrido al cuarto del hotel y de los cuales nosotros no teníamos sino atisbos, señales contundentes de sus acciones. La foto inmovilizaba y por lo tanto mentía: las horas, ¡horas!, transcurridas dentro de esas cuatro paredes quedaban fuera de lo que las cámaras habían podido fijar, olvidando lo realmente atroz, lo anterior a los resultados que ahora veíamos. Solo una película o un vídeo —algo imposible— hubiesen podido mostrar la verdad: el movimiento y el trance y el lento paso de los segundos (lo peor de la tortura) hasta llegar a las muertes, en algún sentido lo menos importante. Ni siquiera valía la pena hacerse las preguntas obligadas y necias —quién es capaz de hacer algo así, o por qué—: la mera visión de las muertes demostraba que, en medio de la insania o fuera de ella, obra de un loco o no, el asesino o asesinos tenían suficientes motivos para realizar lo realizado: las muertes eran tan terribles —tan claras— que no daban lugar a especulaciones: el autor o autores del crimen habían perseguido denodadamente el dolor ajeno, como si se tratase de una droga, del único medicamento capaz de curarlos de su propio, intolerable dolor. No había otra explicación posible, por más que detestemos las consideraciones psicológicas tan de moda para justificar o camuflar la evidencia: el estado de aquel cuarto de hotel

bastaba para dar cuenta de que ahí yacía, un poco oscurecida, casi atenuada por el horror, pero inevitable, insoportablemente presente, una trama que necesitaba ser revelada, por más que ello solo incrementase la angustia y el pánico de los sobrevivientes, por más que a nadie le conviniese: ni a la familia del ministro de Justicia, ni a los parientes del cadáver incógnito y desde luego tampoco, mucho menos, al gobierno de la República.

Estas consideraciones hacían que el crimen se perpetuara en el tiempo más allá de cualquier voluntad: *debía* ser investigado («hasta las últimas consecuencias», como siempre se dijo), el público *debía* conocer la verdad (al menos algunos avances hasta que encontrase un nuevo entretenimiento), y el culpable o culpables *debían* ser hallados y castigados, sin importar quienes fuesen, pero todo ello solo por inercia propia de los homicidios, no porque en realidad alguien quisiese (o creyera conveniente) ir hasta las últimas consecuencias, descubrir identidades o practicar castigos: este largo y abstruso proceso, de llevarse a cabo, hubiese equivalido a mantener las heridas abiertas y sangrantes —un sangrado interminable: una muerte mucho más cruel que las ya ocurridas—: el desprestigio del ministro de Justicia y, por consiguiente, del gobierno de la República. Qué manía de seguir matando a los muertos, qué insana voluntad de mirar la sangre y la podredumbre hasta llenarnos los ojos y los oídos y las pantallas de televisión: en estos «tiempos difíciles» (palabras del presidente Del Villar, dichas, hay que creerlo, con la mejor de las intenciones) había que «mantenerse unidos, evitar los rumores que vulneraban la estabilidad de la democracia que con tantos sacrificios había sido alcanzada por el país» y, en fin, «andarse con cuidadito» (palabras, no tan bien dispuestas, de Rodríguez Piña): lo que equivalía, en mis menos cuidadas frases, a callarse la boca y esperar a que se desarrollase el normal «curso de las investigaciones». De este modo, uno de los crímenes más espantosos de que se tuviera memoria debía desaparecer cuanto antes de las mentes y las bocas de los ciudadanos, resuelto o no (era demasiado insoportable), aun cuando todos supiésemos que la verdad *debía* ser encontrada, sin importar que nadie creyese que semejante resolución fuese a ocurrir pronto (de suceder así, de cualquier modo nadie creería en los resultados de las investigaciones).

Todavía nos encontrábamos en el motel —el lugar de los hechos—, bajando las escaleras, a punto de salir, cuando estas consideraciones ya habían comenzado a operar: se había iniciado el lento camino de disolución, se había puesto en marcha la rueda que en apariencia solucionaría el crimen pero que en realidad solo habría de llevarlo a su inevitable encubrimiento, a su liquidación. El poder es ciego, pero opera rápida, imperceptiblemente. Cuánto tardaría el personal de limpieza de la policía en borrar la sangre y despejar los desechos, qué tiempo les llevaría a esos incógnitos seres —nunca se les ve ni se les conoce, como a los asesinos, pero su obra se nota de inmediato— borrar las huellas y retirar los cuerpos y los fragmentos arrancados a los cuerpos, dejar el cuarto como si nada hubiese sucedido: un mísero cuarto de hotel, idéntico a tantos, otra vez listo para albergar los deseos, el semen, el dinero y los gestos fingidos de las putas que yacerían de nuevo entre esos muros, sin sospechar que el lugar de sus gozos, pleitos y reconciliaciones había sido marcado, poco antes, por la muerte. El olvido es un bien necesario para todos —hay que aprenderlo— y nadie tiene derecho a perturbarlo en aras de ideas demagógicas como justicia, bien o verdad: aunque no se dijese así, abiertamente, era lo que todos pensaban, lo que todos hubiesen querido: un olvido

paulatino, profundo, comfortable.

Yo, que he visto tantas muertes similares, tantas que no sabría recordar, no tenía por qué pensar distinto: había conseguido la nota, la había publicado, aun podía disfrutarla, y luego debía dejarla de lado, como mil historias con las que me he topado o que he perseguido con denuedo. Pero casi por casualidad, por uno de esos mínimos detalles que son el principio de largas conexiones —el destino—, no pude desprenderme de estas muertes, por más que me pertenecieran y que en todo momento supiese que lo mejor era apartarlas de mí; por más que intuyese la incertidumbre y el dolor y la fatiga que iban a causarme. Casi distraído —era tarde, la noche humeaba detrás de mí, por la ventana, y la lamparita sobre mi escritorio me calcinaba los ojos—, dejando a un lado el cigarro, disponiéndome a marcharme (me ardían los párpados), tomé de nuevo el ejemplar de *Tribuna del escándalo* que traía en primera plana mi nombre y mi crónica y la fotografía de Juan Gaytán (aún ahora me sorprende que este acto reflejo fuese la causa de tantas consecuencias posteriores, de tanta angustia), y volví a mirar la fotografía.

No sé si fue mi vista calcinada, o el azar, pero entonces observé algo que no había visto antes: una especie de señal, un indicio que nadie más que yo sabría interpretar —y por lo tanto una especie de orden venida de ultratumba—, un indicio que a la policía y al gobierno les pasaría desapercibido o tomarían por ridiculez sin importancia, pero que para mí de pronto lo representaba todo, un cambio, una transformación esencial en mi vida (a partir de ese instante también yo iba a dejar de ser lo que era para convertirme en otra cosa, en algo que desconocía, que nunca había buscado y que nunca había sido antes), una iluminación: yo *conocía* a aquel sujeto, yo *sabía* quién era el hombre que había muerto al lado del ministro de Justicia. Es más: lo había tratado, había hablado con él, había sido mi amigo. No podía estar seguro pero algo en mi interior decía que no me equivocaba, que era él. En su mano izquierda, perfectamente reconocible, estaba la marca —como si se tratase del anticristo—: mi anillo, el anillo que yo le había dado a un hombre hacía mucho tiempo, antes de que se convirtiera en cadáver decapitado e ignoto (aunque su identidad estaba a punto de ser desvelada), el anillo —*mi* anillo— que había intercambiado por el suyo en una tonta ceremonia de adolescencia. Ese cadáver podía ser de Nacho, mi compañero de escuela, a quien no había visto en años, a quien había llevado a su primera noche de putas, cuando los dos estábamos en la preparatoria y no podíamos imaginar que volveríamos a encontrarnos así, dieciséis o diecisiete años después, él convertido en el cadáver sin cabeza retratado por Juan Gaytán y yo en el reportero que hacía apenas unas horas lo había visto allí, en el lugar de los hechos, pero que solo ahora lo reconocía y lo arrancaba del anonimato para reintegrarle un nombre y una historia, unos cuantos restos de su pasado: su condición de ser humano, su *espíritu*.

Los sucesos del mundo que unen a unas personas con otras son de lo más extraño (como nunca hemos podido comprenderlos los llamamos fatalidad o coincidencia o suerte), como si las minucias del azar gobernaran todos nuestros actos, y algo que al principio nos parecía fútil e intrascendente, al cabo del tiempo termina uniéndonos con quien menos pensábamos y con quien nunca hubiésemos coincidido de no existir ese retraso o ese encuentro pasajero o esa decisión tomada sin cautela (cada uno de nuestros movimientos se vuelve decisivo, aunque no sepamos en qué medida, en el imposible reino del futuro). Una absurda e impensable coincidencia había emparentado —al menos en la

muerte, pero puede deducirse que no solo en ella— a Alberto Navarro e Ignacio Santillán (y no es cosa frecuente morir en semejantes circunstancias acompañado de alguien), pero no solo eso: como ellos ya no podían referir sus encuentros o la casualidad que los había unido, había aparecido yo — un triste reportero— como el nudo, el nexo vivo que ahora podía hacerlos hablar, mostrando la historia oculta que los había llevado a morir —asesinados— en el mismo cuarto de motel. O había otro modo de plantearlo: qué sombras, qué pecados, qué trances podían haber unido para siempre, para la eternidad, los destinos de estos dos hombres: de qué serían responsables y de qué inocentes (cuando alguien muere así, de inmediato se le deplora y compadece sin considerar la posible y probable participación de los finados en sus horribles muertes), y cómo podrían revelarse semejantes consideraciones. Pero no había remedio: yo lo había *reconocido*, con voluntad consciente o sin ella, y eso bastaba para cargarme con una responsabilidad, con un peso del cual no podría despojarme fácilmente —el conocimiento que nos separa de los demás, que nos hace distintos—: esta sabiduría me brindaba algún poder, la capacidad, única acaso, o al menos inimitable, de relacionar los hechos y conocer las causas y establecer la verdad, el poder que emana del don o del artificio de *ver* allí donde los otros están ciegos, de *reconocer* las formas y las figuras mientras los demás permanecen bajo las fronteras de la oscuridad. Se trataba, pues (yo apenas lo advertía, lo descubría lentamente), de ejercer el poder que me había sido dado (el poder no ejercido no existe), de esclarecer y clarificar lo sombrío, de convertirme, como explorador, como taumaturgo, al desentrañar las sombras de lo ocurrido en ese cuarto de motel entre Alberto Navarro e Ignacio Santillán, en esclavo del poder que poseía. Me había convertido, en potencia, en un nuevo verdugo, en una nueva víctima.

Quisiera escribir que Ignacio Santillán y Alberto Navarro nacieron a la misma hora, doce de la noche, del mismo día 13 de octubre, pero no resulta fácil (y la conciencia bastaría para desprestigiarme): los datos no son exactos y la información proporcionada por las familias no parece confiable; también me gustaría decir que poseen un antepasado común o que ambos nacieron en la misma clínica, pero nadie estaría en disposición de asegurarlo. Es una lástima: de cualquier modo las coincidencias y los encuentros en sus historias son bastante numerosos para que yo añada otros nuevos (bastaría con saber que ambos compartían una enfermedad, leucemia, para sospechar que había más de un factor común entre ellos, aparte de sus muertes en el mismo lugar: cierta diversidad coincidente en medio de unas carreras que, en cierto sentido, resultaron *paralelas*). Sin embargo, en una improvisada conferencia de prensa al día siguiente, a la que desde luego no me invitaron, la Fiscalía General de la República sostuvo, inamovible, la opinión contraria: ningún nexo —«aparte de las muertes en el mismo lugar», se dijo por primera vez— existía entre el difunto Alberto Navarro, ministro de Justicia, y el otro sujeto aparecido en el lugar de los hechos, el cual ahora ha sido identificado —confirmando la información que yo acababa de proporcionarle a Rodríguez Piña — como Ignacio Santillán, trabajador de la empresa Cinemex, de treinta y siete años de edad (los mismos que el ministro, calculé entonces), con domicilio en etcétera, etcétera. Y como era el propio Fiscal General quien había afirmado rotundamente que no existía un vínculo anterior entre los dos occisos, ni siquiera valía la pena cuestionarlo: el prestigio del doctor Corral Morales bastaba para

cancelar cualquier duda, por más que sus palabras fuesen, en cualquier caso y en cualquier país, absolutamente imposibles de probar, y eso sin tener en cuenta que la muerte conjunta en un cuarto de motel en las afueras de la ciudad, en semejantes circunstancias, bastaría para sospechar, con un mínimo de sentido común, que algún motivo tendrían los sujetos para estar (por mala suerte o infortunio) en el mismo lugar a la misma hora, justo a tiempo para ser asesinados consecutivamente. Por su parte, el doctor Corral Morales se limitó a proporcionar algunos otros detalles sin importancia: las causas de las muertes (que coincidían, increíblemente, con la evidencia visual), la efectiva desaparición de la cabeza de Nacho (el pudoroso doctor Corral Morales omitió hacer precisiones al respecto) y la confirmación de que, antes de morir, los dos individuos habían sido sometidos a torturas (aunque tampoco se atrevió a especificar cuáles). Respecto a los móviles de los homicidios o la identidad del asesino o asesinos, nada: «En cuanto tengamos más información, queridos señores de la prensa —terminó el doctor con su voz afelpada (como si solo para la prensa fuese importante)—, los haremos llamar de inmediato».

—¿Los dos?

—Los dos.

El rostro del Viejo se contrae con una expresión que no es de asco ni de pena ni de desesperanza (las reacciones típicas que cualquiera hubiese adivinado en alguien que acaba de escuchar una confesión semejante), sino de asombro, más por haberse dado cuenta de las capacidades ocultas de la mujer con la que habla que por la naturaleza de lo sucedido. Agita las manos, camina de un extremo a otro de la estancia y trata de convertir en imágenes, con todo detalle, aunque prejuiciado por la fotografía de Juan Gaytán, las palabras que han venido depositándose en sus oídos desde hace un par de horas. Mira de reojo a la muchacha, sus *jeans* rotos y su rostro sin maquillaje, el *body* rojo que revela abruptamente el contorno de sus senos, su cabello negro recogido en una cola de caballo, y ahora trata de ponerla a ella (esa zarigüeya indefensa, con *jeans* rotos y *body*) en el lugar de los hechos, discutiendo y rogando y peleando y llorando y cogiendo. Llevan largos minutos poniendo en orden las escenas (y las ideas y los sentimientos de ella, que está confundida y aletargada, como si se hubiese inyectado), de hacer convergir los tiempos y de decidir las responsabilidades, en vano. Ella llora y suspira y ríe alternativamente, como si los recuerdos, dolorosos (la muerte del ministro, al parecer), nostálgicos (cuando le hizo el amor por última vez) o alegres (el Viejo no quiso entenderlo, pero ella se refería, sin duda, a la muerte de Ignacio Santillán), aparecieran en su cerebro imprevistamente, de un tirón, incapaz de controlarlos o detenerlos.

—Tranquilízate de una vez —le grita el Viejo—. Oye claramente lo que te digo, es más importante: ¿qué pasó con la cabeza?

—¿Cabeza? —balbució Marielena Mondragón.

—La cabeza de Nacho —repite el Viejo, impaciente ante el silencio.

La joven parece no oír, o no entender (en realidad no está presente, ella permanece en el cuarto del motel, al lado de los cadáveres, muda); el Viejo la toma de los hombros, tratando de recuperarla, en vano. Como si esa parte de la historia se hubiese perdido en los abismos de su memoria, un

fragmento arrancado a ella con la misma fuerza y la misma intención con la que se decapitó al otro. Marielena se mantiene inmóvil, con los ojos color chocolate bien abiertos, fijos en las cadenas de oro que cuelgan del pecho del Viejo, en medio de su camisa roja abierta. Solo ve los puntos de luz que giran de un lado a otro del metal conforme su portador avanza o retrocede, o se enfurece. «La cabeza de Ig-na-cio», el Viejo parece retrasado mental, hace gestos y ademanes; loco por capturar una atención que ya no es suya; intenta otra táctica:

—¿Cómo lo hiciste?

—¿Qué?

—Cortarle la cabeza.

—¿A quién?

—A Ignacio Santillán.

Poco a poco tiene que hacer que ella recuerde. Es su misión, la única posibilidad que le queda a él de salvarse.

De las personas menos pensadas se obtienen, de vez en cuando, las revelaciones más sorprendentes, los datos que tanto se habían buscado por otros medios, la clave permanentemente elidida; como si aquellos que se mantienen ajenos a nuestras preocupaciones, concentrados en las suyas, pudiesen darnos, de pronto, la claridad que hemos perdido en medio de la maraña de nuestras ideas. Filomeno Rivera, cuñado de la esposa de mi primo (hijo menor de mi tía Catarina), hasta la última vez que lo había visto, era un opacado pasante de medicina de los que sobreviven a base de estudiar noche y día sin dormir, pero bastante buen muchacho, siempre dispuesto a aprender y a recibir consejos de los demás. De vez en cuando me llamaba, yo hacía lo posible por no colgarle de inmediato, aunque siempre me resultaba imposible, apenas toleraba el ritmo de su voz y la pregunta que sin falta me hacía: ¿y tu esposa? Hace dos años que no la veo, y ya se lo había repetido al menos cien veces a lo largo de estos dos años. Por eso, cuando, al contestar el teléfono con ansiedad —esperaba una llamada de Juan Gaytán y otra de Susana, una secretaria con la que iba a salir esa tarde—, escuché su voz, estuve a punto de decirle, con voz eléctrica: *en este momento no puedo atenderle, pero si gusta dejar un mensaje o enviar un fax hágalo después de escuchar la señal*, pero cuando me di cuenta era demasiado tarde para intentarlo. Resultó que Filomeno estaba haciendo su servicio social en el Semefo (ah, no me digas, qué interesante) y acababa de estar presente ni más ni menos que en la autopsia del exministro de Justicia Alberto Navarro (eso sí era interesante).

Mi tono de voz cambió de súbito y entonces, como el que no quiere la cosa, haciendo preguntitas aquí y allá (de cualquier modo la inteligencia de mi interlocutor no da para mucho) me enteré de lo que nadie debía enterarse, a excepción de los poderosos y unos cuantos médicos y, por casualidad, el ingenuo cuñado de la esposa de mi primo: el rostro y el sexo y el vientre de la víctima 1, es decir, de Alberto Navarro, el ministro de Justicia, se encontraban prácticamente bañados en jugos vaginales, aunque aún resultaba imposible determinar a quién pertenecían. Es decir, que el asesino, o uno de los asesinos, o al menos alguien que había estado en el lugar de los hechos antes o durante o después de la muerte del ministro, había sido mujer. Pero, de nuevo, obviamente, a nadie convenía dar a conocer

tal avance, la esposa y las hijas del ministro no tenían por qué seguir sufriendo, no había motivo para publicar las pistas que habían conducido en esa dirección; en todo caso, de ser la mujer la asesina o uno de los asesinos, su sexo sería evidente al ser capturada sin necesidad de hacer el escándalo todavía mayor (y mayor el morbo del público, y por tanto su interés en saber *más*).

Le agradecí a Filomeno su amabilidad por llamarme, quedamos en comer la semana siguiente — era un esfuerzo que había que soportar— y solo como una nueva casualidad (ya se sabe lo curiosos que somos los periodistas) le pregunté si también estaba en la morgue el otro cadáver, el de la víctima 2. Me respondió, entusiasmado, que sí, que también había estado en esa autopsia (la causa de la muerte fue la decapitación, añadió satisfecho).

—Oye, Filo, ¿tú crees que sea posible ver los objetos personales que tenía ese cadáver?

—Desde luego nadie ha venido a reclamarlos —rió estúpidamente; y luego, con un tono de complicidad—: sí, puedo ayudarte.

Cuando lo descubrí ni siquiera me tomó por sorpresa, incluso debí haber supuesto que se trataba de un antecedente lógico e indispensable de la personalidad de Ignacio Santillán: pertenecía a una familia de invidentes. Tanto su padre como su madre eran ciegos de nacimiento, de modo que nunca pudieron ver a su pequeño hijo. No atino a suponer qué desean los padres de un niño que se encuentra en estas condiciones, hasta dónde hubiesen preferido, por identidad y conveniencia mutuas, que también fuese ciego, o quizá es al contrario y la oscuridad necesita forzosamente que a partir de ella sea engendrada la luz. Ese era Ignacio: por un lado, un producto más de las tinieblas, pero por otro un habitante seguro y eficaz del universo contrario: una criatura lanzada de la noche hacia el día en un prolongado y absurdo recorrido que terminó aquel 26 de agosto en el que por fin, agotado, destruido, volvió a ese mundo en el que solo existe lo caliente y lo frío pero no el rojo y el blanco. No ha de ser sencillo comprender a un hijo, a una parte de nosotros que de pronto, inexplicablemente, se adentra en un lugar que no conocemos y en el cual somos incapaces de ayudarlo. Los padres de Ignacio estaban acostumbrados desde el inicio a vivir en una suerte de entorno en el cual el tacto y el oído y el olfato, las texturas y los ruidos y los aromas, eran sus únicas llaves; cómo exigirles de pronto renunciar a todo ello, cómo exigirles que entendieran de repente palabras que para ellos carecían de significado. Porque el reino de los ciegos no es la casa de la oscuridad, ni una caverna o un precipicio: para ellos la luz es apenas un espectro, un estímulo, una temperatura, pero no una carencia ni una falta; los colores idénticos e indiferenciables forman un campo completo, suficiente en sí mismo: sólido y estable. Nadie tiene derecho a perturbarlo, como nadie tiene derecho a decirnos a nosotros que un sentido más, del que carecemos, nos permitiría adentrarnos en sensaciones desconocidas, en nuevas e inquietantes percepciones de cuerpos que nos rodean.

No quiero decir que los padres de Ignacio no lo quisieran, tampoco que se declarasen incompetentes para atenderlo y educarlo; solo que aquí, más que ninguna otra familia, la barrera que separaba las generaciones era mucho mayor, imposible de franquear, ineluctable. Poco a poco, conforme crecía, el niño se alejaba de la invisibilidad original (el territorio de los grandes), como en

un nacimiento prolongado en el que se deja lentamente el regazo materno. Como si el nacimiento no hubiese bastado para separar los cuerpos que antes se encontraban unidos, la luz practicaba una cesárea permanente, no menos sangrienta, en la cual Ignacio iba tomando lenta conciencia de su lejanía: era *diferente*. Ni siquiera al cerrar los ojos, o en las penosas madrugadas en que clausuraba todas las cortinas, puertas y ventanas de su habitación, en busca de la verdadera oscuridad, volvió a sentirse nunca cercano, semejante a sus padres. Él tampoco podía comprenderlos, por más que se esforzara: vivían en dimensiones opuestas, ellos sumergidos en el fondo de un mar, él flotando apenas, nadando sin fuerzas, añorando las profundidades. En sueños, pesadillas que se le aparecían con los tonos y brillos vivificados, se imaginaba introduciendo las dos aspas de un compás en sus pupilas, observando con calma, sin dolor, cómo el rojo pausadamente se convertía en negro, cómo así se volvería capaz de soportar las desesperadas caricias de su madre...

No tuvo hermanos. Obviamente fue un niño solitario y apartado. La escuela, la compañía de personas normales, que distinguían las siluetas como él, que apostaban a ver objetos cada vez más chicos, que hacían bizco o se colocaban los dedos entrecerrados frente a los ojos para distinguir mejor los detalles, no eran de su agrado, tampoco ese era su mundo, también ahí era diferente. Y no solo por las burlas o los apodos, por las risas calladas con las cuales lo veían partir al lado de su madre, sirviéndole de lazarillo, sino por el carácter general de una tierra que no le parecía ni propia ni digna; a ellos no les importaban las palabras ni la música ni el contacto verdadero con los otros, eran más ciegos que los ciegos, desprovistos no de uno, sino de cuatro sentidos. Pero en casa intentaba devolverle el equilibrio a su tristeza. Al principio se quedaba horas tratando de describirle a su madre, con detalle, la forma precisa de una lámpara, o el tono exacto de una colcha, o las transformaciones que el sol efectuaba, en su paso por el cielo, en las hojas del colorín que estaba plantado frente a la entrada de la casa. Ella lo escuchaba en silencio, con medida (la connivencia propia de los padres que sonrían ante los mundos desconocidos inventados por los hijos), animándolo cuanto podía, pero incapaz de simpatizar con las minucias que él se esforzaba en arrancarle a las palabras. Blanco como las quemaduras del hielo, rojo como las de la estufa, azul como la música clásica que se oye en la radio, verde áspero, amarillo lejano, púrpura igual al olor de las uvas pasadas... Casi sin querer, muda, la madre se fue alejando de sus metáforas y entonces él, a veces, se quedaba solo durante horas, imaginando un lenguaje en el cual las palabras fuesen lo suficientemente precisas para distinguir hasta las mínimas, sutiles diferencias de los objetos; un lenguaje que reuniera en sus letras cuanto nos rodea; un lenguaje infinito, eterno como el paisaje que se extendía frente a él cuando a escondidas se subía a la azotea de la casa, y que sus padres jamás serían capaces de contemplar.

Cuando aprendió a leer —braille, pero también libros normales—, la vida de Ignacio dio uno de sus giros definitivos: se encontró de pronto con una realidad nueva, distinta, en la cual las palabras bastaban para comprender las modificaciones de lo que está fuera de nosotros. No era un lenguaje nuevo, de hecho era el mismo idioma de siempre, pero bastaba; las letras impresas, como por arte de magia, dibujaban en su mente formas, colores y figuras, pero también olores, sonidos y emociones. *Veía* cosas sin necesidad de mirarlas, sin que tuvieran siquiera que existir; estaban ahí y eran reales, tanto como el mundo que les describía, infructuosamente, a sus padres. Los libros contenían la misma

paradoja que sustentaba a Ignacio: hacía falta ser normal, tener los ojos sanos para observar las formas de las letras y los números; pero luego se necesitaba ser una especie de ciego, cerrar los ojos y contemplar adentro, en el fondo de nuestra cabeza, en medio de la oscuridad de los pensamientos, las imágenes que se iban creando: el espacio inmenso, el otro lado del espejo que aparecía, imperturbable, en la memoria.

Ignacio tenía siete años. Desde entonces, y hasta que cumplió veintidós, cuando su vida volvió a cimbrarse, prácticamente no hizo otra cosa que leer; cuanto libro, revista o periódico llegaba a sus manos era devorado por él con un afán que llegó a preocupar a sus padres. Toda la tarde y parte de la noche, e incluso cuando estaba en el baño, o bajo el agua de la regadera, o en el transporte a la escuela, Ignacio pasaba páginas interminables, frenéticamente. Continuó teniendo pocos amigos y apenas un par de amigas, a las que casi nunca veía: su único deseo, su única vocación, su única meta era leer. Primero fueron narraciones infantiles, luego libros de botánica, geografía y filosofía, y por último novelas y cuentos: decenas de historias que leía con fruición, a veces en voz alta para que su madre escuchara, aun distraída, los pasajes que más lo emocionaban, pero casi siempre a solas, en silencio, encerrado en su habitación, con las cortinas corridas y solo la luz indispensable para distinguir las palabras. Novelas y cuentos de todo tipo, de aventuras y románticos, clásicos y nacionales, *bestsellers* y experimentales, actuales y folletinescos, de ciencia ficción y de terror. Como don Quijote —esta comparación le encantaba—, entre libros vivía y se desarrollaba su espíritu, aunque también ahí se acuñaba, latente, agazapado en medio de tantas frases, como un quiste, como un cisticerco que aguarda el momento propicio para despertar, el oscuro destino que lo conduciría a la muerte.

La primera vez que platicué con él fue también gracias a una novela, una mala novela, de hecho: *El empalador*, escrita por mí cuando acababa de entrar a la preparatoria.

Dos semanas después del descubrimiento de los acontecimientos, apareció por fin, en el lugar y la situación menos pensada, la cabeza (o lo que quedaba de ella) de Ignacio Santillán. Pero esta vez el pitazo tardó demasiado: yo llegué a tiempo de mirarla y confrontar el horror de todos los que compartieron mi experiencia (por más que alguien como yo esté acostumbrado a ver muertos a diario, resulta diferente encontrar la cabeza de alguien que fue cercano a uno convertida en alimento para gusanos), pero, acaso por fortuna (yo no hubiese podido impedirlo, pero me pareció una adecuada muestra de respeto por nuestra amistad perdida), Juan Gaytán no pudo encontrarme a tiempo y de este modo *Tribuna del escándalo* perdió la nota y gran parte de la popularidad que había adquirido en esos días. Fue un niño de diez años, Manolito Sánchez, ahora sujeto a un tratamiento psicológico ordenado por los padres, quien la descubrió, clavada en una estaca, al fondo del cementerio Inglés. El pobre Manolito se había resistido a acompañar a sus padres a «visitar a la abuelita», el eufemismo que utilizaban para señalar el acto (inútil y macabro a ojos del infante) de depositar flores en la lápida grisácea que contenía en el interior —imaginaba el pequeño— la calavera y los huesos de la madre de su madre (a la que, para colmo, nunca había querido). Pero los padres insistieron y lo obligaron a acompañarlos. Cuando se encontraban en medio de su desolada

ceremonia —era martes, aniversario de la muerte de la anciana, y el panteón se encontraba vacío—, Manolito se separó de ellos y comenzó a pasearse, superando su miedo, por entre las lápidas y capillas y mausoleos del cementerio Inglés. Recorrió la calzada principal hasta la pequeña iglesia que hacía las veces de centro del lugar (una destartalada imitación gótica) y prosiguió su camino hasta el límite exterior del camposanto, ahí donde aún había terrenos en venta a perpetuidad; debajo de un fresno, clavada, como dije, en un palo de madera, se pudría la cabeza de Ignacio Santillán, mi compañero de escuela, el voraz lector de novelas, cuyo cuerpo había sido encontrado, quince días antes, al lado del cadáver del ministro de Justicia en un sórdido cuarto de motel. Manolito (que no sabía nada de esto) corrió y gritó, llamó a sus padres y lloró con ellos —tardaron bastante en consolarlo, en desentrañar las palabras entretejidas con los gemidos, y en creerlo—, hasta que por fin encontraron a un cuidador y este al guardia de la entrada del cementerio, quien a su vez llamó a la policía (y a los reporteros).

«No puede decirse nada concluyente hasta que haya un dictamen pericial», respondió Rodríguez Piña, recién llegado, a las preguntas de los periodistas sobre la identidad de la cabeza y su probable correspondencia con el cuello y los restos de Ignacio Santillán.

Me parecía imposible que Nacho estuviese allí, que fuese él o en algún tiempo hubiese habitado el interior de aquella masa descompuesta y abstrusa en la que difícilmente se reconocía algo que hubiese estado vivo; imposible creer que dentro de esa piel carcomida y esa sangre coagulada y esos huesos se gestaron los innumerables proyectos que le oí; que alguna vez poseyera un cerebro preocupado por el placer y la angustia, la transición a la democracia y el mal, el sexo y las desgarraduras que le produjeron sus amores. Ahora estaba vacío —peor que un mueble, ni siquiera un cadáver—, ajeno a cualquier problema, solo: ni siquiera muerto, sino inexistente.

Fue entonces cuando por primera vez me hice la pregunta obvia que había estado evitando, qué le pasó a Ignacio Santillán desde que dejé de verlo —hacía no tantos años—, qué lo cambió y transformó mucho más de lo que yo nunca hubiese supuesto, qué lo hizo morir y ser decapitado en un sórdido cuarto de hotel junto al cadáver del ministro de Justicia: ¿qué puede hacer alguien, qué acto o tropelía cometer, o qué omitir, para terminar así, dividido, despedazado, el cuerpo en una parte —ahora en el Semefo, bajo los acuciosos escalpelos de estudiantes de medicina—, la cabeza en otra, clavada en una estaca en la parte más apartada de un cementerio, como si fuese un esclavo irredento de la antigüedad, un producto del maligno? Inútil cabeza, inútiles labios desfigurados, inútil lengua muda: aquella *cosa* nada podría decirnos —como en los cuentos— de sus padecimientos o de su historia, de la mala suerte o el infortunio que la había convertido en *eso*, del incierto destino que la había llevado de leer novelas a convertirse, casi, en el espantoso personaje de un cuento de horror, o del destino.

Quién sabe por qué inusitadas decisiones Ignacio no quiso estudiar literatura: cuando comencé a tratarlo me pareció completamente absurdo que quisiera ser arquitecto; él decía que el dibujo se le facilitaba y que sus mejores notas de la secundaria correspondían a esa materia, pero sus justificaciones difícilmente convencían a sus interlocutores, maestros y compañeros, y menos a él

mismo (un día me dijo que su interés primordial era construir casas y edificios pensados expresamente para ciegos: proyecto al cual, sin embargo, nunca volvió). Sin embargo, a pesar de su inteligencia, Ignacio no era un alumno destacado, sino más bien un desapercibido espectro que cursaba las asignaturas sin dificultades pero sin mostrar tampoco ningún destello de creatividad; andaba por las aulas cargando invariablemente un par de novelas, y parecía no hacer otra cosa más que esperar la ausencia de un maestro o el retraso de alguna clase para sentarse en las bancas del patio trasero de la preparatoria, a la sombra de un fresno, a terminar, desesperado, las historias inconclusas que llevaba bajo el brazo. En aquella época yo estaba a punto de abandonar los estudios —lo haría definitivamente poco después, integrado de lleno en la lucha democrática y en la edición de un periódico de jóvenes—, pero entonces aún no había descartado por completo mi vocación de escritor; a diferencia de Ignacio, nunca me gustó demasiado la lectura, pero en cambio podía pasar horas borroneando poemas *comprometidos* o empeñado en terminar la insulsa novela de vampiros que había comenzado en la secundaria.

¿Qué nos llevó a encontrarnos, pertenecientes a núcleos tan diversos, él viniendo de una escuela particular, donde había sido becado por sus buenas calificaciones, leído, callado y serio, y yo en cambio líder de un grupúsculo de luchadores por la democracia, prácticamente analfabeto pero con aires de intelectual? Cierta vez, con mi impuntualidad habitual, llegué tarde a una de las asambleas que celebrábamos entonces con diversos grupos de la sociedad civil y organizaciones no gubernamentales de derechos humanos en el auditorio de la escuela; no me quedó más remedio que quedarme de pie al fondo de la sala, incapaz de atravesar la valla humana que se extendía frente a mí hasta el presidium (tampoco me hallaba con el humor suficiente para hablar en voz alta; decidí, por una vez, solo escuchar las estupideces que vociferaban mis compañeros sin la necesidad de contradecirlas con otras). De pronto, distraído de lo que sucedía al frente, me di cuenta de que a mi lado se encontraba un joven delgado, cubierto de acné, que, en vez de atender a lo que ocurría, se enfrascaba en la lectura de un libro de pastas amarillas; lo miré fijamente, esperando que alzase la vista o que me permitiese ver el título del libro: inútil. De plano al tipo no le importó que yo le resoplase en medio de la cara, husmeando sus páginas: permaneció inmutable, callado, indiferente en medio del griterío y las porras y los abucheos, como si fantasease en un campo de fútbol desierto, echado sobre el césped en un absurdo día de campo. No sabía si compadecerlo, enojarme por su falta de compromiso, o simpatizar con él: de algún modo el ejemplar en sus manos nos unía, establecía un lazo entre dos intelectuales cercados —yo física y él mentalmente— por la barahúnda de la multitud. Estuve a punto de hablarle cuando por fin el tema central de la disputa que se llevaba a cabo en la tribuna despertó mi atención; a codazos, desafiando al gentío que se contorsionaba como un cirquero, me abrí paso hacia delante, dejando al fondo, sin que él lo supiera, a un camarada, a ese solitario lector con quien me unía —muy a su pesar— una solidaridad secreta.

Volví a verlo un par de semanas más tarde, en casa de un activista, en una de las reuniones privadas del movimiento: ahí estaba de nuevo, sentado en un banco de la cocina, otra vez con un libro de pastas amarillas entre sus manos. Esta vez consiguió enfurecerme: ¿qué se creía, acaso se burlaba de nuestra lucha? ¿Entonces por qué carajos asistía a las reuniones si a leguas se notaba que no le interesaban un comino? ¿Y por qué lo invitaban? Traté de averiguar quién de entre mis amigos

lo conocía, sin éxito: como si fuese un fantasma, una sombra imprescindible e inevitable. Qué clase de loco sería aquel que buscaba los lugares más ruidosos y menos propicios para leer, que con su molesta presencia y con su silencio solo conseguía incomodarnos y estar él a su vez, suponía yo, igual de incómodo. Por fin encontré a alguien que dijo conocerlo: Beatriz, una muchacha pequeñita de voz ronca —y, según se decía, unos magníficos pezones color ciruela— que también quería estudiar arquitectura. Ella se encargó de presentármelo: Nacho Santillán, Agustín Oropeza... Levantó un poco los ojos, sonrió con descaro, quizá solo con irónica complicidad, y por fin me extendió la mano.

—¿Qué haces *tú* aquí? —le pregunté como si lo conociera a la perfección.

—Escucho —respondió taimado.

—¿Te interesa?

—Desde luego.

—Pero si te la pasas con la vista clavada en tu librito...

—Escucho con los oídos, no con los ojos.

Me simpatizaron sus sarcasmos inocentes, su aparente seguridad, por decirlo en una palabra: su completa diferencia de los demás estudiantes que asistían a las reuniones.

—Pero nunca opinas...

—Solo cuando me preguntan —dijo, y volvió a su lectura.

Exasperaba. Hartaba. Pero había cosas que compartir con él, necesitaba su opinión, era una falta, un sesgo de egoísmo en aquellos tiempos, pero, la verdad, yo también poseía mis secretos, una vida interior aparte de las convulsiones de la época... Las tonterías típicas de la adolescencia.

—Tengo un libro... —le dije.

Levantó la mirada, sin dejar de sonreír.

—Ah —musitó, extrañado—, te felicito.

—No. Un libro *mío*. Yo lo escribí, lo acabo de terminar.

—¿De veras?

—Me gustaría que lo vieras.

—¿Yo?

—Podrías darme tu opinión.

Soltó una risa leve y franca que en él debió de ser el equivalente a una carcajada.

—Lo puedo leer, sí —dijo.

Dos días más tarde le entregué un sobre de papel manila con el manuscrito de *El empalador*. Hojeó las páginas como si se tratara de un mazo de naipes: ahí estaba de nuevo su boca abierta y sus dienteillos amarillentos.

—¿De terror? —dijo en un tono cómico que no supe interpretar.

Asentí, avergonzado.

—Un luchador por la democracia que escribe novelas de terror —terminó, sonriendo—. Quizá sea lo más apropiado.

Un lobo haciéndole el amor a una mujer desnuda. El animal está encima de ella, que yace inerte en el suelo, incapaz de defenderse —aunque su rostro, la comisura de sus labios, sus ojos abiertos,

delatan que no solo hay espanto y pánico, sino un poco de ansiedad, el temor que se experimenta ante el placer desconocido: una violación que casi deja de serlo—, las patas deteniéndola, el hocico husmeando, quizá lamiendo su vientre y sus senos, endureciendo sus pezones mientras la penetra (suponemos, este detalle no alcanza a distinguirse, ni siquiera de cerca) violenta, ferozmente.

Cuando por descuido lo olvidé en mi buró y mi madre lo encontró ahí estuve a punto de ser lanzado del hogar: cómo me atrevía a poseer semejante pornografía; en qué sucia mente había cabido la idea de hacer un anillo semejante, de diseñarlo y fundirlo y, peor aún, de usarlo como si se tratase de una joya para presumirla, de una alianza de compromiso o de un regalo («y en cambio no te pones la argolla que te regaló tu hermana Alicia, eh»). Debo reconocerlo: la sucia mente que lo había diseñado era la mía, y también había sido yo quien mandó fundirlo (ahí quedó mi medalla de bautismo y una cadena que sustraje del alhajero de Alicia). En esa época me había entrado la idea de ser diseñador de joyas —como si existiese esa profesión— y el lobo y la mujer desnuda («es la virtud resistiéndose a la lujuria», le expliqué inútilmente a mi madre) eran, según yo, mi mejor trabajo. «Pues no puedes ponértelo mientras estés en casa», concluyó la sentencia, inapelable, de mi abuela. Durante algún tiempo me lo puse a escondidas, pero la rutina de quitármelo y ponérmelo a cada rato terminó por aburrirme, así que aquella noche, ayudado por el alcohol, me pareció de lo más natural intercambiárselo a Nacho por el suyo —una piedra roja, sin valor, montada en una argolla de plata— como una forma de agradecerle los consejos que me había dado después de haber leído mi novela (y de decirme «se ve que tienes madera de escritor, tu estilo se parece al de Del Villar») y como una forma de animarlo en su primera noche de putas. Ya antes se había quedado mirándolo, bueno, como casi todos los que se fijaban un poco en él, para orgullo mío, y me había dicho que le gustaba (como casi nadie); al principio se resistió a aceptar el cambio, pero el miedo de la ocasión terminó ablandándolo. Sin embargo, ni siquiera ese día, al regresar a nuestras casas, se lo vi puesto: por eso me extrañó tanto encontrarlo en la fotografía de Juan Gaytán. Apareció como una especie de señal, una clave expresamente diseñada para mí, o un desafío. Soy yo, este cuerpo sin cabeza es mío, de Ignacio Santillán, date cuenta, Agustín, me estoy dirigiendo a ti y solo a ti, parecía querer decirme. El lobo y la mujer desnuda nos ataban de nuevo, era el lazo que Nacho me tendía desde el otro lado de la vida, desde su ominosa muerte y el olvido de los años, la forma con la cual me pedía ayuda o auxilio. Mucho más elocuente que si su cabeza hubiese hablado.

¿Tenía Ignacio algún compromiso político, estaba en realidad interesado por el movimiento? Después de entregarle mi novela tuve oportunidad de reunirme con él pocas veces y menos aún de charlar: los acontecimientos se precipitaban hacia nosotros, las elecciones se acercaban y la violencia había comenzado a incubarse y a estallar contra nosotros mismos. Ahora, a la luz de los acontecimientos recientes, pienso que en verdad la asistencia de Ignacio a las reuniones y a los mítines, aun enclaustrado entre sus libros, resultó una actividad que dejó una huella mayor en él que en nosotros, los activos participantes de aquellos días: hoy los cabecillas del movimiento se hallan cómodamente instalados, de un modo u otro, en el statu quo gubernamental; los líderes, los prisioneros, los vejados de entonces, se han convertido en prósperos empresarios, asesores,

colaboradores e incluso miembros del gabinete —como el propio Alberto Navarro—, en el mejor de los casos apacibles académicos, todos ellos presumiendo de la impecable limpieza de sus convicciones, defendidas siempre y en todo momento, sin claudicar.

¿Qué fue de mi novela? Pasó con ella lo mismo que conmigo y con mi interés por la literatura: sucumbió ante el peso de los ideales —así los llamábamos—, ante la carga sobrehumana que deseábamos soportar desde aquellos días de lucha y de la cual apenas ahora hemos conseguido librarnos. Yo no estuve en el momento de la represión y tampoco en las decenas de actos de resistencia civil desarrollados entonces: por coincidencia me habían tocado otros encargos, lejos de los estallidos, pero era como si yo hubiese estado también ahí: ahí estaba mi conciencia, mi fe, mi futuro. Por esa desviación del azar no sufrí represalias, pero el silencio y la vergüenza fueron suficientes. Ignacio, en cambio, sí estuvo con ellos.

Uno puede hablar mucho sobre transformaciones repentinas, súbitos pasajes de iluminación que de pronto transforman de cabo a rabo la vida de una persona, de momentos cruciales en los cuales se deciden, acaso sin conciencia, cada uno de los instantes que los seguirán; nadie dudaría que la lucha por la democracia bien podría ser considerada una de esas privilegiadas hierofanías. Para muchos la súbita luminosidad de estos ideales bastaría para decidirnos a emprender nuevos caminos, pero en el caso de Ignacio Santillán ocurrió algo diferente, único. Ignacio pareció sufrir la metamorfosis contraria, una especie de regresión al estadio familiar del que había salido: otra vez la penumbra, el espanto, el vacío. Nada parecía haberse modificado: continuaba siendo el mismo tipo taciturno y frágil, con su misma expresión de lánguido desamparo, su figura alta y esbelta, sus manos rudas que, según sus amigos, casi tropezaban con el suelo, pero algo se había removido en su interior: una pieza se había desajustado, la maquinaria había sufrido una avería invisible, transparente a los ojos de los demás. Ignacio continuó —hasta donde sé— sus estudios en la Facultad de Arquitectura y estuvo a punto de licenciarse con una tesis que sus asesores calificaron de brillante, pero no volvió a ser el mismo. En apariencia, Ignacio comenzó a interesarse más y más por el mundo exterior, hizo nuevos amigos, y dedicó la mayor parte de su tiempo a las mujeres: de hecho, ellas se convirtieron en su obsesión.

Concentrado en sus libros y su soledad, había permanecido alejado de las muchachas —virgen— a una edad que ya se consideraba avanzada. Aunque había tenido un par de amigas, el primer beso que recibió fue inmediatamente anterior a su primera experiencia sexual con una de sus compañeras. Hacía poco yo me había encargado de llevarlo de putas, el día del intercambio de nuestros anillos, pero fuera de esta experiencia atípica, nunca había tenido una relación verdadera con una mujer. Vayamos con Adriana y Daniela: la primera, un par de años mayor que él, morena, ligeramente regordeta, con grandes ojos negros y nariz afilada, era una de nuestras compañeras de clase. Nacho apenas la recordaba, pero mientras platicaban en el transcurso de una fiesta (en medio de luces estrambóticas que no le permitirían definirla en su mente), ella lo convenció de la afinidad que los unía: le gustaban los poemas y la música clásica —había tomado lecciones particulares de piano cuando era más chica— y se mostró especialmente cálida e interesada respecto a las palabras que Ignacio, olvidando por un momento su natural mutismo, se esforzaba en transmitirle.

A pesar de que nunca había sufrido ni física ni platónicamente los estragos del amor, Ignacio

suponía que las novelas leídas durante tantos años le habían proporcionado una experiencia invaluable al respecto, superior a la de cualquiera de sus coetáneos. ¿Qué tenían que hacer los acostones juveniles de sus amigos frente a la pasión, el deseo y la muerte que él había vivido por medio de los libros? Ahora consideraba que esos cientos de historias turbulentas también le pertenecían, como si hubiesen sido suyas, la ficción vuelta parte fundamental de sus recuerdos. Con singular fruición, entonces, se dedicaba a teorizar sobre el amor, tenía sus propias concepciones y no perdió ocasión de revelárselas a aquella chica suponiendo que así lograría conquistarla, pero pronto la situación comenzó a escapársele de las manos: el *affaire* salía mucho mejor de lo que él había imaginado. Adriana, conmovida más por el alcohol que por sus palabras, se mostraba cada vez más dispuesta, más ansiosa de que Ignacio pusiese en práctica cuanto se obsesionaba en contarle. En su repertorio de anécdotas literarias había decenas de situaciones como aquella: sabía a la perfección cómo actuar pero no se atrevía siquiera a mover un músculo. No hizo nada. Bajó intencionalmente el tono de la conversación y, como defensa, recurrió a una de las estratagemas que a partir de entonces siempre le daría resultado para deshacerse de cualquier compromiso: comenzó a preguntarle a la joven por su vida sentimental y a aconsejarla al respecto. Ella, furiosa pero serena, accedió al juego: reconocía el miedo de él y ahora le haría pagar por ello: se hicieron amigos, los mejores amigos del mundo.

Ignacio comenzó a buscarla desesperadamente, y Adriana siempre estuvo dispuesta a permitirselo. Quizá en el fondo le agradase la compañía de aquel extraño individuo lleno de palabras; su rutina, sin embargo, se redujo a lo siguiente: ella le hablaba de sus novios, de sus amantes, de la forma en la que conquistaba a los hombres y de lo que le gustaba de ellos; Ignacio la escuchaba excitado y dolorido, incapaz de reconocer que se estaba enamorando, haciendo siempre su papel de interlocutor sereno de los problemas y conflictos de la muchacha. Nacho descubrió que sufría y que en verdad, como afirman los libros, el amor es sufrimiento: aquella comprobación, absurdamente, lo llenaba de júbilo. Por fin estaba entrando al mundo *real*, al mundo del dolor.

Aunque Adriana e Ignacio eran inseparables, pronto apareció un tercer personaje en esta mezquina cuenta de equívocos adolescentes: Daniela. Alta y delgadísima, de largo cabello rojo y pupilas como aceitunas; Adriana la había conocido en un campamento y no tardaron en hacerse amigas. En medio de su juego con Ignacio, se le hizo fácil proponerle un intercambio: si tú me presentas a un amigo —le dijo a él—, yo tengo una amiga a la que le gustaría conocerte; así podemos salir los cuatro. Ignacio no sabía qué sentimiento prevalecía en su corazón: los celos ante la posibilidad de ser él quien le proporcionara un nuevo amante a Adriana o el deseo de vengarse aprovechando la tentación que ella le ofrecía. Aceptó.

Ignacio le presentó a Adriana a Luis, uno de sus pocos amigos, pero tras la primera salida ambos se mostraron igualmente decepcionados; en cambio, sin que ninguno lo hubiese previsto, Ignacio y Daniela simpatizaron de inmediato: ella dulce e inculta, quizá un poco ingenua, miraba a Ignacio con una mezcla de admiración y temor. Ignacio se dejó llevar. Era el mejor modo de olvidar a Adriana. Sucedió lo contrario: comenzaron a salir siempre los tres juntos: Ignacio estaba seguro de que Adriana estaba celosa y él se regocijaba provocándola; Daniela, por su parte, decidió tomar la iniciativa. Una noche los invitó a su casa —era de Monterrey y vivía con unas amigas en un pequeño

departamento en la colonia Condesa— para mostrarles el vestido que acababa de comprar para la boda de su hermana del mes próximo. Adriana e Ignacio se acomodaron en la sala con un par de cervezas mientras Daniela iba a su habitación a probarse el vestido; a los pocos minutos salió enfundada en un modelo negro de encaje, puso música en la radio y comenzó a pasearse como en un desfile de moda. Los tres reían, aplaudían y se miraban unos a otros, buscando en sus respectivas expresiones las señas que confirmaban la verdad de lo que ocurría: al final todos continuaban riendo, sin saber qué seguiría. Daniela tuvo una idea: «Adriana —le dijo—, ¿por qué ahora no te lo pruebas tú?».

—Cómo crees que va a quedarme —se defendió ella.

—Claro que sí, ven —dijo Daniela.

La tomó de la mano, la levantó del asiento y la condujo hacia la recámara. Ahí Daniela se quitó el vestido, volvió a ponerse la ropa que traía antes, y dejó que Adriana se las arreglara para acomodárselo. En tanto la otra hacía esfuerzos en el cuarto para entrar en el vestido de encaje negro, Daniela regresó a la sala y sin ningún preámbulo comenzó a besar a Ignacio. Cuando salió Adriana, apretada e incómoda, se detuvieron para animarla a desfilarse frente a ellos, como si nada hubiese ocurrido, pero en cuanto ella fue a quitárselo volvieron a lo suyo. Después de dejar a Adriana en su casa, Ignacio condujo su destartado Volkswagen hacia una zona de calles abandonadas y oscuras; por fin se detuvo en un callejón que parecía el interior de un armario. Daniela era a un tiempo tímida y atrevida, como si no quisiese que él fuese a pensar mal de ella por haber tomado la iniciativa. De nuevo por la mente de Ignacio transcurrieron decenas de páginas amorosas pero esta vez, protegido entre las sombras, se decidió a actuar: besó a Daniela con toda la pasión de la que se creyó capaz, en los labios y el cuello, y luego le desabotonó la blusa y comenzó a hacer lo mismo con los pechos y con los extrañamente ásperos pezones de la joven. Mientras tanto ella le desabrochaba el pantalón e introducía sus dedos alrededor del sexo hinchado de Ignacio; él no podía creerlo. Daniela se agachó y comenzó a lamerlo lenta, armoniosa, febrilmente, hasta que él sintió cómo la boca de la chica se llenaba con el líquido que había salido de su cuerpo. Se sintió nervioso, feliz, perturbado.

—Vamos a otro lado —le pidió ella limpiándose los labios antes de volver a besarlo en la mejilla.

Ignacio trató de encender el coche, pero se dio cuenta de que había dejado las luces encendidas y de que la batería se había consumido. Le hizo gracia. A ella no. Ignacio tuvo que caminar hasta una avenida para pedirle ayuda a un taxista; al cabo de una hora estaban otra vez en marcha, ella haciendo lo posible por ocultar su fastidio. Llegaron a un hotel en la salida de Cuernavaca. Ignacio no sabía muy bien qué hacer pero le parecía como si los hechos se dieran solos. Cuando se dio cuenta se encontraba desnudo en la cama con Daniela aún en ropa interior a un lado. La luz estaba encendida e iluminaba la piel blanca, llena de manchitas, de la joven.

—¿Quieres que la apague? —le preguntó él, tímido.

—No, prefiero así —le respondió ella mientras se le acercaba y ponía sus piernas sobre las de él.

Ignacio empezó a acariciarla, le quitó el *brasier* y deslizó su mano sobre el vello rizado de su pubis, sintiendo su humedad, percibiendo, con asco y curiosidad, el olor que comenzaba a impregnar

el diminuto cuarto, pero su cuerpo tardaba en reaccionar. Ella trató de ayudarlo, tomó la carne flácida entre sus manos y comenzó a moverla brusca, inútilmente. Entonces hizo el intento primero frotando su rodilla sobre ella y luego con el pie: nada. Ignacio ni siquiera podía avergonzarse: no sentía nada, no sabía nada. Le molestaba que lo tocara; se hizo a un lado y él mismo hizo el intento, tratando de serenarse, repitiéndose que el control de su mente debería de vencer, que todo era cuestión de concentrarse... En vano.

—Lo siento —dijo él.

—No importa, a veces pasa —lo tranquilizó ella, recostándose a su lado. A Ignacio le irritaba más su condescendencia.

—Apaga la luz —le ordenó él. Daniela lo hizo y regresó a su lado.

Se quedaron así, despiertos, confusos, hasta la mañana siguiente.

Las siguientes veces fueron mejores.

Fueron novios a lo largo de dos intensos meses, llenos de reclamos, celos, disculpas y, sobre todo, incertidumbre y desesperación, hasta que por fin Ignacio aceptó en silencio, sin decírselo a ella, sin confirmar las reclamaciones que a lo largo de ese tiempo le había hecho, que en realidad él estaba enamorado de Adriana.

Acaso este episodio sea vano y fútil, en nada ayude a revelar las causas y la personalidad y el carácter de Ignacio Santillán (aunque podría invocarse, de nuevo, el *efecto mariposa*) pero, como me enteré de él por una voz muy cercana, y completamente fiable, no he resistido la tentación de contarlo, de articular esta comedia como un entretelón, un contrapunto del resto de la historia, y además (debo reconocerlo) por motivos sentimentales: Daniela fue más tarde, a lo largo de tres años, mi esposa, y es madre de mi hija.

Si bien Daniela nunca fue una persona realmente importante en la vida de Ignacio Santillán, lo cierto es que su breve noviazgo con ella provocó —o al menos ayudó a provocar— su transformación de la que hablé antes; si con anterioridad las mujeres no representaban un problema en el mundo de Ignacio, creo que fue a partir de su primera experiencia *real* con una de ellas que se convirtió en su única, avasallante obsesión. Combinando los dos testimonios, el de Dani y el de Ignacio —como en los juicios, en las historias de amor siempre existe la versión de uno, la del otro y la verdad—, ambos coinciden en que le correspondió a él acabar con aquella situación. Poco a poco se enredó en una madeja que no le permitía definir sus sentimientos y la presión que Daniela ejercía sobre él para que dejase de ver a Adriana terminó por consumirlo.

Decidió terminar con Daniela justo el día en que cumplió 18 años, cuando, por coincidencia, las dos se habían puesto de acuerdo para hacerle una fiesta sorpresa: aunque sabía que no era cierto, que Dani en realidad sufría, era como si ellas se hubiesen confabulado para dividírselo sin siquiera consultarlo.

Después de aquella ocasión no volvió a visitar a Daniela sino hasta una semana después: finalmente reunió el valor para decírselo. Es lo mejor para ambos, se decía. Y los consejos de un par de amigos lo animaron más: había sido sincero, era lo que debía hacer por el bien de Daniela. Qué

satisfacción la de obrar bien, desinteresadamente, en favor de los demás. Llegó a su casa a la hora de la comida, como habían quedado por teléfono; ella había preparado la comida y arreglado perfectamente el comedor como si fuese a tratarse de una reconciliación, por más que estuviese convencida de que sería la última vez. Se sentaron frente a frente pero casi no se miraron, comieron en silencio; a Ignacio cada bocado le parecía que iba a ahogarlo. La comida se hacía una bola informe entre su lengua y el paladar, insípida, apesosa, y tenía que hacer un enorme esfuerzo para tragarla; le inquietaba que ella lo notase, que se diese cuenta de que a él no le gustaba lo que había preparado, como si fuese lo único que le importase entonces. Sentía el bolo alimenticio atravesar lentamente su esófago y depositarse, ardiente, en el estómago. Ni siquiera el agua lo salvaba de las quemaduras que sentía adentro: también le costaba trabajo tragarla, no lo refrescaba ni lo aliviaba.

—Todo está muy bueno —trató de animarse y animarla, torpemente.

Estaba a punto de vomitar. Se llevó una servilleta a los labios y, cuando ella se levantó a traer unos refrescos, él escupió discretamente un pedazo medio mordido de carne y fragmentos de papas fritas y salsa de tomate; luego no supo qué hacer con aquella masa acuosa forrada con el pedazo de papel a punto de desfondarse. Primero lo guardó en una mano y luego, al fin, se lo guardó en la bolsa del pantalón. Daniela regresó con el postre, un enorme pastel de crema blanca, de los que él detestaba, y lo puso sobre la mesa. Ignacio no pudo más: no quiero, gracias.

—Bueno —dijo ella, ofendida—, entonces creo que ya es hora de que digas lo que tienes que decir. Me vas a terminar, ¿no?

Ignacio se sorprendió por el ataque. Sí, es lo que iba a hacer, pero ahora, al oírlo en los labios de ella, tuvo miedo. Rio.

—Estoy esperando —continuó ella. Silencio.

Comenzaron a salirse las lágrimas de los ojos, paradójicamente esas lágrimas fueron las que le dieron ánimos a él.

—Es lo mejor para ambos —repitió sin convicción, como si con esa frase conjurara el espanto y de nuevo el mundo se pusiese en marcha como debía.

—Lo único que he hecho es quererte —dijo ella con la voz cortada, sollozando.

—Lo sé, no es tu culpa, es mía —musitó Ignacio tratando de recuperar la dignidad al rebajarse.

Volvieron a quedarse en silencio, Ignacio sentía cómo los fragmentos de la carne y las verduras comenzaban a mancharle los pantalones, percibía su olor dulzón, podrido, notaba el frío líquido en la piel del muslo.

—Por favor, vamos a intentarlo de nuevo —continuó ella.

Ignacio solo quería marcharse, limpiarse la pierna; se imaginaba que para entonces ya tendría una enorme mancha parduzca ensuciándole los *jeans*, como un niño incontinente.

—No —alzó la voz, molesto.

De pronto no encontró más resistencia. Por fin, todo había acabado.

—De acuerdo —lloró Daniela—. Está bien.

—¿Cómo?

—Que está bien. Es lo mejor, tú lo has dicho.

Ignacio sentía otra vez el ardor en el duodeno y la mancha que crecía en el costado de la tela,

hasta sus nalgas.

—Solo quiero pedirte un último favor.

A Ignacio se le helaron los huesos, regresaron las náuseas.

—Dime —susurró.

—Quiero acostarme una última ocasión contigo.

No, nada de eso, es lo que menos quería en el mundo, estaba aterrizado. Ella se daría cuenta del guisado que le impregnaba la piel.

—No creo que sea conveniente —buscó un tono serio, con aplomo, como si de nuevo estuviese pensando en lo que era más conveniente para ella y no quisiera hacerla sufrir más.

—No te estoy pidiendo que hagamos el amor —respondió Daniela como si con su respuesta quedara todo claro—. Solo quiero acostarme contigo un rato.

¿Qué otra cosa podía hacer? Accedió. Callados se fueron a la recámara y, vestidos, se acostaron sobre la cama; Ignacio cerró los ojos. Era como si la mancha se hubiese extendido a lo largo de su cuerpo, cubriéndolo por completo. Solo entonces supo, cuando apenas sintió cómo ella le desabrochaba el pantalón, tomaba su sexo y comenzaba a besarlo, como la primera vez, sin percibir el olor insoportable de la comida, que no la dejaba porque él fuese *bueno*, ni porque fuese lo mejor para los dos. La dejaba porque tenía pánico, porque necesitaba huir y volver a estar solo, porque era lo mejor para él, porque no la quería, porque, al menos una vez en su vida, tenía que portarse como un miserable, porque —no entendía los motivos— deseaba hacerle daño a la única persona capaz de amarlo. Después de venirse dentro de la boca de ella, se acomodó los *jeans* rápidamente y salió del departamento casi corriendo. Daniela, con las lágrimas escurriéndole por las mejillas, le dijo que lo pensara, que si él decidía regresar ella estaba dispuesta, que lo esperaría. Ignacio llegó a su casa a cambiarse de ropa. Aquella noche durmió cansado, profundamente, sin sueños.

Marielena Mondragón ha dormido durante casi veinticuatro horas seguidas; es algo que ni siquiera se parece al sueño: un abismo, un lugar blanco y luminoso en el que solo de vez en cuando aparecen algunos colores, figuras irregulares (ella las recuerda como pequeñas esferas) que crecen poco a poco, aumentando su tamaño, hasta llenar su campo óptico por completo (la sensación es de que se van acercando a sus pupilas), luego se esfuman como si nada, vuelven a dejarle su lugar a la coloración lechosa, y el proceso se inicia recurrentemente, hasta la locura. Apenas acaba de despertarse y se siente lenta, abotagada, como si acabara de nacer (no podría saberlo, pero de cualquier modo lo piensa); no sabe cuánto tiempo ha transcurrido desde que llegó a su casa, ni tampoco cómo llegó a ella. Simplemente está ahí, sola, sobre la cama, como si no hubiese despertado del todo; pero algo ha ocurrido, lo intuye, lo tiene como una sensación fija en el paladar, una molestia en el estómago. Trata de levantarse y se da cuenta de la dificultad que le cuesta; le arden los brazos (descubre raspaduras recientes en el codo y las muñecas) y apenas puede mover la pierna izquierda. Hace un esfuerzo y se dirige al baño, se levanta el camisón frente al espejo y descubre más marcas, levanta la vista y el tono azulado de sus párpados, los labios descompuestos y la frente llena de sudor la hacen creer que es otra, y que efectivamente algo grave ha pasado. Comienza a recordar

mientras orina dolorosamente. Regresa a la habitación y mira el reloj electrónico: las 4.12, primero piensa que de la tarde, pero luego de ojear por entre las cortinas del cuarto se convence de que son de la madrugada. Se apura, los nervios le estallan, abre la puerta y sale del cuarto apresurada, tambaleante, en medio de la oscuridad.

—¿Por fin despertó la bella durmiente?

Escucha la voz entre sueños, como si el sarcasmo fuera de lugar viniese de ella misma.

—En cambio yo estaba a punto de dormirme —dice la misma voz cuando la luz de la estancia se enciende: pasan varios minutos antes de que ella descubra, entre el relampagueo y el asco y la sorpresa, los brazos y el abdomen de un hombre que no es el Viejo.

—¿Qué haces aquí? —dice ella, tanteando.

—Todo el mundo buscándote y tú dormida en tu cama, ¿no te parece una falta de consideración? —se burla él.

—¿A mí?

—Bueno —aclarar él—, no saben que a la que buscan eres tú, pero resulta que eres tú.

—¿Quiénes?

—Empezando por la policía.

Ya no tiene que seguir: los recuerdos, las imágenes la van invadiendo, van llenando sus ojos (ya no mira a aquel hombre), la arrebatan al tiempo: llora.

—Por desgracia para ti, para todos, no es una pesadilla, Marielena —le dice él, con un tono calmado que la angustia mucho más que el previo—. Come algo si quieres y luego acaba de empacar tus cosas (yo ya hice algo), porque tenemos que irnos.

—¿Adónde?

—A casa del Viejo. Si quieres salir de esta tienes que hacer todo lo que yo te diga. Va a ser algo arriesgado, pero no hay más remedio. —Aunque en la voz del hombre no hay temor, sino seguridad—. Ya hablé con el Viejo y él está dispuesto a todo.

—¿Qué debo hacer?

—Con calma, ya te lo explicaré. Digamos nada más que esta feliz coyuntura va a hacer que al fin tú y el Viejo cambien de bando. Ahora que Navarro está muerto solo yo puedo salvarlos.

Marielena Mondragón se derrumba en el suelo, incapaz de sostenerse.

—Sí que la hiciste buena —dice el hombre antes de acercarse a levantarla.

El remordimiento se incubó en Ignacio de un modo extraño, acaso exagerado: yo conocí a Daniela poco después y, al menos hasta donde me fue posible comprobarlo a lo largo de doce años, no se sentía tan profundamente conmocionada o agredida como él pensaba. Cuando se lo pregunté, ella me dijo que había sido una experiencia desagradable, en realidad se había encariñado con él y era una pena que Adriana se hubiese interpuesto entre ellos al grado de vencerla (o, más bien, de vencer a Ignacio). Para él resultaba muy diferente: por primera vez había hecho daño *conscientemente* a una persona y la experiencia le parecía perturbadora, no tanto por un sentimiento de culpa, que pudo desaparecer a las pocas semanas —otra de sus teorías era que siempre, en el juego del amor, uno es

responsable de su propio sufrimiento, es el precio, la apuesta que uno está dispuesto a empeñar—, sino por un tema que poco a poco comenzó a obsesionarlo a partir de aquel momento: el poder del mal. Nunca antes lo había experimentado, decía; nunca antes lo había palpado dentro de su cuerpo, como una especie de calor interno, un fluido ardiente que sube desde el estómago a la cabeza (y en cierto modo le había gustado): no el llanto de Daniela ni sus súplicas, sino haber sido capaz de provocarlos. Antes le hubiese sonado ridículo que alguien fuese a suplicarle algo a él, como si fuese superior, arrogándose el privilegio de conceder o no lo que se le pedía. Aunque en el fondo siempre se creyese mejor que los demás, su convencimiento era solo una especie de defensa soterrada, un filón de energía del cual podía sostenerse en los momentos de apuro, pero ahora, de pronto, alguien, y justamente alguien que decía amarlo, le había demostrado, sin querer, que todos, hasta él, poseemos esa tentación íntima, esa arrogancia oculta que, en determinadas circunstancias, nos coloca por encima de los demás, encantados de doblegar una voluntad que no nos pertenece.

Quizá en aquellos momentos estas ideas no se le presentaran así, de manera tan clara, pero el germen de su pensamiento posterior había sido inoculado sin remedio (ahí estaba ya el virus latente, dispuesto a crecer y desarrollarse si las condiciones resultaban favorables). En esos breves destellos, entre los celos, la traición, el miedo adolescente, el regreso a la soledad y a la ausencia de compromisos, el pedazo de carne envuelto en la servilleta y los labios de Daniela sobre su alma inasible, Ignacio comenzó a preguntarse hasta dónde uno es responsable de los otros; qué compromiso asumimos con las personas con las que nos relacionamos, con las que platicamos, a las que vemos, oímos y tocamos. También supo que esa sensación que había experimentado al lado de Daniela, mientras ella lloraba y lo perdonaba por adelantado, se llamaba poder. Y que el poder siempre corrompe (y el poder absoluto corrompe absolutamente, pero Ignacio no sabía nada de teoría política).

De repente se dio cuenta —antes no había tenido fuerzas para pensar en eso, como si la fuerza del episodio por sí mismo borrara toda necesidad de reflexión— de que mientras se mantuvo en el interior del movimiento, y durante la represión, había sentido lo mismo que al lado de su insulsa novia, el mismo absurdo, inevitable sentimiento frente a dos sucesos disparatados: el más relevante de la historia reciente del país y el más nimio contacto de jóvenes inexpertos. Por fin, después de semanas en que el silencio de los muertos lo había avasallado, encontraba una respuesta, un modo, irracional si se quiere, de reaccionar frente a aquel vacío: frente al mal. La exacta y profunda ambigüedad que experimenta cualquier individuo cuando es confrontado con el poder. Con Daniela él lo había ejercido, gozándolo y sufriendo, y durante la represión había sido una de sus víctimas, pero de cualquier modo lo había gozado y sufrido, aunque en distintas medidas. Estaba claro: pese a la distancia inconmensurable entre ambos sucesos, un delgado hilo los unía: lo que los separaba no era sino una diferencia de magnitudes y de grados, pero siempre regresaba a una conclusión idéntica: el poder seduce, el poder es la tentación permanente de los hombres: es el mal de la tierra.

Pero esta no era la única idea extravagante que rondaba la cabeza de Ignacio Santillán. Por el contrario, era como si su forma de ser —amable, introvertida, inteligente— se encontrase pulverizada en miles de contradicciones y pequeñas fallas difíciles de percibir por aquellos que no lo conocían bien. Tratándolo un poco más, hasta donde él lo permitía —no era brusco ni distante,

sino abierto y expresivo, pero ello sin dejar de establecer, con la mayor sutileza, un límite que no permitía pasar a nadie—, podían distinguirse estas mínimas alteraciones, pensamientos obsesivos, supersticiones, fallas de la memoria y, en especial, un modo de establecer las conexiones entre los diversos sucesos que, decididamente, no era común. Quien no se diera cuenta de la particular lógica de Ignacio era imposible que lo entendiera o pudiese acercarse a él. Un sistema de simpatías o antipatías incognoscibles para los demás llenaba su particular universo, la causalidad para él poseía un valor muy diferente al que se le atribuye por lo general. Un par de ejemplos bastarían para darse cuenta de las sutiles alteraciones de su persona (al menos en aquellos años): aunque no lo dijera, pongamos por caso, aunque nunca se hubiese atrevido a formularlo como una ley exacta, cercana a la física, y aunque se hubiese avergonzado o incluso ofuscado si alguien se hubiera atrevido a señalárselo, Ignacio creía a pie juntillas que el tiempo estaba dividido en unidades perfectas, los días y las noches, y cada uno de estos periodos conservaba características comunes e inevitables. Un día era por necesidad o completamente bueno o completamente malo (para Ignacio, se entiende). Poseía una certeza profunda —e inevitable— de que cuanto le sucedía en un día, desde el amanecer hasta la puesta del sol, le era beneficioso o perjudicial sin que pudiesen existir términos medios; como si librara una batalla contra númenes secretos, Ignacio calificaba sus días como blancos o negros, dibujando un mundo en el cual el tecnicolor estaba proscrito. Quién sabe por qué designio oracular esto ocurría así, pero no había forma de evitarlo. De este modo, si, pongamos por caso, a las siete de la mañana se daba un golpe contra la puerta del baño, esa era una indicación suficiente de que lo que sucedería a partir de entonces, y hasta el anochecer, resultaría contraproducente. Nada de lo que hiciera podría evitarlo; entonces no le quedaba otro remedio que ordenar sus actividades de acuerdo a esta nefanda profecía: evitaba compromisos importantes, inventaba excusas para no ver a sus mujeres y procuraba pasar desapercibido hasta volver a ser cobijado por la seguridad de la noche. En cambio, si al momento de despertarse acudía al buzón y encontraba una carta de una vieja amiga que le escribía desde el extranjero, Ignacio sonreía emocionado no solo por el interés que mostraban hacia él, sino porque —oh, fortuna— nada evitaría que tuviese un día espléndido; hacía citas para todo el día, acordaba pequeños negocios, presentaba exámenes o hablaba con desconocidos dispuesto a saborear una diminuta y efímera felicidad. No siempre resultaba sencillo saber con precisión qué era bueno y qué no —a veces las consecuencias de algo que parece inmejorable pueden ser fatales o a la inversa, se defendía—, pero este argumento le bastaba para vencer su racionalidad y acomodarse a la permanente confirmación de sus instintos. (Otra de sus reglas complementarias era que uno nunca podía sacar provecho indebido de un día ventajoso: nada de comprar billetes de lotería o de apostar a los caballos...) Cada acontecimiento, pues, conducía a otro; cada error a uno nuevo en el futuro y cada acierto a una nueva recompensa, como si el valor de sus actos se redoblara por azar.

De igual modo, un día bueno o malo tendría por necesidad su correspondencia en otro idéntico de la siguiente semana o del siguiente mes. Si un martes había hecho el amor con una rubia espléndida, lo más probable es que el martes siguiente fuese recompensado en su trabajo o algo por el estilo; o también, si el 17 de octubre se enteraba de la muerte de un amigo, era casi seguro que el 17 de diciembre permaneciese en cama con fuerte dolor de muelas. Su sistema de correspondencias lo

mantenía en permanente preocupación, buscando y clasificando los indicios favorables, persiguiendo los fastos, huyendo de las desgracias. Sin embargo a veces prefería olvidarse de las cuentas y entregarse al caos, como un matemático al que de pronto le entra el irresistible deseo de orar en una mezquita: entonces se dejaba llevar libremente como quien hace una travesura.

Otra de sus leyes ocultas: los hombres no son siempre los mismos. Cuando uno no es buen observador, por la inercia de la vida común, tiende a suponer que siempre somos idénticos, que hay dentro de nosotros una fuerza, una especie de campo gravitatorio llamado personalidad que nos mantiene siempre unidos e idénticos, sin importar el paso del tiempo, las circunstancias que nos rodean o las emociones que nos embargan. Pero esto es falso. La verdad es que en cada uno existen muchos, que todos deberíamos llamarnos Legión. Este es el único modo de explicar la locura, las desviaciones, las explosiones y los cambios que hay en los seres humanos. En el momento en que coinciden ciertos factores —ambientales, sensitivos, temporales— la gravedad se pierde y nos convertimos en *otros*. No existe un yo único, sólido, irrefutable: en nuestro interior conviven, a veces avasalladas por el poder de una sola, nuestras diversas posibilidades, diferentes alternativas de nuestros caracteres. Ignacio sabía muy bien que nunca somos los mismos por la mañana que por la noche, a la luz del sol que bajo el influjo siniestro de la luna y las estrellas. Por eso Ignacio Santillán le temía, fascinado, a la oscuridad. Porque sin duda en la noche somos otros, distintos de los que somos en el día, porque la noche transforma todo lo existente —la luz distorsiona y desenfoca, la noche vuelve idéntico lo distinto—, porque la noche es el reino natural del poder y del asombro, de la muerte y de los nacimientos, del frío y del mal.

Por lo que toca a la relación de Ignacio conmigo, al contrario de lo que ambos imaginábamos, poco a poco nos fuimos distanciando; no hubo ninguna pelea ni ninguna discusión —por más que nuestras diferencias intelectuales o vitales fuesen cada vez mayores—, sino más bien un alejamiento paulatino, una separación que parecía hecha a propósito, para preservar, aun en la distancia, lo que habíamos pasado juntos, pues acaso ambos suponíamos que una cercanía mayor en aquellos agitados días —comenzaban las acciones de resistencia civil— solo nos llevaría a un conflicto definitivo. Ignacio siguió asistiendo con sus libros a las reuniones del movimiento, e incluso llegó a participar activamente en alguna de ellas —yo no estaba presente, pero parece que habló de uno de sus temas recurrentes: de cómo, a pesar de los ideales que nos unían entonces, él temía que todos fuésemos seducidos por el poder y sus tinieblas—, mereciendo un interminable abucheo, pero en realidad era como si se tratase solo de una etapa de transición, su mente a punto de dedicarse por completo a otros asuntos. Por el contrario, esa fue mi época de mayor compromiso democrático: todo el día me ocupaba en ello, haciendo propaganda y repartiéndola —«la soledad civil al poder»—, organizando reuniones y mítines, y la ausencia de Ignacio ni siquiera me pareció extraña. Ocupado como estaba, no tuve oportunidad de conocer a los nuevos amigos de Nacho, ni de constatar la transformación que se llevaba a cabo en él.

Terminamos la preparatoria y este hecho (celebrado por los dos en mi casa con una botella de whisky: una postrera y extemporánea reunión que habría de convertirse en la última) fue nuestra

separación definitiva: yo dejé los estudios y comencé a trabajar en *La jornada*, mientras que él se inscribió, como había dicho, en la Facultad de Arquitectura y comenzó a asistir a cursos de cine — ¡de cine!— en el CUEC. Muy pocas noticias tuve de Ignacio Santillán a partir de entonces: supe, por Daniela, con quien hablaba por teléfono de vez en cuando, que su interés por el cine era cada vez mayor, no un simple capricho del momento, y que casi centraba su vida en él: todos sus nuevos compañeros pertenecían a ese ambiente y él mismo pensaba en llegar a dirigir algún día una película; años más tarde me enteré de que también había abandonado la facultad y poco después también la escuela de cine y, por último, que se había ido de viaje (a Sonora y Arizona, parecía) con una tal Eugenia, actriz y cantante. Después de eso nada.

Ahora que lo pienso, tantos años después, incluso me parecen lógicas y razonables, aptas para su carácter, las nuevas actividades a las que Ignacio se había entregado (o quizá sea que poseo muy pocos datos y aún no encuentro otros que me contradigan). Su interés por el cine es lo más evidente, como si su pasión por las novelas y su interés por la visión (y la ceguera) se hubiesen conjuntado: ahora podía interesarse en las historias y anécdotas que siempre le fascinaron, y al mismo tiempo combinarlas y entretrejerlas con el juego de colores y sombras que posee el cine: ese espacio oscuro, nocturno, en el que todos nos asimilamos e identificamos con la oscuridad para observar juntos, como en un sueño colectivo que nos unifica y anula, las ficciones que la luz va inventando frente a nosotros (efecto primigenio que no logran la televisión ni los vídeos). Y también comprendo que, una vez conocidos la técnica y los artificios de las películas, las trampas y trucos y fulgores, todos sus recursos, le haya sucedido a Ignacio lo mismo que con todo: un desinterés idéntico al interés inicial, la apatía que lo llenaba cada cierto tiempo, adormeciéndolo, sustrayéndolo —como si tuviese sueño— a los dominios del mundo. Y con su supuesto viaje al desierto (no puedo asegurar que lo haya sido) sucedía lo mismo: el sol intenso e inabarcable del desierto era la contraparte de las salas de cine: un espacio abierto y enorme en el cual las sombras eran mínimas, donde la luz lo invadía todo; y de nuevo las paradojas: en la noche de las ficciones cinematográficas se encontraba la vida, mientras que la luz abyecta y permanente del desierto era la causa de la aridez —la vigilia— y la muerte.

Luego de eso, el silencio: Ignacio se esfumó sin que Daniela o yo volviésemos a tener noticias de él; de vez en cuando preguntábamos a alguno de nuestros compañeros de esa época si habían sabido algo de él, pero la respuesta era invariablemente negativa. Nadie conocía su paradero, qué había pasado con él cuando regresó al país (si es que había regresado), a qué se dedicaba o dónde vivía. Era un misterio que, como todo misterio, nos inquietó durante algunos meses hasta que fue olvidándonos (como si la gente no tuviese suficientes problemas de por sí), hasta que el nombre de Ignacio Santillán se perdió en los abismos de nuestras mentes, y sus sílabas, antes pronunciadas a menudo, se convirtieron en sonidos extravagantes y ajenos, cualquier vínculo perdido gracias a los meollos del tiempo. A lo largo de estos años, los años que lo alejaron de mí, en los cuales debió incubarse o desarrollarse el germen de su muerte futura, las causas de su horrible destino (de su mala suerte o infortunio), creo que ni siquiera había vuelto a pensar en él: el tiempo en que (al menos para mí) permaneció oculto, sumergido en los meandros de la noche.

Cien veces se ha repetido que las vidas de las personas parecen ríos que se entrecruzan sin saberlo, madejas que poseen nudos apenas perceptibles —coincidencias—, de las cuales solo advertimos unos cuantos paralelismos, repeticiones y sombras (carecemos de la originalidad que nos obsesionamos en perseguir), como si fuésemos, sin darnos cuenta, variaciones de un tema que no nos pertenece, apenas desviaciones o deslices de un patrón general, de una red que nos une a los otros (la naturaleza humana acaso), de un destino que nos hace parte del destino de los demás. Si tan solo fuéramos capaces de *ver*, de advertir esas mínimas partículas que nos acercan a los otros, si pudiésemos rastrear en nuestro camino cotidiano las disyuntivas y coyunturas que provocan nuestros encuentros y desencuentros, las miles de posibilidades que desecharnos con cada acto y que nos lanzan a opciones compartidas, si lográsemos atrapar los instantes orgullosos o funestos en que proclamamos, en silencio, nuestra voluntad hacia ciertas personas, el deseo inconsciente —o el azar, la mala suerte o el infortunio— que nos acerca a alguien en particular de entre el mundo de seres incógnitos y anónimos que se cruzan en nuestro camino... Pero no, somos demasiado ciegos y sordos, torpes tal vez, para mirarnos desde fuera con imparcialidad y desvelar nuestras acciones y sus parecidos, necios en considerarnos distintos en un mundo que nos parece demasiado intrascendente si no lo transformamos (al menos en nuestras mentes) en algo relevante y único. El deseo de ser siempre diferentes —con personalidad, carácter y emociones propias— nos condena, al contrario, a una absurda soledad en medio de nuestro vacío, a imitar irracionalmente a todos aquellos que creen lo mismo. Por eso nos sorprenden tanto las coincidencias (cuando de ellas está hecha la madeja de la historia): no estamos acostumbrados a pensar que todos somos parte de lo mismo, que invisibles vínculos nos obligan a hallarnos y perdernos.

Es probable que Alberto Navarro e Ignacio Santillán no nacieran el mismo día a la misma hora —efecto espectacular aunque a fin de cuentas menor en el transcurso de su historia—, pero sus muertes casi simultáneas no es el único dato que los emparenta (como afirmó Rodríguez Piña); a pesar de su distancia, de los abismos culturales y económicos que los separaban (lo exterior: lo que todos ven), en realidad tuvieron sendas paralelas que llegaron a cruzarse y enredarse, fueron fantasmas o negativos uno del otro, imágenes invertidas que culminaron sus desarrollos individuales en la comunión de aquel sórdido cuarto de motel.

Alberto Navarro Vallarta (la única ventaja de ser un hombre público es que la vida íntima y el pasado —al menos el pasado oficial— también se vuelven públicos y su acceso se torna de lo más sencillo para cualquiera), hijo de Javier Navarro Félix, médico, y de Norma Vallarta Anzures, historiadora, segundo de cuatro hermanos —tomo estos datos del *Diccionario biográfico del gobierno*—, pertenecía a una familia de clase media, relativamente estable, que jamás se interesó por la política. El padre trabajó siempre, hasta su retiro, en un hospital privado, mientras que la madre se ha dedicado toda la vida, hasta la fecha, a dar clases en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Nacional. (Y aquí, de paso, la primera coincidencia: la maestra Vallarta, invitada por el Centro Universitario de Estudios Cinematográficos a impartir un curso de historia del siglo xx, dio clases a un alumno con «inscripción condicionada» —así dice el expediente—: Ignacio Santillán.)

De la infancia de Alberto se tienen pocos datos (como en la niñez no hay gestos heroicos, son

años que tienden a ser despreciados por la historiografía oficial): en las innumerables entrevistas que los diversos medios de comunicación han venido realizando con sus padres y hermanos, estos siempre se han referido a él como un niño «despierto e inteligente», «ávido lector desde pequeño», «gran hijo y gran patriota», «estudiante aplicado, que siempre obtuvo las notas más altas». Todo esto puede ser cierto, pero ha servido asimismo para ocultar otra faceta del niño y del adolescente Alberto Navarro —recordada por sus amigos de entonces—: su carácter voluble, sus constantes desfallecimientos, acaso provocados por la hemofilia que, se dice, padecía, y su propensión a cambiar de periodos de silencio y meditación a la euforia, la hiperactividad y la verbosidad constante.

«Uno nunca tiene el mismo estado de ánimo siempre», me dijo su hermano Miguel, siete años mayor que Alberto, justificando la ciclotimia que padecía. «Debido a su enfermedad mis padres lo protegían mucho, casi diría que excesivamente —continuó Miguel Navarro—. No lo dejaban salir a la calle si no estaba forrado con tres suéteres, chamarra y bufanda, y era imposible que asistiese a la escuela si hacía mal tiempo o llovía; siempre lo llevaban y lo traían, consintiéndolo todo el tiempo [...] Sí, de algún modo era el preferido (o eso pensábamos los demás): los cuidados que le daban nos parecían demasiados (igual que a él), pero siempre terminábamos escuchando a papá cuando nos decía que debíamos comprenderlo, que Alberto era *especial*, que por eso necesitaba un trato diferente. *Especial*: esta es la palabra que mejor lo definiría, no conozco una sola persona que lo haya conocido y que no haya pensado así de él, y no solo por su enfermedad, sino porque siempre estaba preocupado por los demás, oyéndolos y aconsejándolos (aconsejándonos). Como si la sobreprotección hubiese construido en él un mecanismo similar, dedicaba gran parte de su tiempo a escuchar a los otros. Le decían *el psicólogo*: fuesen sus amigos y amigas de la secundaria, o sus compañeros de trabajo, o, luego, la gente involucrada en el movimiento, todos acudían a él para desahogar sus penas, temores y angustias; tenía un trato fácil y muy franco, una sencillez abrumadora.»

Pero, al lado de eso (Miguel no podría decírmelo), Alberto parecía siempre atormentado («parece que carga un peso muy grande», me dijo una amiga suya); a veces se encerraba durante horas en su cuarto y no salía a comer ni a cenar y nadie sabía lo que el muchacho hacía ahí adentro. Al principio preocupó al resto de la familia, pero poco a poco lo fueron considerando algo normal, un desahogo que necesitaba el pequeño Beto, pues invariablemente su humor mejoraba después del encierro. Desde entonces adquirió la facha que lo caracterizaría: flaco hasta los huesos y de gran estatura (uno ochenta y ocho), de ojeras azulosas y labios rojísimos, el pelo castaño y alborotado, las cejas juntas y los zapatos sin bolear.

Le pregunto a su hermana Sofía (dos años mayor): ¿alguna rareza, algo extraño en su proceder de entonces? Ella reflexiona un poco, como si no quisiese acordarse: «Sus encierros. Una vez Martha y yo decidimos espiarlo para ver lo que hacía —imaginábamos que se masturbaba o algo así—, ¿se imagina? Su recámara estaba en el segundo piso, pero tenía una gran ventana que daba al patio, así que colocamos una escalera que tenía mi madre encima de una mesa y trepamos; a mí me dio miedo la altura y fue Martha la que pudo verlo, pero solo por un minuto, porque yo hice un movimiento brusco que hizo tambalear la escalera, y Martha dio un grito, a punto de caerse. Cuando Alberto se

asomó y nos encontró ahí abajo, con nuestras posturas ridículas y nuestras caras de ingenuas, pensamos que iba a matarnos, o a tirarse encima de nosotras, pero no hizo nada de eso: simplemente cerró las cortinas y salió dos horas después como si nada (quizá pensó que no habíamos alcanzado a verlo). Pero Martha sí lo vio: Alberto estaba encima de la cama, concentrado en revisar y clasificar cosas sobre láminas de papel y plástico; a Martha le costó trabajo darse cuenta de lo que era: una especie de colección, aunque no de estampas o sellos o los objetos que normalmente atesoran los niños de su edad, no. Usted ni se imagina, ¿verdad? Insectos, decenas y decenas de insectos que Alberto diligentemente clavaba con pequeños alfileres en grandes planchas de corcho (no, eran de plástico). Ese día no dijimos nada, pero la noche siguiente, cuando Alberto no estaba en su cuarto (había ido con mi madre a no sé dónde), subimos a buscar su extraña colección: en la cómoda, debajo de sus pijamas y su ropa interior, estaba su escondite. De veras resultó impresionante (Martha estuvo a punto de vomitar): miles de patitas muertas, de cuerpos extraños, cucarachas y escarabajos, arañas y grillos y moscas (casi no había mariposas), clasificados con indecible cuidado: leíamos sus incomprensibles nombres en latín, pegados bajo cada ejemplar en etiquetitas rojas. En medio del espanto y la curiosidad, los animalitos clavados eran a la vez tétricos y hermosos. Embebidas como estábamos, no lo oímos llegar; en cuanto nos vio comenzó a golpearnos hasta sacarnos de su habitación mientras algunas láminas se caían al suelo y dejaban restos de sus insectos regados en la alfombra y entre las colchas. Nos hizo prometer no decirle nada a nuestra madre (por primera vez le temimos a su amenaza) y no volvimos a saber nada de su colección, aunque Martha asegura que todavía hace poco, platicando con él, se enteró de que no la había olvidado (ya era ministro), sino enriquecido a lo largo de los años, y la conservaba —todo un entomólogo— en alguna parte de su casa de Tepoztlán».

Sin embargo, los demás coinciden en que no era un niño introvertido ni callado, mucho menos ermitaño: su enfermedad lo obligaba a permanecer en casa mucho tiempo, pero ello no indicaba que ese fuese su miedo o que le tuviese temor a la gente. Al contrario, incluso hubo una celebración familiar cuando, en sexto de primaria, fue nombrado presidente de la clase (una confirmación de su popularidad); los otros niños lo respetaban —en alguna época llegaron a apodarlo *el Sabio*— y, poco a poco, con esfuerzo, logró convertirse, más que en un líder, en una especie de conciencia de los alumnos, quienes acudían a él para oír sus opiniones sobre cualquier tema. Era una especie de árbitro, alguien encargado, desde entonces, de dirimir controversias.

Al año siguiente (primero de secundaria) participó en un concurso distrital de oratoria y obtuvo el quinto sitio; asimismo, envió al concurso de cuento de la escuela ocho textos, firmados con pseudónimos diferentes, tratando de superar así la legendaria marca que Alfredo del Villar (entonces solo escritor y todavía no presidente) había obtenido durante sus años preparatorianos en esa misma escuela al ganar los tres primeros lugares de ese mismo concurso. Alberto (era una lástima) obtuvo, en efecto, premios para sus ocho ficciones, aunque no exactamente los que esperaba: del segundo al noveno. Sin embargo, la anécdota basta para mostrar el carácter orgulloso y altanero que se escondía detrás de la fachada «siempre amable» (así lo definía uno de sus amigos de la época) que lo caracterizaba. Ese mismo amigo recuerda: «Nunca se enojaba. Era un modelo de ecuanimidad y buen trato, de inteligencia y afecto. Todos lo queríamos y respetábamos (jamás se escuchó en esa época a

nadie hablando mal de él), su sonrisa y sus modales circunspectos invitaban siempre al diálogo y a la paz».

No se trata de que a fuerzas yo quiera contrastar su imagen exterior con una oscuridad interna que me permita rastrear los ecos de su futuro, pero debo agregar otros testimonios para enriquecer el débil retrato que existe del Alberto Navarro de entonces. M. M., compañero suyo y posteriormente su competidor en las elecciones para la presidencia de la Sociedad de Alumnos de la Facultad de Derecho (por lo que hay que matizar sus opiniones), añade otras cosas: «Es cierto. Beto era el eterno *hombre bueno*: amable y educado, inteligente y culto, incluso atractivo para las niñas de la época. Pero lo cierto es que, pese a ser místico popularidad, nadie lo conocía realmente (y creo que esto no mejoró con los años); su bonhomía y su facilidad de trato, al contrario de lo que parece, eran una especie de barrera que Beto interponía entre su persona y los demás: su calidez era hacia afuera, no hacia adentro. No permitía que nadie se le acercara de veras (ni siquiera sus novias), que nadie llegara a conocer sus secretos; nunca hablaba de sí mismo o lo hacía en términos muy generales, saliendo inteligentemente del paso sin comprometerse, haciendo lo que nunca dejó de hacer: quedar bien con todos. Como si su única convicción auténtica fuese ser querido, agradar, no tener problemas con los demás. Era un camaleón —Zelig, le decíamos algunos, por la película de Allen—, acoplándose y adaptándose a las circunstancias, cambiando de opiniones y pareceres de acuerdo a las personas que tenía junto a él (eso lo ayudó mucho para su carrera política, como usted comprenderá). A mí me resultaba molesto tolerarlo: era como si por dentro no hiciese otra cosa que clasificar a la gente, dividirla en categorías mentales que él creaba mientras por fuera reía o hacía chistes o se dejaba mimar por quienes no veían en él más allá de sus narices. Creo que nunca nadie llegó a conocerlo».

Quizá no íntimamente, del modo que su antiguo compañero lo insinúa, pero lo cierto es que cuando Alberto llegó a la preparatoria ya era una especie de ídolo, o al menos alguien de quien se hablaba: su nombre era repetido por muchos labios, de hombres y mujeres, quienes lo veían, es cierto, como un ser extravagante, pero también con la admiración y el respeto (y en muchos casos, la envidia) que se siente hacia lo distinto y sobresaliente. Alberto, en medio de su carácter distante y afable (si hemos de hacer caso a esta versión), supo de cualquier modo aprovechar al máximo su particular condición en la escuela: se reunía con grupos de todo tipo, era popular en ambientes dispares, que no tenían otra cosa en común que su amistad, y se codeaba con sus compañeros sin distinciones, de modo que cuando —un poco tardíamente— Alberto comenzó a interesarse en la lucha democrática, en realidad tenía el camino listo para convertirse en el líder indiscutible de uno de los grupos más activos durante las movilizaciones.

¿Qué más definía al Alberto Navarro de entonces? El ajedrez. Lucho Cruz, uno de sus asiduos rivales de entonces: «Beto nunca parecía apasionarse. Todos sabíamos que le fascinaba el juego (y ganar), pero él nunca lo decía explícitamente: solo me divierte, afirmaba, o llegaba a autohumillarse y a hacer comentarios sarcásticos sobre sus errores todas las veces que perdía. Sin embargo, cualquiera que lo viese jugar, que conociese las trampas y artilugios del ajedrez, sabría que no era así; su estrategia no era la de un principiante ni la de un novato; al contrario, se la pasaba inventando celadas y ataques camuflados, arduas y difíciles combinaciones que, aunque no siempre resultaran

exitosas, demostraban sus verdaderos deseos: no solo ganar, sino ganar apabullantemente, gracias a la inteligencia, descubriendo las debilidades y miserias de su contrincante (su menor inteligencia, para decirlo claramente). Así, en cambio, cuando perdía no tenía motivo para sentirse mal; su riesgosa estrategia había fallado: falla por exceso, no por superioridad del otro [...] Lo mismo hacía en todas partes y con todo, en especial con las discusiones: como si su única voluntad, en medio de su encanto (o acaso su encanto fuese una forma de condescendencia: hay que ser humilde con los menos favorecidos), fuese demostrar y demostrarse que era mejor —siempre— que los demás».

Cuando comenzó a gestarse el movimiento democrático —las preparatorias y las universidades ardían, eran los principales focos de la resistencia civil—, Alberto tomó casi espontáneamente las riendas de su escuela: convocó asambleas y reuniones, comenzó a preparar propaganda y brigadas de concienciación ciudadana, y empezó a ser llamado por organizaciones más amplias que lo incluían en sus decisiones. Pero, mientras una de sus colaboradoras de entonces, Angélica Sucedo (su jefa de relaciones públicas), lo recuerda cándidamente como un «líder natural, el más carismático y noble que he conocido», hay otros que afirman que, como en el ajedrez, su estrategia para llegar a los puestos que tuvo fue cuidadosamente meditada desde el principio, sus amigos y enemigos de esa época colocados como las distintas piezas del tablero, clasificados perfectamente como peones o alfiles o torres, propios o enemigos, y donde no importaba qué o a quién sacrificar mientras al final se obtuviese la victoria. No obstante, resulta muy difícil seguir ahora, tantos años después, y bajo el peso de los acontecimientos posteriores, el desenvolvimiento de la política estudiantil de entonces; lo único cierto es que, para cuando lo vi por primera vez, en una de las múltiples reuniones masivas previas al movimiento, Alberto Navarro poseía ya una trayectoria de fama, inteligencia y limpieza, en medio de la multitud de rostros anónimos entre los que yo me encontraba (y acaso también, concentrado en alguno de sus libros, Ignacio Santillán).

Cuando sucede un hecho espantoso, que se forja como noticia y corre de boca en boca y de gesto en gesto —todos vemos la misma televisión—, lo dicho, de pronto comienza a volverse autónomo, como si ya apenas tuviera una relación endeble con la realidad que lo motivó: se convierte en palabras repetidas infinitamente, con variaciones sutiles, las cuales provocan imágenes diferentes en cada cabeza; nuevas interpretaciones, versiones renovadas en una espiral que lanza a una pobre inmortalidad —la de la moda— los avatares del mundo. Y entonces parece que las cosas nunca ocurren, que todo es parte de un teatro de la imaginación y de la publicidad y de los medios, y que nada es comprobable ni cierto; por diversas razones, periodistas o investigadores o meros curiosos buscan recobrar el acontecimiento liminar, y se dan cuenta, desfavorecidos, de que este ya no existe, que ha sido ocultado por la infinidad de sombras que se le han superpuesto, que la verdad es incognoscible y cualquier esfuerzo por recobrarla no más que una nueva y desconcertante versión que se adhiere a las anteriores. El universo se desmorona en nuestras manos: solo queda su recuerdo, y ni siquiera podemos comprobar la fidelidad de nuestra memoria (basta compararla con la de los demás testigos presenciales para dar cuenta de la poca fiabilidad de nuestras convicciones). Las voces van y vienen, toman formas cambiantes, se contradicen —nunca se escuchan— hasta lograr una

convicción colectiva, el máximo atentado del rumor: lo que se sabe, queda y permanece, quizá sin motivo, y que hemos de conocer como la historia. De este modo, los medios pronto demostraron que no había dudas: los autores materiales o intelectuales del doble homicidio del ministro de Justicia y de Ignacio Santillán tenían que ser miembros del clandestino FPLN: a nadie más le beneficiaría la desaparición del funcionario, nadie más tendría interés en privar de la vida, de un modo tan atroz, a un servidor público ejemplar. Pero, aunque el FPLN no reivindicó el atentado (como acostumbra a hacer en los escalofriantes comunicados que ya en nada recuerdan a los de sus predecesores selváticos), lo cierto es que la mayor parte de las opiniones giraban en torno a esta hipótesis, por lo que el gobierno, en voz del Fiscal General, tuvo que reconocer públicamente, para beneplácito de muchos, que las investigaciones considerarían cualquier posibilidad y que el grupo especial antimotines —que no había sido habilitado en más de cinco años, desde el inicio de la gestión del presidente Del Villar— sería puesto de nuevo en acción, a fin de no dejar dudas al respecto. La noticia, que en otro momento hubiera causado algún impacto en la opinión pública (si todavía puede usarse el término), que hubiese desatado marchas y protestas de los distintos grupos y organizaciones no gubernamentales de derechos humanos (que ahora tenían miembros incrustados en todas las áreas del gobierno, incluyendo la Fiscalía General), pasó en cambio prácticamente desapercibida. El horror y la indignación y, un poco, la indiferencia, lograron desactivar los temores frente a uno de los órganos del Estado antes más temidos, pues resultaba necesario hacer cualquier esfuerzo para conocer las causas del doble homicidio y los secretos del asesino o asesinos, desenmascarar la vileza y el odio ocultos: conjurar los demonios que habían sido soltados, en medio de la sangre y los miembros mutilados, la tortura y el pánico, en aquel cuarto de motel.

Mientras tanto las declaraciones se amontonaban unas encima de otras, decenas de frases, sílabas, letras repetidas hasta el cansancio, voces inexpresivas hablando del dolor y la angustia, de la furia y el castigo, de la justicia que merecía el ministro de Justicia: de lo desconocido. Los funerales de Alberto Navarro fueron precisamente eso: una lucha, desesperada y vana, contra lo ignoto, lo —hasta el momento, al menos— indescifrable; el amargo intento de reparar lo irreparable, de devolver su carácter humano a un cuerpo que había dejado de serlo (el caso de Ignacio Santillán era aún peor), la voluntad oficial de reconstituirlo, de reintegrarlo a la sociedad que aún murmuraba, ensombrecida, por aquella horrible muerte que lo inmortalizaba.

Tratando de borrar las muecas del dolor y la sangre, y el rictus macabro de su rostro, los embalsamadores se habían dado a la tarea de hacer desaparecer las huellas del crimen, de devolverle al ministro de Justicia su condición de cadáver común, de muerto idéntico a tantos que, con el maquillaje y las costuras bien hechas, los líquidos y humores para preservarlo, permanecen como anónimos vestigios, réplicas de sus dueños originales, para beneplácito de los pocos que, por morbo o desesperación o costumbre —la esposa que insiste en besarlo por última vez, el niño temeroso obligado a despedirse, el enemigo que comprueba la desaparición de su rival—, se acercan a contemplarlos dentro del féretro que les servirá de último refugio.

Parecido a un muñeco, casi un payaso por el exceso de coloración blanca en su piel que contrastaba con el rubor que le habían untado en las mejillas (la humillación que padecen los muertos para complacer el desánimo de los que se quedan), las cicatrices de la autopsia ocultas bajo un

impecable traje inglés, nuevo, que no volvería a verse más, con una serenidad inventada, el cuerpo de Alberto Navarro, ministro de Justicia (el presidente Del Villar esperó cinco días de duelo para nombrar a su sucesor: Óscar Sámano), fue velado religiosamente en un lugar en «la calle de Félix Cuevas», en medio del llanto sincero de la esposa, María Bracamontes, y de las dos hijas, Paola y Magdalena (trece y diez años), y del llanto y las condolencias aprendidas de memoria, por la fuerza, de todos los demás.

A las doce del mediodía apareció el anciano presidente Del Villar con su gabinete en pleno para montar una guardia de honor, al lado de la viuda y de Martín Senescal, el mejor amigo del occiso; luego todos los miembros del gabinete, los «muchachos de Del Villar» (como los llamaba la prensa con irónico afecto), se fueron turnando para detenerse frente a las esquinas del ataúd, luciendo sus mejores muestras de aflicción, enfundados en sus corbatas (italianas) y trajes (ingleses) negros, comprados expresamente para la ocasión. La tele se encargó de transmitir en vivo las muestras de amargura y las condolencias durante el sepelio, y luego, mientras los conductores de los diversos canales, engolando la voz para hacerla lúgubre y marcial, narraban los acontecimientos (un deporte turbio y morboso), las cámaras seguían de cerca la procesión que llevó el cadáver del ministro hasta el cementerio Inglés (el mismo, aunque nadie se atrevió a recordarlo, en el que se encontró la cabeza de Ignacio Santillán), donde sería finalmente enterrado, tratando de devolverlo a la tierra y al silencio, inútil paso después de la terrible muerte que lo volvió, a su pesar, inmortal. Al contrario de los entierros típicos, los del cine y las telenovelas, el día obsequió a Alberto Navarro con un sol espléndido y un calor agobiante, como no se sentía en varias semanas, como si alguien quisiera calcinar sus restos, incinerarlos en contra de la voluntad de la esposa —acrecentar su disolución— y de paso hacer hervir a los invitados en sus vestidos y trajes negros, arrancarles un sudor más real que sus lágrimas, un dolor y un desmayo que suplieran a la simulación y a las mentiras.

El sacerdote obeso y calvo ofició la última despedida ante el mausoleo familiar de los Navarro, una construcción no muy grande de pesado mármol blanco, con una estatua de la virgen de rodillas al frente y las inscripciones con los nombres y las fechas de los abuelos o los tíos o primos del nuevo residente, y la placa recién cincelada con su nombre y sus fechas de nacimiento y muerte: el único resumen que todos merecemos.

Yo también estaba ahí, agazapado (tampoco en este caso recibí invitación de prensa), cubriéndome del sol bajo el alero de una de tantas capillas, sintiéndome intruso en una historia que, sin que yo lo quisiera, me pertenecía cada vez más, tomando notas y apuntes —ahora los reviso y redacto—, tratando de comprender el cúmulo de relaciones que me hacían olvidar mi trabajo y me mantenían ahí, siguiendo una trama impuesta a mi persona por la exigua voluntad del otro muerto, como si yo fuese la continuación de Ignacio Santillán en la tierra: la necesidad de volverlo a unir con el ministro de Justicia aún después de muerto.

Creo, entonces, que no me queda otro remedio que hablar un poco de mí. Mi nombre, ya lo he dicho en alguna parte, es Agustín Oropeza y soy reportero de *Tribuna del escándalo*. Curioso, ni siquiera ahora, trece años después de haber ingresado en este infame tabloide, me acostumbro a reconocerme

como parte de él, como uno de los miembros de su ejército. Mi profesión es el amarillismo. Aún más: es mi vida.

Curioso: mis viejos amigos, mirándolo retrospectivamente, no pueden creer que haya terminado en un trabajo como este. De joven quise ser escritor —*El empalador*, aquella novela de vampiros que le enseñé a Ignacio Santillán, fue mi único intento más o menos serio—, pero pronto la política me hizo abandonar esas expectativas: el movimiento democrático se desarrollaba en pleno y yo no pude sustraerme a su encanto. Entonces era el más comprometido de quienes participaban en la «lucha»; estaba convencido de que la hora del cambio había llegado y no tuve empacho en demostrarlo por medio de decenas de articulitos y ensayos publicados en cuanta hoja clandestina, diario opositorista o periódico mural encontraba. Luego, me consagré a la edición de nuestra propia revista: un folletín distribuido de mano en mano en el que prácticamente yo escribía todas las colaboraciones (los demás estaban demasiado ocupados en la acción directa para sentarse a escribir).

En esa época conocí a Daniela. Nos casamos cuando yo tenía veintitrés años y ella veintidós —gracias a la pequeña Mónica, llegada al mundo en el momento menos deseado y pensado, por más que ahora la ame—, y fuimos infelices juntos durante tres años hasta que decidimos que lo mejor sería gozar por separado de esa misma infelicidad. Pero no es lo mismo ser activista cuando se es un estudiante alocado y entusiasta, enfermo de democracia y de riesgos, que cuando se es un hombre casado, un padre (el peor de los pecados), aunque esta nueva condición no se sienta como propia, ni querida ni anhelada, aunque uno prefiriera que el tiempo no hubiese pasado y que el amor hubiese dejado de parecernoslo antes... Primero conseguí empleo en una empresa de publicidad (dos meses, hasta que me corrieron por faltar: no podía dejar de lado mi actividad clandestina), más tarde fui corrector en la sección deportiva de un diario de Naucalpan (pero era horrible desplazarse hasta Naucalpan todos los días) y, por fin, casi por error —recibí una llamada de mi hermana diciéndome que un amigo suyo trabajaba en la sección de avisos de un *gran* periódico—, ingresé en *Tribuna del escándalo*, en donde no pensé durar más de dos semanas y en el cual llevo ya, perfectamente acoplado, los trece años que he asentado. Trece años de muertes, monstruos, horrores auténticos e inventados, tragedias vueltas grotescas, comedias infames, hipérboles continuas y exageraciones sin límite que conforman la *otra realidad* que, semana tras semana, les damos a nuestros ávidos, cada vez más numerosos lectores: desde entonces el tiraje ha aumentado de tres mil a un millón y medio de ejemplares.

Mi intención era permanecer ahí solo lo suficiente para ahorrar un poco, mantener contacto con otros medios, saltar a reportero político y luego a editorialista, acaso publicar algún libro; el porvenir no se veía tan negro comparado con el de muchos de mis amigos, desempleados y desorientados. Era entonces una especie de ídolo, un poco de suerte era lo único que necesitaba para una carrera brillante, continuar con los signos alentadores que me habían animado siempre: fui el tercer mejor alumno de la preparatoria, había escrito una novela a los dieciocho, tenía facilidad de pluma —talento, suponía— y mi actividad política se desarrollaba satisfactoriamente. Pero no sucedió nada de esto: la rutina del amarillismo —mi vida— se volvió una inercia invencible, el morbo vence y carcome, te habita como una bacteria de la cual no puedes librarte nunca, es una

enfermedad virulenta y progresiva, un mal —pero ni siquiera el Mal, sino un mal menor, insulso— del que resulta imposible sustraerte, hasta que te das cuenta de que también formas parte de él, de que también tú eres uno de sus instrumentos; entonces descubres, con más resignación que tristeza, que el mejor artículo de *Tribuna del escándalo* debería narrar el caso de un periodista que ha trabajado durante trece años, diligente, hábilmente, por propia voluntad, en *Tribuna del escándalo*.

Porque, de algún modo, el tabloide se convirtió en algo más que una fuente de ingresos, más que un lugar del cual obtener un salario —que, para colmo, no ha sido nunca muy alto—; como periodista, como reportero, tenía que darme a la tarea de reinventar el mundo —no de falsearlo—, de descubrir sus casos más abyectos, la maldad y la estupidez y el infortunio humanos, y reproducirlo en versiones que rayaran en la comicidad o, al menos, en un tono que, sin eliminar la violencia y el horror, sí los volviera digeribles, material que puedan ver los señores mientras sus esposas les sirven el desayuno sin volver el estómago; sangre y humores y asesinatos y deformaciones *light*, la desgracia trivializada, despersonalizada.

El universo y la sociedad se volvieron para mí campos permanentes de observación; comprendí que mi labor, una labor que podía ser la de *cualquiera*, no era maquillar sino resaltar algunos aspectos de la realidad, mostrar algunos perfiles del pánico y del asco, ocultando otros, es decir, crear y recrear mi entorno —yo incluido—, transformar las tragedias íntimas y personales en noticias, dar forma a lo privado como público. No buscaba lo cierto, sino resaltar unos cuantos hechos, privilegiar lo relevante sobre lo espurio: transformar lo que tocaba, como un Midas empobrecido, en materia de venta: de escándalo. Después de tanto tiempo de hacer algo semejante, ¿cómo pretender ahora ser objetivo y perseguir los actos y las causas y las conductas perdidas, cómo descubrir, inocente, la verdad?

De repente, un material de primera mano que podría ser, acaso, la nota más importante —y escandalosa— publicada en *Tribuna del escándalo* en el mes; justo el tipo de noticia que sería leída con el mayor morbo —ediciones agotadas, repetidas—, lo necesario para escapar de la esterilidad (por más que el tema sea trivial y vano en contraste con la tragedia de Ignacio Santillán y el ministro de Justicia), para desatar un revuelo más en el mundo del espectáculo y de la prensa, un alud de reacciones de todo tipo, violentas y entusiastas, justo lo que el tabloide y yo necesitábamos cada vez con más desesperación. Y sin embargo decidí no hacerlo. Por una vez decidí callarme —lo que nunca hace un periodista, y menos uno de mi estilo—, ocultar lo que sabía y las pruebas que guardaba y ahora tenía frente a mí. Así debía ser, al menos por ahora: había que aprovechar, con disimulo, las conexiones más sospechosas, los atisbos de revelaciones mayores, perseguir las coincidencias, apoderarse de cualquier pista...

Frente a mí descansaba el catálogo, esa joya robada por Martín Legorreta, uno de los mejores y más sutiles informantes en el bajo espectro de esta urbe entregada al caos; por fin entre mis manos la prueba fehaciente de que existía este servicio a domicilio —esta terapia, esta inmundicia—, perfectamente planeado, con la estrategia mercadotécnica perfecta para convertirlo en una boyante empresa, un emporio manejado desde los centros mismos del poder comunicativo. Pero el escándalo

no yacía en que se tratase de una de las formas de la prostitución posmoderna, arte o vicio o necesidad inextinguible por los siglos de los siglos, sino en el tipo de comercialización, en las relaciones que revelaba, en el juego sutil provocado por su naturaleza dual —diabólica—: en la mentira que lo camuflaba, el inmenso alud de suposiciones que se encargaba de crear entre la gente —y que la gente creía y seguía a pie juntillas—, sin que toda esta gleba se atreviese siquiera a sospechar lo que había detrás. De nuevo la distancia infranqueable entre lo público y lo privado, entre lo que puede verse a la luz del día y lo que se esconde bajo la noche; cuerpos divididos, almas separadas que solo por azar convivían en apariencias similares, monstruos bípedos con personalidades dobles o triples o múltiples, acaso seres inexistentes o con una azarosa existencia que comienza al amanecer y acaba con la puesta del sol.

Los primeros rostros que me impresionaron fueron el de Tamara y el de Sonia de Miguel, quizá porque los había visto muchas veces antes, aunque en situaciones que en nada se parecían a esta, o porque sus rasgos casi de niñas contrastaban demasiado con las formas de sus cuerpos (también, casi, de niñas), o simplemente porque la publicidad había funcionado y al mirarlas, aun cuando odiara las melodías, en mi mente no pudiese dejar de repetir una y otra vez «Este es mi corazón» o «Dame más, más de tu alma». Boquitas con discretas sombras rosas, rubor incipiente, cabello suelto el de una, hasta los hombros, en una especie de colita por encima de su oreja derecha en el de la otra, los ojillos a la vez tiernos e incitantes, entrecerrados, como los de las muñecas Barbie que anuncian en la televisión: sus modelos, sus imágenes. En cambio, por la fuerza de la costumbre y el tedio que sufro frente a las pantallas de televisión, jamás hubiese pensado que bajo las falditas cortas y las blusitas sin mangas con que aparecen cantando (si así puede llamársele) y bailando (brincando, diría yo) existiesen las pieles que ahora contemplo, las curvas y las líneas desnudas, como si fuese una enorme sorpresa que esas niñas artificiales pudiesen tener pezones y vello púbico —deliciosos pezones erguidos cuyo tono anaranjado contrastaba con la palidez de sus cuerpos y marañas negruzcas entre sus piernas semiabiertas que en nada recordaban el color rubio y platino de sus cabellos revueltos y despeinados después del «Baile de la hormiga» o de animar a los participantes en algún programa concurso—, que no solo fuesen arquetipos de la bondad y la simpatía que eran ahora los emblemas del nuevo régimen, sino que también, por lo visto, tuviesen deseos —o al menos fuesen capaces de aparentarlos— y evidentes ansias de satisfacerlos. No podía creerlo pero era cierto: Tamara, el ídolo de millones (de veras, millones) de niños y niñas en toda América Latina, mi hija incluida, de apenas, ¿cuánto?, trece años, con su voz aflautada y sus grititos al cantar o al gritar «Upa y arriba, hasta la salida» cada sábado a las ocho de la noche (la hora en que todos la ven) en su *popular* programa concurso, fuese solo esa Tamara por el día (cuando *todos* la vemos) y en cambio, por la noche (cuando solo *algunos* pueden verla), fuese por completo otra, o al menos desarrollara otra parte de su personalidad u otro numen la invadiera, convirtiéndola en la imagen infantil y atrozmente sensual que ahora yo estaba contemplando frente a mis ojos.

Las demás fotos resultaban peores, y no es que alguien como yo, que trabaja en *Tribuna del escándalo*, pueda escandalizarse con nada, pero no dejaba de resultar ácido el contraste entre los recuerdos vagos del grupo Niñerías y sus malos chistes en la televisión, y por el otro contemplar a sus integrantes, hombres y mujeres (niños y niñas), desnudos, en las posiciones más sutilmente

violentas, abrazados como compañeros de escuela o sentados en dos filas como si se tratase de un excéntrico equipo de fútbol, pero donde los rostros de las mujercitas (trece, catorce años) chocaban con los sexos apenas adolescentes (catorce, quince años) de los jovencitos, o donde las nalgas puntiagudas de una de las niñas —creo que se llama o se hace llamar Miranda, la de los ojos azules— son bordeadas por la mano inocente (aunque no alcanzan a verse algunos dedos) de otro de los miembros de la banda —este no sé quién es: uno siempre se acuerda de los nombres femeninos—, o donde la boca de otro más de los muchachos descansa en el pezón apenas incipiente de una de las chicas. Y ver entonces a las actrices y actores *jóvenes* —esta parecía ser la única condición del catálogo, nadie pasaba de la veintena—, estrellas o ídolos de las telenovelas de moda, y a las animadoras y edecanes de los programas de concursos infantiles (su gusto por los impúberes quedaba demostrado a toda prueba), y a las cantantes y baladistas del momento, todos sin ropa, exhibiéndose, vendiéndose al mejor postor, rentándose para satisfacer a hombres ricos de «gustos no convencionales». Aunque acaso lo más degradante fuesen las leyendas que acompañaban a las imágenes, los pies de foto llenos de desgastadas frases publicitarias que ahí adquirirían una connotación renovada: «Anita y Marilú, una pareja de lujo para una noche inolvidable», o «Alcance el éxtasis con los encantos de la Pingüica», o «Fabrizio: un ángel para su insomnio», seguidos de sus correspondientes precios, afianzados en la solidez del libre mercado —a mayor popularidad mayor costo—, que iban desde los modestos cincuenta mil pesos («Juancho, apenas de trece años, será la estrella del futuro») hasta cotizaciones que llegaban a veinte o treinta veces esa cifra (las más cotizadas eran, en efecto, Tamara, Sonia de Miguel, la modelo que anuncia los refrescos Pascual e, inexplicablemente, la niña jorobadita que aparece todas las tardes en *Extraños amantes*).

El catálogo es repartido por mensajería y bajo estrictas medidas de seguridad en el interior de carpetas negras que en la portada, con letras doradas, dicen *Información política y financiera*, o bien puede adquirirse por medio de correo electrónico a través de Internet; el servicio es contratado mediante tarjetas de crédito con números secretos de identificación personal, a través de un complicado sistema de conexión telefónica —todo un emporio—, incluido un contrato de prestación de servicios, facturas deducibles de impuestos (a nombre de Casa Hogar Santísimo Sacramento, I.A.P.) y la posibilidad de reembolso en caso de que el servicio resulte defectuoso o insuficiente (fallas físicas o psicológicas del prestador). Para seguridad de todos, se añaden algunas cláusulas con obligaciones para los solicitantes del servicio; los precios incluyen un día completo —de ocho de la mañana a esa misma hora del día siguiente— en el domicilio señalado por el solicitante, con la posibilidad de hacer «todo lo que la imaginación alcance», con descuentos especiales para grupos, y con solo dos estrictas prohibiciones: ejercer cualquier tipo de violencia física sobre el prestador («especialmente los golpes que dejen marcas visibles en el rostro, brazos o piernas del prestador»), y tomar fotografías o vídeos del mismo a lo largo de la prestación del servicio; ambas faltas, se advierte, serán sancionadas «con rigor ejemplar».

La tentación resultó demasiado grande: era necesario conocer el sistema por completo, y para ello no había otro remedio que contratar a alguna de aquellas niñas, esperando no asustarla y hacerla hablar (como si no tuviese yo bastantes complicaciones con el caso Santillán). Desde luego yo no podía ser el cliente, así que llamé a Omar Ríos, un viejo amigo mío, dueño de una pequeña pero

próspera empresa fabricante de condones de sabores, para que fuese el encargado de prestar su nombre para la operación (no a cualquiera le otorgan el servicio). Luego de un considerable esfuerzo para convencerlo («Imagínate si se entera mi esposa», decía este amo del control natal), pudimos establecer contacto con la empresa y a las dos semanas, que supongo utilizan para informarse sobre la honorabilidad moral y financiera del sujeto en cuestión, Omar recibió una llamada indicándole que su crédito había sido aprobado, que recibiría su tarjeta esa misma semana y que podía comenzar a utilizarla en ese mismo momento si quería («Como si estuviese contratando *realidad virtual*», se sorprendió Ríos, sin saber que, en efecto, no había demasiada diferencia entre uno y otro servicio, incluso entre los dueños de ambas corporaciones).

Con puntualidad londinense recibimos el catálogo —*Información política y financiera*— y la tarjeta el jueves, y ese mismo día por la noche, nerviosos como colegiales (Omar puso como condición enterarse de todos los detalles —o a lo mejor se animaba a utilizarlo después él solo— por el préstamo de su nombre, de su cuenta y de su casa), hicimos la cita para el día siguiente (la esposa de Omar se iba de vacaciones a Europa): Sí, la número 257, Azucena, dieciséis años, setenta y tres mil —una suma intermedia, Omar no quiso contratar a una de las baratas—, de quien mi hija había oído hablar lejanamente, o visto, quizá, en uno de los intermedios del concierto de Francisco Arturo (quien, por cierto, no venía en el catálogo: yo pensé que todavía debían existir algunos *artistas* decentes, pero Omar sugirió que probablemente trabajaba para la competencia).

Idéntica puntualidad trajo, a bordo de una limusina azul marino, enfundada en un abrigo de pieles blanco, del peor gusto («Te dije que una más cara»), con lentes oscuros y el rostro arisco, a la pequeña Azucena, que así parecía una prostituta rebajada al diez por ciento. Yo me hice pasar por el dueño de la casa (Omar se escondió en otro cuarto) y la chica, con una desenvoltura que no denunciaba su edad aunque sí su vestido, una vez en la sala, se quitó el abrigo de pieles blanco del peor gusto y los lentes negros, convirtiéndose de pronto, sin más, en lo que a lo mejor en realidad era: una niña de dieciséis años con una falda corta de mezclilla azul, una camiseta naranja con un ratón dibujado y una cara de angelical ternura aun cuando pedía de tomar, a las nueve de la mañana, un *vodka- tonic*.

Y entonces uno nunca sabe a lo que se enfrenta, planea cierta cantidad de cosas, lo que habrá de decir al principio, y la variedad infinita de múltiples respuestas del interlocutor, las reacciones que tendrá frente a lo que se dice, las posibilidades de triunfo —de controlar la situación— o de que, por el contrario, los hechos se nos escapen de las manos, imposibles de retener, y la voluntad resulte insuficiente —las previsiones nunca acabadas— para concluir satisfactoriamente con lo propuesto. Azucena se desenvolvía según un papel que, por lo visto, había ensayado mil veces, repetido de memoria, sin espontaneidad ni pasión —aunque aparentara la espontaneidad y la pasión—, dejándose consentir a ratos, pero sin jamás salirse del parlamento previamente estudiado (era una alumna competente). Charlamos o más bien intercambiamos palabras en un ritual absurdo —nadie decía nada verdadero ni importante— durante una hora, luego ella comenzó su labor insinuante, acaso aburrida o fastidiada de mi plática, se quitó los zapatos («para estar más cómoda») y con una coquetería impuesta comenzó a acariciarme la pierna con sus calcetas blancas mientras seguía hablando de nada... De vez en cuando se pasaba la lengua por encima de los labios o se mesaba el

cabello o dejaba que la forma de sus senos y sus pezones diminutos se dibujara en los pliegues de su camiseta naranja con la figura del ratón, como siguiendo paso a paso una lista de tareas que debía acometer. No es que en definitiva yo no supiera cómo comenzar a tratar los temas que me interesaban, o que me diese miedo ofenderla, pero creo que ambos necesitábamos cierta intimidad para lograr nuestros respectivos y contradictorios propósitos, de modo que la tomé de la mano y la llevé —para el enojo y la furia posteriores de Omar, que se sintió traicionado— a una de las recámaras.

Azucena resultó de veras una niña linda, especial. Acaso en realidad necesitara el afecto o la ternura que simulaba, y su disfraz fuese una máscara doble que representaba lo que en realidad era; pero, como lo supuse, aquella niña —la creo, de veras— no sabía muchas cosas y no podía revelarme los oscuros nexos de la empresa para la que trabajaba. Al contrario de lo que pudiese pensarse, ella no se consideraba una prostituta, ni mucho menos (Omar insistía en cambio en que todas estas muchachitas eran solo putas valorizadas por la publicidad televisiva y no a la inversa), sino una *artista* que necesitaba valerse de estos recursos para llegar adonde deseaba: la fama y la gloria, o la idea que de ellas tenemos todos antes de experimentar ambas. No tenía opción y, me lo confesó, en ocasiones incluso llegaba a gustarle, cuando el cliente era joven o por lo menos no obeso o un poco tierno. Varias horas la escuché contar sus proyectos, las canciones que deseaba interpretar —e incluso tarareaba algunas—, los artistas a los que admiraba, y luego, casi como un secreto, me dijo que, después de triunfar como actriz de cine, deseaba casarse y tener hijos (a fin de cuentas, a nuestro pesar, en algún momento de nuestras vidas todos queremos lo mismo).

Fuera de estas confesiones apenas pude sacarle algunos datos de los modos de operación de la empresa, los honorarios que ella recibía —a decir verdad nada despreciables— y la completa discreción de sus jefes, a los que nunca había visto. Mi decepción se veía mitigada por el gusto de conversar con aquella chiquilla —una Azucena que se asemejaba cada momento más a una persona verdadera—, pero tocó fondo cuando me dijo que tampoco sabía los nombres de ninguno de los que habían sido sus clientes —al parecer la discreción era la regla de oro de la empresa—, lo cual, sin embargo, le creí con bastante facilidad en aquel momento (su tono de voz no podía mentir). Pero mi desesperación se convirtió en júbilo cuando, acaso rompiendo un precepto fundamental de su vida, confiando en mí por un momento —acaso le simpatice en verdad: parecía rico, no estoy tan viejo, no soy obeso y sí capaz de ser tierno—, me reveló algo que resultó mucho más importante de lo que ella hubiese imaginado (de saberlo a lo mejor no me lo habría dicho): «Lo que me dolió mucho —confesó— fue la muerte del ministro».

—¿Del ministro de Justicia? —le pregunté en un respingo.

—Sí.

—¿Lo conociste? —Mi tono era exaltado, se asustó un poco, sin querer decir más, aunque ya prácticamente lo había dicho todo.

A lo largo de ese día no volví a presionarla: aún nos quedaban muchas horas por delante que, a fin de cuentas, ya habían sido pagadas.

De nuevo el ministro de Justicia, de nuevo Alberto Navarro, de nuevo Ignacio Santillán: cada cosa en el mundo parecía conectada con ellos, una simpatía secreta o una oscura correspondencia uniéndolo todo, cada detalle, cada minucia lista para mí como si en verdad yo tuviese las claves para descifrar tales arcanos. Quizá no hubiese sido difícil adivinarlo, una empresa tan grande y bien construida debería estar en contacto con los más altos niveles del gobierno, pero no dejaba de sorprender — más por torpeza e ingenuidad nuestras que por trampas o engaños— que los miembros del intachable gobierno del presidente Del Villar, los hombres de la democracia, los servidores públicos de más limpia trayectoria —política y académica— en la historia del país, estuviesen involucrados o disfrutasen placeres semejantes (y no es que yo sea moralista, pero ellos mismos, públicamente, defienden el valor de la familia y el propio Del Villar declaró una feroz campaña contra la pornografía y la prostitución infantiles). Pero lo más impresionante —bueno, después de su horrible muerte ya nada podía impresionar más— era que Alberto Navarro, el más limpio y honesto de los integrantes del gabinete, utilizase los servicios de Casa Hogar Santísimo Sacramento, I.A.P.

Navarro estaba casado con María Bracamontes, hija del pintor Odilón Bracamontes, quien encabezó el movimiento de resistencia civil cuando se inició la represión. Públicamente fueron una de las parejas mejor avenidas y más exitosas de la época —frecuentemente aparecían en sus fotografías juntos en diarios y revistas nacionales y, una vez, en el *¡Hola!*—; nunca nadie se atrevió a propagar rumores negativos sobre ellos, ninguna calumnia, ninguna sospecha de infidelidad: de hecho, nadie dudaba, con envidia, que esta pareja de políticos en realidad se había casado por amor. Sin embargo, desde que se conocieron en la universidad siempre quedó claro que, además, a ambos les convenía la unión para el desarrollo de sus respectivas carreras —Alberto estudió Derecho y María, Ciencias Económicas—; durante el movimiento democrático siempre se les vio compartiendo las tribunas e incluso consiguieron becas para estudiar en Inglaterra a solo unos kilómetros de distancia: él en Londres, ella en Gales. Antes de marcharse se casaron y permanecieron, salvo esporádicos viajes de Alberto al país, durante dos años en Gran Bretaña, no solo estudiando, sino también estableciendo los contactos necesarios —a través de la Asociación de Estudiantes Latinoamericanos de Posgrado, que tenía como presidente fundador a Alberto y como secretaria adjunta a María—, tanto con connacionales como con diversos grupos políticos y económicos de la Comunidad Europea, para regresar a la patria con grandes expectativas y posibilidades de acción.

De nuevo en su ambiente natural, los campos de exploración conjunta fueron un éxito inmediato para los dos: Alberto fundó un despacho de consultoría jurídica en materia de transacciones internacionales —con excelentes clientes y prestigio ascendente— que pronto se convirtió en una especie de contacto nacional entre cientos de organizaciones no gubernamentales de derechos humanos y fundaciones por la democracia; infinidad de asuntos relacionados con estas instituciones eran atendidos por Alberto y los miembros de su reducido pero altamente calificado equipo. Mientras tanto, gracias a nada desdeñables vínculos familiares, pero sobre todo a su perseverancia y talento, su energía inagotable, su ánimo, su ambición, María se convirtió en la secretaria particular de Alfredo del Villar, cuando este dirigía la editorial Contexto (de ahí salió la serie de análisis y

estudios críticos más importantes sobre la historia contemporánea del país: los cimientos morales e ideológicos del cambio que estaba por producirse). A partir de ahí, los nexos creados, las relaciones múltiples con infinidad de grupos e individuos preocupados por los mismos asuntos, la astucia de ambos para no enemistarse demasiado con el gobierno y, a la vez, convertirse en figuras populares del movimiento, los convirtieron en una pareja imprescindible en el desarrollo de los acontecimientos posteriores; ni siquiera el nacimiento de Paola y Magdalena detuvo la participación decidida de ambos, activamente y en la prensa, en las acciones posteriores que condujeron a la candidatura única de la oposición en cabeza del respetado Del Villar —los esposos artífices de la concordia—, en su aplastante victoria electoral y en la movilización nacional (la gran huelga) que lo llevó a Palacio. A nadie sorprendió entonces que una de las primeras acciones del presidente fuese la creación del Ministerio de Justicia expresamente para encargárselo a uno de sus más distinguidos colaboradores (con una aclamación generalizada): el ya ilustre abogado Alberto Navarro.

En cambio, a diferencia de su vida pública, perfectamente documentada en fotos, vídeos y artículos escritos al alimón, la vida privada de María y Alberto resultaba mucho menos visible; nadie ponía en duda su amor y sus ideales compartidos, y esta creencia bastaba para interponer una máscara entre la realidad y la apariencia —no digo que haya sido falso su amor, sino que permanecía *oculto*—, los convertía en sombras distantes y misteriosas, figuras públicas al fin y al cabo, en donde resultaba imposible adivinar sus pasiones, odios, luchas y reconciliaciones. Ni siquiera sus amigos más cercanos —uno o dos también son amigos míos— conocían la realidad de sus emociones, ni uno ni otro hablaban jamás de ello, asumiendo eternamente su condición de pareja perfecta, de modelo democrático. Acaso la única que hubiera podido revelarme ahora esta parte de la historia hubiera sido la propia María —la nueva viuda, por mala suerte o infortunio— pero, como lo supuse, mis intentos de entrevistarla siempre se estrellaron en las tácticas dilatorias, las sonrisas y los innumerables impedimentos de sus secretarias. Imposible rastrear por ese lado: la discreción y la pena y la vergüenza y el llanto hacían todo lo posible para quitarle, al menos ahí, todo vestigio de inmortalidad al muerto. María también quería olvidarlo: sepultarlo para siempre.

La noche, al contrario de lo que parece, de lo que la imaginación popular e inducida cree, no es un monstruo que engulle, una sombra o un demonio; la noche no solo vence y duerme y consume, lejos está de ser el territorio de lo inanimado y de lo volátil —los cuervos y los espíritus—, de lo efímero y lo increado, de lo primigenio. Sucede que, sin darnos cuenta, la noche también descubre y desentumece, cambia y metamorfosea, descubre la pesada cortina de la luz para revelar los mundos ocultos, activos y móviles, fatales, que se amparan detrás del día. Por el contrario, a veces la luminosidad enceguece, altera la auténtica composición de las cosas, las distorsiona con su ansia de precisión y claridad; entonces la oscuridad —que, ciertamente, unifica y homogeneiza— es capaz de arrancar estas trampas y enseñarnos la otra realidad del mundo, ignota y despreciada, que nos negamos a ver; no se trata, sin embargo, de un espacio alterno y vano, no es una apariencia fútil de las cosas, sino simplemente su otra mitad, una cara —no mejor ni peor: diferente, complementaria— que por lo regular nos negamos a sentir y reconocer, aferrados a nuestra mezquindad fotocéntrica,

pero que está ahí y también nos forma, nos nutre y nos anima.

La noche descubre, es un sitio fuera del sueño: las noches de los despiertos albergan seres que, apenas por casualidad, habitan los mismos cuerpos que tienen durante el día, pero lo cierto es que son a un tiempo otros y los mismos, reconstruidos bajo el influjo de las estrellas; por eso se inventó el sueño: para los que se rehúsan a asumir su naturaleza noctívaga, para los medrosos que prefieren la comodidad de la inconsciencia. En cambio aquellos que prefieren velar mientras las tinieblas se ciernen sobre la tierra —una raza especial, alterna, murmurante— asumen las mutaciones que la noche produce en sus caracteres y sus sombras, y son capaces de reconocer que ahí, en la infinita muerte del sol, también hay vida.

No deja de ser cierta aquella fabulación que yo ya había hecho aparecer en *El empalador*: si colocamos un espejo frente a alguien que duerme podremos observar la verdadera fisonomía de su alma. Es lo que ocurre con la noche: muestra a los que son capaces de mirarla —a los que poseen espejos y no solo receptáculos en sus ojos— la contraparte de los espíritus diurnos, sus fauces abiertas o su angustia auténtica —lo que esconden, de lo que se avergüenzan: sus instintos—, sus misterios. Y lo mismo pasa con los lugares y las cosas; esta ciudad, por ejemplo, esta megalópolis de cuarenta millones de habitantes, con el esplendor de sus periféricos atestados durante el día —infinitas filas de hormigas muertas—, sus cientos de rascacielos desgarrados, su energía y su basura y sus incognoscibles destinos; esta ciudad de baches y gozosos insultos, de brumas artificiales y absurdas e inevitables esperanzas depositadas en sus nuevos, recién elegidos, gobernantes; esta ciudad también es una durante las horas de luz y otra muy diferente al caer la tarde. En cuanto se van difuminando los colores —los tonos brillantes que estamos acostumbrados a reconocer, desde niños, durante el día—, como si se tratase de una sustitución, la ciudad deja libres sus temores y sus ansias —no más confianza en nuevos, recién elegidos gobernantes, ni en futuros de democracias gloriosas—, el pánico incubado a lo largo del tiempo, los monstruos (los horrores que entonces se muestran) y los fantasmas que todos llevamos dentro, llámeseles homicidios, fragores y violencia, o bien redadas y acciones clandestinas del FPLN —sus bombas inútiles, sus secuestros fastuosos— o el simple pulular, lento y salvaje, de mendigos, profetas y desheredados por bares, burdeles y *efímeros* (lo de moda), hasta que llega la madrugada con sus cielos blanquecinos o amarillentos para cancelar estos mundos —adormecerlos— durante unas cuantas horas.

Fue en uno de esos extravagantes y fatídicos *efímeros*, que no son más que una especie de bares-prostíbulos-escenarios ambulantes que se mudan de casa en casa (en principio para burlar a las autoridades, ahora solo por la diversión del cambio de ambiente), que *la* encontré por primera vez (aunque entonces no sabía que era *ella*). Yo no acostumbro a frecuentar esos sitios, solo voy de vez en cuando y más por curiosidad que por morbo asiduo (los conocí, hace mucho, cuando hice un reportaje de ellos, cuando su atmósfera *hard* aún era capaz de escandalizar), pero a Azucena le pareció que era el lugar más conveniente para volver a reunirnos: cualquier otro local público, me dijo, ponía en entredicho su fama de actriz (aunque yo pensé que lo peor era que se dañase su imagen de puta al salir por gusto con uno de sus clientes).

Ahí, de pronto, fijé mis ojos en *ella* (la otra, no Azucena): estaba de pie junto a la barra, a unos metros de distancia, con una copa entre las manos; toda vestida de negro (la chamarra y la blusa, la

minifalda y las medias, los zapatos y de seguro también los calzones), contrastando con una piel blanquísima, casi azulosa —o sería la poca luz—, en la que las venas se transparentaban como ríos diminutos bajo la delgada tela que cubría sus mejillas, sus manos y su nuca. Su cabello era castaño —o de nuevo me engañaba—, pero lo que más me impactó (por eso me fijé en ella, por eso la rescaté de las sombras todavía sin saber quién era) no fue su belleza o su encanto, que en ese momento no me importaron o no alcancé a distinguir, sino su languidez en medio de un grupo de hombres y mujeres que la protegían y no permitían que nadie ajeno se le acercara, como si se tratase de alguien famoso o intocable. La miré detenidamente y sin embargo aún no podía saber quién era, de hecho solo me enteré de su identidad cuando, mucho después, ella misma me preguntó si no había estado yo esa noche en aquel antro, y solo así la recordé y entendí que ambos habíamos establecido contacto desde entonces.

Pero para mí esa noche no fue, como he dicho, de *ella*, de Marielena Mondragón —de cualquier modo se fue casi de inmediato, rodeada por su grupo—, sino de Azucena. Azucena, que por el contrario vestía una discreta blusa verde con flores, sin escote, y una falda azul marino hasta abajo de la rodilla: ya no parecía tanto la niña malcriada de la vez anterior, había crecido dos o tres años desde ese día; Azucena, que no dejaba de hablar de nimiedades —su ropa favorita, los cantantes a los que le gustaría conocer, las películas que odiaba, la nariz de Tom Rubbi y los ojos de Richard Grant— pero con un lenguaje lleno de modismos y groserías que no se había atrevido a utilizar antes; Azucena, que apenas concedía atención a mis preguntas o a lo que yo le contaba —de seguro le parecían nimiedades— y que se la pasaba coqueteando o, por lo menos, observando por detrás de mi hombro a los jóvenes rapados con los torsos desnudos que se paseaban por el lugar; Azucena, que a su edad bebía como desesperada sin que en su actitud se notase otra cosa que un leve fulgor en sus ojos y un enrojecimiento creciente de sus labios; Azucena, que en cierto instante decidió que bailáramos, levantándose de la mesa y estrechándose contra mi cuerpo, contorsionándose junto a mí, solo para luego cambiar de pareja y comenzar a repetir sus sensuales movimientos sobre el pecho y las caderas de un jovencito de espaldas anchas que estaba a punto de caerse bajo el influjo del alcohol y la coca.

Yo volví a mi asiento y ni siquiera me interesé por acudir a las salas de atrás a mirar alguna orgía entre aquellos desconocidos o para asistir a un *strip* improvisado por alguna o alguno de los clientes o para comparar la infinita variedad de pezones que se mostraban en un vídeo casero que solo podía excitar a los que ya estuviesen muy pasados; simplemente me quedé ahí sentado, mirando mi copa, y después, más por el tedio que por las ganas, comencé a hacer dibujitos con la coca sobre la mesita de cristal antes de inhalarla (actividad más peligrosa de lo que parece: nunca falta quien piensa que la estás desperdiciando). Pero de pronto sucedió algo (Azucena ni siquiera se dio cuenta): la marea humana empezó a moverse, a rezongar, a hacerse a un lado para permitir el paso de un par de sujetos que entró en el lugar ocultando el rostro, seguidos por una cohorte de esbirros —guaruras—, que previamente habían depositado sus armas a la entrada, pero que solo con sus músculos y sus rostros mostraban su disposición a partirle la cara al primero que impidiese su paso; atravesaron la pequeña recepción en un santiamén y se dirigieron a las salas de atrás. Al poco rato salieron custodiando con sus armas a una pequeña multitud de hombres y mujeres semidesnudos, a los que se habían encargado

de encadenar como si se tratase de ganado. Los llevaron afuera, a los automóviles y *rams* que los esperaban con los motores encendidos, y luego desaparecieron sin dejar huella como si nunca hubiesen estado ahí.

Fui a preguntarle a Azucena si sabía quiénes eran los visitantes, pero para entonces ya estaba muy entretenida acariciando y besando el sexo del jovencito borracho —dudo mucho que él lo haya disfrutado—, de modo que tuve que irme para no interrumpirla (además no lo hacía tan bien). Uno de los meseros —que aquí se llaman *magos*— me dijo que aquellos eran los guaruras de siempre y que cada noche se llevaban a los miserables que tenían la mala suerte de ser *escogidos*: ya se los había encontrado en otros *efímeros* y sí, eran una lata los cabrones.

—¿Y qué hacen con ellos?

—Mejor ni preguntar. A veces vuelven, no siempre.

—¿Para qué los quieren?

—Son el centro de fiestas privadas, amigo. ¿Me entiende?

—¿Y las autoridades no hacen nada?

Se rio mientras se daba la vuelta, condescendiente.

—Las autoridades —repitió—. ¿Y qué piensa usted que son los que se los llevan?

Mis preguntas bastaron para que se alejara de mí y me dejara sin bebida el resto de la noche.

Un poco antes del amanecer Azucena por fin regresó conmigo para pedirme —ordenarme— que la llevase a su casa. Lo hice sin chistar.

¿Quién podría acordarse aún de Ignacio Santillán, a quién podría yo dirigirme que todavía lo guardase en su memoria, o al menos lo hubiese tratado en fechas más recientes que yo, o que conociera cosas para mí ajenas —las claves de su destino—, o que supiese, al menos, los nombres de otras personas que sí correspondieran con alguna de las características anteriores? Traté de revisar mi agenda y mis años en la preparatoria a su lado, intentando rastrear ese vínculo, esa figura capaz de responder las preguntas, de atisbar soluciones (o siquiera de reconfortarme). Fue en vano, no hallé un solo contacto posible, nuestros amigos comunes de aquellas épocas habían dejado de serlo de él mucho antes que de mí: todos lo habíamos visto desaparecer al mismo tiempo, perderse para siempre, por su gusto y propia voluntad (de no haberlo reconocido por mi anillo y no haber acompañado con su muerte la muerte del ministro de Justicia tal vez nunca más me hubiese preocupado por él).

Llamé a Daniela —nuestro contacto se reduce a lo indispensable—, le conté brevemente lo sucedido y le pregunté, intuyendo la inutilidad de mi acto, si tenía una idea de lo que había pasado con Nacho en este tiempo. Dani aprovechó, como siempre que la llamaba, para reclamarme el monto de la pensión, el desinterés que mostraba hacia Mónica (no es que yo no quisiera ver a mi hija más a menudo, pero la sola idea de enfrentarme semanalmente a su madre bastaba para desanimarme, y ella pronto comenzó a verme como alguien ajeno, una visita impertinente), el que aún no le hubiese devuelto su jarrón chino (ni lo haría: se lo había regalado a otra mujer a la que ya ni siquiera frecuentaba) y por fin, después de media hora de tolerarla, a punto de colgarle, desesperado, se acordó de que por algún lado debía guardar el teléfono de doña Maquita, la madre de Nacho (su padre había muerto hacía años: leímos la esquela aunque nadie nos invitó al entierro). Búscalos, por

favor, le dije, pero ella me respondió que no tenía tiempo. Luego de rogarle unos minutos, cuando se aseguró de que le pasaría la cantidad que me indicaba, accedió a dármele.

Doña Maquita vivía en un asilo para ancianos ciegos en Tlalpan: la anciana apenas se acordaba de mí pero estuvo dispuesta a recibirme ese mismo día (de seguro nadie la visitaba). La mujer se conservaba esbelta y lúcida, idéntica a como yo la recordaba: fría y sobria, siempre atenta. Ya sabía lo de Ignacio, la policía había ido a visitarla y le había hecho las mismas preguntas que yo, pero me dijo que la verdad (la policía no la creyó y yo tampoco) era que no sabía nada de su hijo desde hacía casi diez años. No se habían peleado ni distanciado, simplemente él había decidido desaparecer y ella había respetado a su muchacho: no quiso abundar más en el asunto.

—Doña Maquita —insistí—, yo era su amigo, de verdad. Solo quiero tratar de entender lo que le pasó y por qué terminó así. Ayúdeme.

—Lo siento, no puedo hacer nada. Pero me dio gusto que me visitaras, ¿lo harás de nuevo?

—Claro —le dije, estrechando su mano; ella se sacó del bolsillo una tarjetita blanca y la puso en mi mano.

—Esto no se lo dije a *ellos* —me dijo al oído—. Hay un amigo suyo que siempre siguió visitándome, trayéndome dulces y cosas, y de vez en cuando alguna noticia de Nacho: búscalos de mi parte.

En cuanto salí del asilo leí la tarjeta; decía: *José María Reyes, animación para fiestas infantiles*, y una dirección.

Nadie sabe para quién trabaja: la frase hecha no le quita su valor; al ser tan grande el cúmulo de relaciones entre los diversos acontecimientos, las cosas y las personas, al nunca poder calcular todos los factores que influyen en los hechos (mi convicción es que nadie puede hacerlo, ni siquiera nuestro gobierno, por más poder que concentre en este país), al estar siempre al arbitrio del azar, resulta inevitable que, en repetidas ocasiones, lo que hacemos provoque consecuencias que no alcanzamos a imaginar, y entonces lo que realizamos afecta a quien jamás supusimos que afectaría y perjudica a la persona menos indicada —de nuevo el *efecto mariposa*—; pero lo peor se da cuando, por casualidad o mala suerte, nos damos cuenta de esta realidad y observamos que nuestra conducta se nos ha escapado y ha pasado a pertenecerle a seres contrarios o adversos a nosotros —enemigos— cuando nuestra intención era la contraria. Uno descubre, así, que los sistemas no planean y reproducen a la perfección esquemas cuidadosamente diseñados para beneficiarlos —nadie podría confiar en ellos al cien por ciento—, sino que la maquinaria resulta superior a sus componentes, incluidos los poderosos. De este modo, a veces —por mala suerte o infortunio—, los engranes caminan por sí mismos, sin que nos demos cuenta, y los hechos que algunos traman para perjudicar al sistema, al gobierno o a los gobernantes a fin de cuentas terminan beneficiándolos: las reacciones son impredecibles, como la mezquindad infinita de las conciencias. Contra este desdoblamiento, contra esta traición que por inocencia o ignorancia operamos contra nosotros, nada puede hacerse: hay acontecimientos que ni la prospectiva más cuidadosa (ciencia de apostadores más que de taumaturgos) puede vislumbrar.

A las pocas semanas del sepelio del ministro de Justicia, sin que aparentemente tuviese relación con el caso, publiqué en *Tribuna del escándalo* un texto que había dejado rezagado en el cajón porque lo creí pasado de moda y del que tuve que echar mano pues no había tenido tiempo de escribir otra cosa: estaba muy ocupado persiguiendo el fantasma de Ignacio Santillán. Se trataba de un reportaje (no muy confiable por la dudosa calidad de las fuentes, he de confesarlo, pero a fin de cuentas con elementos de veracidad, que es el único criterio exigido por los editores del tabloide para publicar un escándalo), sobre el FPLN y sus métodos de terrorismo «psicológico».

El FPLN era conocido, o al menos es la imagen que todos guardábamos de él, o la que nos habían inducido, como el errático, desbalagado y funesto epígono de la guerrilla selvática de los noventa (este era su fundamento, pero en realidad el parentesco ya era muy lejano), que con el cambio de siglo se había vuelto urbana en vez de rural y había modificado diametralmente su discurso. En vez de mesianismo combinado con cursilería (independientemente de las «justas e innegables condiciones de marginación que la habían hecho surgir», como afirmaba entonces el gobierno que había provocado esa marginación), el tono de sus proclamas combinaba ahora una suerte de mesianismo milenarista y sádico; en vez de comunicados entretnejidos con parábolas, poemas y mensajes cifrados a intelectuales, ahora había amenazas más o menos demenciales, insultos, visiones escatológicas y negación de cualquier posibilidad de diálogo con un gobierno que, para ellos (ya no importaba quiénes fuesen los gobernantes), era necesariamente ilegítimo —«horror a las equivocaciones mayoritarias», llamaban a su vocación antidemocrática—; y, en vez de la voz cívica y tormentosa, gallarda y profética, soberbia y cursi del antiguo subcomandante, despuntaba el desequilibrio rayando en la locura y la violencia verbal sin límites, la furia que no anhelaba justicia sino simple furia, y la rabia hacia cualquier tipo de instituciones, el griterío apocalíptico y los caprichos incendiarios del teniente *Gabriel*. A los nuevos guerrilleros ni siquiera el triunfo opositor del presidente Del Villar los había convencido de moderar sus posiciones: «El viejo escritor que ya no escribe», le llamaban, «con su democracia que solo existe en su imaginación literaria, y es tan inútil como ella», y su «ejército de tiranos pigmeos», como denominaban a los miembros del gabinete. Radicales inconsumibles, los miembros del FPLN se movían sigilosamente por las noches de la ciudad, colocando sus pancartas y haciendo sus grafitis en bardas, ametrallando automóviles oficiales —solo por mala suerte o infortunio con víctimas— y secuestrando a todo tipo de personas, desde empresarios hasta amas de casa y desde empleadas domésticas hasta artistas (una vez le tocó turno a Miki Segura, el conductor de *Súpersábado*, pero desafortunadamente lo entregaron a las pocas horas, completamente pintado de rosa, amarrado en una de las antenas de la televisión privada). Curiosamente, sus vehementes anuncios sobre la proximidad del fin del mundo hicieron que el grupo fuese sentido por la sociedad, más que como una amenaza, como una especie de plaga (mosquitos o ratas) que ya nadie se encargaba de comentar, por más descabellados o espectaculares que resultasen sus «acciones explosivas». Sin embargo, para el gobierno —es decir, para los lectores de *El Imparcial*, uno de los pocos diarios que seguían publicando sus comunicados—, los alzados no dejaban de ser difíciles de tolerar, una voz disidente que no se había sumado al furor

democrático y que (al menos en sus cabezas) restaba un poco de legitimidad al régimen.

En fin, independientemente de sus ataques casi inofensivos, a mí se me ocurrió investigar algunas otras formas que los miembros del FPLN tuvieran para manifestar su completo desacuerdo con nuestro brillante y nítido sistema (así era conocido en el extranjero). Los resultados, aunque no podían ser verificados, me parecieron atractivos: además de los atentados «visibles» —de muy escasa relevancia—, al parecer los insurrectos disponían de un complicado mecanismo que decidí llamar «terrorismo psicológico» y que acaso obtenía muchos mejores resultados que los de sus predecesores selváticos; poseían una capacidad organizativa y cientos de triunfos que nadie alcanzaba a vislumbrar.

Dividido en escuadrones, basándose en la idea de que los gobernantes son siempre corruptos y que constituyen la primera base del corrupto sistema que nos engloba a todos —la plataforma que es necesario atacar en primer término—, el FPLN los atacaba individualmente en acciones cuidadosas y prácticamente invisibles. Primero seleccionaban y localizaban a su próxima víctima, que en este caso no era alguno de los sujetos típicos de sus sonados, aparatosos e inútiles secuestros, sino su contraparte: hombres verdaderamente poderosos, políticos de primer nivel, acaudalados empresarios (incluso algunos de la lista de *Forbes*) y jefes militares, aquellos que comúnmente llamamos pilares de la sociedad. Una vez realizada la elección, un comando se dedicaba a rastrear minuciosamente, hasta los mínimos detalles, la vida del prohombre en cuestión, sus costumbres, su vida familiar, sus deslices, sus negocios limpios o turbios y las vidas de sus familiares y amigos cercanos. Cada acción, cada gusto, manía, interés o error de la víctima era analizado con cuidado extremo, hasta que por fin el cuerpo logístico del movimiento decidía un plan de trabajo cuyo único fin era la destrucción —en este caso moral y psicológica, no física— de la víctima. A partir de ese instante su vida debería convertirse en algo semejante al infierno (otra de las obsesiones del teniente *Gabriel*): primero se le hostigaba sin descanso, con actos que parecieran casuales, descomponiendo su automóvil o incendiando su alfombra, cortando su línea telefónica o provocando cortocircuitos en su instalación eléctrica; luego se buscaba a sus antiguas o actuales amantes y se hacía lo posible para que la esposa se enterase de tales relaciones, se le enviaban cartas anónimas revelando sus secretos, a sus hijos se les hacía imposible la estancia en la escuela —por medio de comandos infantiles, perfectamente adiestrados, a los que se inscribía en la misma institución—, se revelaban sus intimidades en los periódicos (en *Tribuna* publicamos muchas), se le difamaba con idénticos métodos entre sus amigos, jefes o empleados, provocando intrigas y traiciones, y, en fin, se utilizaba cualquier método con tal de volverlo loco, aniquilando sus momentos de tranquilidad, interponiéndose en sus intereses, haciéndolo aborrecible hasta para sus seres más queridos. Un terrorismo inidentificable, de hormiga, capaz de acabar con una persona sin que esta se diese cuenta de la oscura maquinaria tendida en su contra, un modo perfecto de disminuir su poder y su influencia, de minar el aparato del Estado, de destruir conciencias permaneciendo a salvo; como ejemplos de lo anterior me atreví a señalar los casos de Anacleto Desideri, el director fundador de ICASA, quien terminó suicidándose luego de que su esposa lo abandonó, y el del general Ulises Cantú, baleado por el novio de una de sus hijas hacía apenas unos meses.

La reacción desatada por el breve reportaje resultó mucho mayor de lo que yo esperaba: era la

gota que hacía falta para derramar el vaso del rencor popular en contra del desgastado y casi inofensivo FPLN; pronto en todos los corrillos, en las cantinas y en los clubes, en los supermercados y en las reuniones caseras el «terrorismo psicológico» se convirtió en tema obligado: a la gente le divertía y fascinaba (no sé por qué, siempre ocurre así) oír hablar de complots, complicados planes y estrategias destructivas —el embrujo de la televisión—, pero no sucedía lo mismo con las familias y los amigos de aquellos que empezaron a considerarse posibles víctimas del FPLN. Ahora políticos, empresarios y militares veían en cualquier situación adversa —en la mala suerte y el infortunio— el infamante designio de la guerrilla (que adquiriría de este modo, gracias a mí, dimensiones divinas); de repente el poder de los subversivos, siempre menospreciado, pareció inmenso: desaparecieron el destino y la fatalidad y fueron sustituidos por la demencia finisecular del teniente *Gabriel* (o más bien la mía).

El clamor de los ricos y poderosos no se hizo esperar (parapetado en docenas de artículos que, con el mismo tema, e incluso en publicaciones más serias, siguieron al de *Tribuna*), y el gobierno entendió muy bien cuál debía ser su misión: tras la horrible muerte del ministro de Justicia, también achacada al FPLN, esto ya se antojaba el colmo. Por más que fuese doloroso, iba a ser necesario utilizar —como advirtió en una conferencia de prensa transmitida en vivo el ministro del Interior, el doctor Gustavo Iturbe—, aunque no se quisiera, aunque se le hubiera proscrito desde el inicio del régimen del presidente Del Villar, «toda la fuerza y la energía necesarias para terminar con la creciente inseguridad» que la guerrilla causaba en el país (lo que equivalía a reiniciar las razias y las pesquisas domiciliarias, como cuando, en los años de la represión, se buscaba a los líderes del movimiento democrático; pero el país, ese país que la guerrilla hacía sentir inseguro, no hizo sino aplaudir satisfecho las consideraciones del ministro del Interior).

Por fin decidí ir al salón de fiestas. Una niña me pidió que me sentara en una silla diminuta —yo creo que ni siquiera ella estaría cómoda ahí—, de madera azul bebé mal pintada, como las que recuerdo del *kinder*, con dibujos de conejos y florecitas, al lado de una mesa de idénticas proporciones sobre la cual estaban ya dispuestos varios platitos de plástico desechable color rojo, de los que tienen tres divisiones para que no se mezclaran los sándwiches de jamón y queso con la ensalada rusa (¡qué asco!) y la gelatina de leche (que sí se veía sabrosa). También había botellas de coca-cola y agua Evian (se veía que los profesionales de la salud ya también se encontraban entre los pequeños), vasitos del mismo color, servilletas con los *New Toons* —Babbi y Yommi y la Coqueta Cigüeña— repartidas en cada uno de los lugares, y canastitas con dulces y chocolates variados. Hacía mucho que no asistía a una fiesta infantil: la última vez, traté de recordar, debió ser en el sexto cumpleaños de Mónica (que terminó con la nariz rota cuando la tiré del subibaja en medio de los alaridos de su madre). Las paredes, bastante descarapeladas, tenían rayas azules y blancas y en el otro extremo del salón había una alberca de hule espuma, una rueda de las que giran con un volante al centro (mi entretención favorita) y un par de columpios. Sentía una mezcla de nostalgia y desolación en aquel lugar diseñado ex profeso para que los niños rían y se diviertan y festejen aun en contra de su voluntad. Ya eran muy pocos los sitios como ese que quedaban en la ciudad, los festejados prefieren

normalmente quedarse en sus casas embotándose con videojuegos o acudir a las ferias de realidad virtual para sentirse exploradores lunares o buzos o espadachines sin necesidad de la imaginación convertidos por la fuerza de las máquinas en lo que siempre han soñado, atrapados en una fantasía que ya no les pertenece, aislados de los demás, enfundados en sus neurosis electrónicas. Quién querría ahora una fiesta infantil con globos, confeti y serpentinas, quién querría partir un pastel después de apagar las velas y pedir un deseo cuando solo las computadoras son capaces de cumplir cualquier deseo; quién no se sentiría ridículo con los abrazos de los otros —entre menos contacto físico mejor: menos posibilidades de contagio— o escuchando las voces desentonadas y falsas de amigos y parientes cantando «Las mañanitas». Era como estar fuera del tiempo, como regresar de pronto al pasado: un sitio para niños nostálgicos, o acaso para los padres de esos niños, más nostálgicos aún.

Del extremo opuesto al que yo me encontraba —ni siquiera me había fijado que había una especie de tarima—, apareció repentinamente una figura escuálida que comenzó a acercarse hacia mí; tardé un poco en darme cuenta de que no era un truco de mi fantasía ni una trampa de la luz: en efecto, se trataba de un *payaso*. El cabello azul, despeinado, la mitad de la cara blanca, los ojos, la nariz y la boca rodeados por una especie de cinta amarilla y azul, grandes pestañas negras, los labios muy rojos y un traje que, sin embargo, no era de payaso: zapatos café, pantalón azul, camisa a cuadros y una chamarra gris. Se dirigió a mí, me tendió la mano (por fortuna no traía guante blanco) y se presentó.

—José María Reyes, a sus órdenes —sonrió—, o si prefiere dígame *Happy*. —E imitó, bastante mal, la risa de un chimpancé.

Me pidió que lo acompañara a la parte de atrás («Necesito acabar de prepararme, cuando tenemos fiesta es una fiesta para mí», y rio de nuevo), mientras me explicaba lo que yo ya había visto: la ausencia de clientes, la pérdida de los valores del mundo infantil y de la fantasía en nuestro tiempo, etcétera. Llegamos a un pequeño cuarto en el que estaban colgados diversos jubones y donde había un pequeño espejo rodeado con focos (tres fundidos); sacó un par de pinceles de una cajita y se dio a la tarea de retocar su pintura (debajo de ella debía ser un tipo no muy grande, de unos treinta y tantos, cara ancha y bulbosa y tez morena).

—¿En qué puedo servirle? —Su tono ya no era de chimpancé.

—Me dio su dirección doña Maquita Santillán —dije, tratando de no alarmarlo demasiado, pero sin éxito; él se volvió y su cara de payaso, casi inexpresiva, quedó paralizada—. No, no soy policía. Yo también soy, era, amigo de Nacho. Fuimos juntos a la escuela.

No es fácil hablar con un hombre disfrazado de payaso, y menos cuando se quiere hablar de algo serio como la horrible muerte de un amigo común; la sonrisa en el rostro no podría quitársele ni siquiera sollozando. Empezó a utilizar un lenguaje extraño, cifrado, que yo apenas alcanzaba a comprender; en verdad le afectaba mucho lo sucedido, o lo aparentaba muy bien: se refería a su amistad con Nacho y de inmediato recordaba la imagen de su cuerpo sin cabeza, cómo era posible que alguien le hiciera semejante cosa, pero el pobre Nacho siempre estaba metido en cosas extrañas, incluso comenzó a faltar mucho a la empresa en la que trabajaba, Cinemex, yo se lo advertí pero no me hizo caso, como ciertas cosas, cosas raras, no sé, sus amigos, los miembros de la *cofradía*, eran

muy extraños. ¿La *cofradía*?, sí, así se hacían llamar, un grupo de amigos de él, se veían todas las noches, sin excepción, yo los conocí muy poco, los vi muy pocas veces, ni siquiera sé sus nombres, pero Nacho siempre estaba con ellos y hablaba de ellos, desde que los conoció se volvió otro, diferente a como era, te lo juro, él no era así, tú debes acordarte, pero ¿así cómo?, así, siempre desvelado, escondiéndose de la luz, hablando de la mala suerte y de que es imposible escapar de ella, ¿y qué hacían los miembros de la *cofradía*?, no sé, no quiero saberlo, eran muy herméticos, pero nada bueno, te lo aseguro, la pobre Maquita sufría mucho, nunca veía a su hijo, y luego saber que alguien le hizo lo que le hizo, pero lo peor para Nacho era que la causante de todo, quien lo hizo permanecer en la *cofradía*, haya sido ella. ¿Ella?

—La mujer de la que Nacho estaba enamorado.

—¿Y sabes cómo se llama? —le pregunté ansioso.

—Marielena algo, nunca me dijo su apellido. Tiene un lunar en el párpado derecho.

—¿Sabrás su teléfono o su dirección?

—No.

—¿Dónde se reunían?

—Hasta donde recuerdo, la *cofradía* no tenía un lugar fijo. A veces se veían en algún *efímero*, otras en casas de ellos, no sé...

El payaso no tenía, o no quiso darme, más datos; era todo por el momento: la denominación de un extraño grupo de amigos y el nombre de pila de la mujer de la que Nacho estaba enamorado. De algún modo resultaba lógico que la fatalidad rodease su muerte con una mujer tanto como había rodeado su vida con ellas.

Ahora no me tocó a mí, sino a Marcial Morones, de ¡*Horror!*, continuar con la serie de artículos que promocionaban —y calumniaban— las acciones guerrilleras del FPLN; su artículo resultaba bastante flojo, con el estilo marcadamente sensacionalista de ese tabloide —perdonen que defienda mi fuente de trabajo, pero todavía existen ciertos parámetros de calidad, incluso en publicaciones como las nuestras—, aunque es cierto que tenía tras de sí algunos datos realmente interesantes (por más que su argumentación fuese caótica e inexacta). Al terrorismo psicológico, Morones se encargó de añadir una nueva arma de lucha del movimiento subversivo, muy al estilo disparatado del teniente *Gabriel*: el robo de cadáveres. Morones se había encargado de hacer una cuidadosa lista de este fenómeno, y los resultados eran alarmantes: en menos de un año habían desaparecido unos cincuenta cuerpos del Servicio Médico Forense y más de setenta de distintos hospitales, sanatorios y clínicas de la ciudad. En el primer caso, rara vez se había hecho notar la ausencia: nadie reclamaba restos que se suponían en manos de osados estudiantes de medicina, mas, en el segundo, el problema se había convertido en una preocupación cotidiana de las autoridades: decenas de pacientes en estado terminal habían desaparecido de sus camas sin que enfermeras, afanadores, médicos o empleados pudiesen dar cuenta de las causas. Casi cincuenta denuncias penales y civiles contra los nosocomios se encontraban en proceso, sin que existiese ningún avance sustancial en las investigaciones.

Hasta entonces a nadie se le había ocurrido relacionar los hurtos con el FPLN, ni siquiera se

había pensado en una acción concertada que relacionase los diversos sucesos entre sí. Debo reconocer, pues, que en este punto las apreciaciones del reportero no eran tan descabelladas, la ausencia de huellas y la impunidad de los ladrones hacía pensar en mecanismos similares llevados a cabo en la mayor parte de las denuncias.

¿Qué llevó a Morones a relacionar los robos con el FPLN cuando, una vez más, este no los había reivindicado, cuando en ninguno de sus comunicados hacía referencia siquiera a este tipo de acciones? La respuesta era obvia (como siempre): quién más podría ser el responsable de la desaparición sistemática de cadáveres, a quién más podría interesarle realizar semejante cosa, a quién más sino a ellos, al teniente *Gabriel* y sus secuaces, quiénes estarían lo suficientemente locos para gozar con la desesperación y la angustia y el horror de los parientes, dolidos y avergonzados al perder no solo el alma sino también el cuerpo de sus padres o hijos, obligados a enterrar féretros vacíos, en espera de que algún día la policía se los devolviese (quién sabe en qué estado) y repetir de nuevo una ceremonia que solo debe llevarse a cabo una vez. La obsesión del FPLN con el fin del mundo y con la muerte, las dos constantes de sus comunicados, también sustentaban esta vocación terrible y mezquina: traficaban con la muerte, se apoderaban de los despojos de algunos hombres y del pánico de los que les sobrevivían, dispuestos a sembrar el mundo con su ejército de cadáveres.

Lo extraño era que, si bien los métodos para obtenerlos resultaban similares, y por tanto podía hablarse de un autor común, de un complot o una conjura, en el esquema de Morones, al revisarlo detenidamente, no coincidía la identidad de los muertos; en este caso nada los emparentaba, no había ninguna relación entre ellos, ningún vínculo, pues entre los robados se contaban desde los indigentes y desconocidos que llegaban al Forense hasta padres de familia, empleados y secretarias que morían en los hospitales. De este modo, no los unía una similitud en sus características personales, sino justamente la mala suerte o el infortunio de ser sustraídos en circunstancias semejantes: siempre se trataba de muertos frescos, de cadáveres que apenas habían adquirido esa condición —minutos o, a lo más, horas de haber fallecido—, que se incorporaban de pronto a esa condición que no habían tenido nunca. La segunda conexión, que a Morones ni siquiera se le ocurrió revisar, me parecía a mí más evidente: en todos los casos se hablaba, además, de muertos *jóvenes*; ninguno de los cuerpos desaparecidos superaba los cincuenta años, a pesar de que, tratándose de muertos, uno pensaría en una profusión de ancianos, de modo que nunca se trataba de fallecimientos por causas naturales —aunque, dependiendo de cómo se vea, las muertes nunca lo son—, sino de decesos súbitos o repentinos (accidentes de tránsito o domésticos) o enfermedades largas y dolorosas (los desahuciados), al menos en los reportes con que se contaba.

Dos semanas después de la aparición del artículo de Morones en *¡Horror!*, el teniente *Gabriel* tuvo a bien reaparecer en las páginas de *El Imparcial* hablando del asunto: «Nos hubiera encantado ser nosotros los acumuladores de vísceras y gusanos en el interior de embutidos frescos —que ustedes, en lugar de saborear, entierran con lujos desastrosos—, pero temo decepcionarles porque en este caso no es así. Vale». Pero, al igual que todos los últimos comunicados del teniente, nadie le hizo caso a este, y el rumor de que la nueva acción guerrillera del FPLN era el robo de cadáveres no hizo sino expandirse como contraparte operativa del terrorismo psicológico que yo había inventado: uno y otro definieron, a partir de entonces, la esencia del movimiento (véase nada más el libro *La*

Me extrañó que la seguridad fuese tan escasa (o quizá tan escondida), no había guardias que lo revisaran a uno, ni espejos de doble vista que escondieran esbirros, ni siquiera parecía haber cámaras de vídeo escondidas; el aparato burocrático parecía reducirse a la pecosa recepcionista que anotaba el nombre de uno en una hojita de papel y a la puerta de madera que la separaba de la oficina principal.

La muchacha se limitó, pues, a pedirme que aguardara unos minutos, me ofreció un vaso de agua que yo rehusé, y tomé asiento en un mullido sillón enfrente de su escritorio. La sala de espera era bonita y cuidada —parecía un despacho de abogados o una notaría—, forrada en nogal, con unas lámparas de pie y cuadros de Nierman y Chávez Morado en los muros: el buen gusto había llegado a las oficinas públicas, cada vez más parecidas a los bancos y las grandes empresas.

Yo había recibido la llamada telefónica temprano por la mañana en mi casa; el doctor Ulises Quevedo, secretario particular de Gustavo Iturbe, ministro del Interior, estaba en la línea (¡ahora hasta los secretarios particulares eran doctorados!): «Al señor ministro le encantaría tomar un café esta tarde con usted... a las seis, si le parece bien», me dijo de inmediato con el tono parco y mesurado de los académicos que habían tomado el poder. «¿Con qué motivo?», me atreví a preguntarle, un tanto consternado. «El ministro está muy interesado en los temas de los últimos artículos que ha publicado usted (¿desde cuándo el ministro leería *Tribuna del escándalo*?) y por eso me pidió que lo buscara, él se vería muy complacido de comentarlos con usted, si usted no tiene objeción.» De veras eran educados estos nuevos funcionarios (antes eran groseros, nos citaban con cualquier pretexto y casi nos aventaban a la cara el dinero que nos pagaban por decir lo que ellos querían que dijéramos o por callarnos lo que preferían que calláramos): ahora no había presiones de ningún tipo, ni la más mínima sombra de corrupción hacia un miembro de la prensa nacional (por más desprestigiada que fuese su fuente de ingresos), puras atenciones y trato distinguido, así cómo alguien iba a rehusarse a visitarlos.

A las seis de la tarde en punto, la jovencita (de seguro estudiante universitaria por las mañanas, guapa pero no insinuante, incluso algo tímida) me guió a la oficina del ministro; me recibió él en persona con un fuerte abrazo y un «Querido amigo, qué gusto» entre labios. Era, como todos los miembros del gabinete del presidente Del Villar, muy joven para el puesto (treinta y cuatro años, me parece), muy alto, impecablemente vestido con traje gris y corbata Hermès, una sonrisa amplia y una actitud jovial. Nos sentamos en su despacho, lleno de cuadros con fotografías revolucionarias (aparecían aquí y allá Madero, Pino Suárez y Vasconcelos) y una luminosidad tenue; un mesero entró a servirnos café y el ministro comenzó a hablar, circunspecto, sobre los grandes problemas nacionales, los desafíos de la modernidad y la democracia, los riesgos de la alternancia en el poder que los miembros de su equipo acababan de inaugurar y la bonhomía que imprimía al gobierno la figura emblemática del presidente Del Villar —de seguro un discurso dicho y repetido cientos de veces, con una voz modulada y afable, de intelectual más que de político—, antes siquiera de que yo

pudiese abrir la boca.

«Lo que más me llama la atención de su trabajo», dijo después, veladamente, «es que ha abordado con especial tino los dos aspectos de seguridad nacional más importantes para el país en estos momentos; usted ha revelado al gran público aspectos de ellos que nos han hecho aprender a todos, sin sutilezas técnicas ni enmascaramientos, pero también sin amarillismo, dando una visión confiada a la gente de estos asuntos que, le digo, nos preocupan tanto: el homicidio de Alberto Navarro y las acciones guerrilleras del FPLN, ambas cosas que de hecho casi podría decirse que son una y la misma —a fin de cuentas los dos grandes desestabilizadores de nuestro régimen—, y que nos mantienen con el alma en un hilo respecto al futuro, de acuerdo al desarrollo de las investigaciones en los dos casos, que acaso nos lleven a encontrar una conexión capaz de amparar, en el marco del estricto apego al Derecho, una solución que englobe ambos conflictos y que, conciliando y dialogando cuando sea necesario, conduzcan a una paz permanente y duradera para nuestra reluciente democracia.»

—¿Y qué puedo hacer yo? —pregunté, directo.

De nuevo la avalancha de frases se me vino encima, aunque sus palabras no llegaban a traducirse jamás en una petición concreta, en algo comprometedor; él, como parte del gobierno, no podía pedirme o exigirme nada («a usted, un destacadísimo miembro de la sociedad civil»), sino apenas el consejo reservado a un amigo: yo debía sentirme con la confianza suficiente de acudir siempre que quisiera a su oficina («con derecho de picaporte»), para hablar de lo que a mí me interesara o me preocupara, para charlar sin ambages ni cortapisas («la sinceridad fue la clave de nuestro triunfo») y obtener resultados comunes, avances y acuerdos, para hacer fructificar el trato que ahora habíamos comenzado a tener, porque él, como ministro del Interior, se sentía especialmente atraído por mis artículos y reportajes («los seguiremos de cerca», bromeó), pues reflejaban la absoluta libertad de expresión existente y a la vez la responsabilidad profesional de la prensa («lo mejor y más rico de nuestro periodismo escrito»: ¿de veras se referiría a *Tribuna del escándalo*?).

Después de eso nos dedicamos a hablar todavía unos minutos de otros temas, la crisis en Zambia y la derrota de la selección nacional de fútbol, la victoria ecologista en Rusia y la nueva telenovela histórica sobre López Portillo, como si en verdad fuésemos viejos conocidos, en tanto yo, dejándolo hablar al máximo, no podía dejar de darme cuenta de que aquel hombre de trato fácil y sonrisa encantadora, el doctor Gustavo Iturbe, ministro del Interior, graduado en Economía en Harvard, autor de innumerables libros y artículos sobre políticas públicas, catedrático visitante en la Universidad de Yale, premio latinoamericano de Economía Política, premio nacional de Ciencias, era la persona que había resultado más beneficiada con la muerte de Navarro y la crisis del FPLN; en primer lugar, porque el ahora occiso era su principal contendiente para suceder al presidente Del Villar y, en segundo, porque hasta ese momento el Ministerio del Interior había ocupado un papel marginal en la vida política del país (las elecciones eran transparentes y los conflictos con grupos en los diversos Estados casi nulos), mientras que la reciente efervescencia de la guerrilla reanimaba sus funciones y lo ponía en el centro de la actividad pública nacional. Ninguna de las dos cosas había sido provocada, aun lejanamente, por él, pero, gracias a los dos terribles acontecimientos —y a quienes, como yo, se dedicaban a difundirlos—, su influencia, su posición y su poder crecían minuto a minuto.

Ahora ese individuo que reía y me hablaba de la estupidez de nuestro entrenador nacional de fútbol era, sin duda, el funcionario más influyente del momento, y, si las cosas se mantenían así, pronto se convertiría en el casi seguro candidato de la unión democrática a la presidencia de la República.

Nos despedimos sin ceremonias, pero tuve que prometerle que regresaría a verlo («para seguir hablando de deportes») en quince días.

Tenía que encontrarla, tenía que hallarla a como diera lugar, era la única clave capaz de unir todos los cabos dispersos, la muerte de Ignacio y la del ministro, los atentados del FPLN y la creciente actividad del Ministerio del Interior; en ella, en esa mujer de la que solo poseía su nombre, Marielena no sé qué, estaba también —ignoro la oscura razón— el fin de una búsqueda que yo había empezado sin conocer la causa, de una persecución que yo mismo había inventado y de la que ahora no podía escapar, que se había convertido en la parte más importante de mi vida, en *mi vida*, pese al temor y la incertidumbre. Marielena. Pero cómo dar con ella cuando no poseía ni un solo dato más, cuando no tenía idea de cómo era —excepto por el lunar en el párpado derecho—, cuando mis únicas certezas al respecto eran que había sido amada por Ignacio, que era miembro de un grupo de amigos que se llamaban la *cofradía* y que acostumbraban a frecuentar los *efimeros*. Bueno, al menos tenía eso: los *efimeros*. Quién más sino la pequeña y morbosa Azucena para guiarme por el laberinto nocturno que formaban esos antros, por los caminos invisibles que unían a las mismas personas en lugares distintos cada velada, por ese mundo de prostíbulos disfrazados, de orgías y drogas toleradas —al permanecer ocultas de día— por la sociedad democrática a la que pertenecíamos (y quizá, con un poco de tacto, también podría preguntarle si *conocía* al ministro del Interior).

No fue tan fácil localizarla, pero al fin pude hablar con ella («pero rápido, mi vida, que estoy en la regadera y ya tengo que irme») y, luego de muchos ruegos, accedió a que nos reuniésemos el viernes para que le platicase lo que yo le quería platicar; «nos vemos a la una, mi amor, tú espérame», dijo antes de colgar. Como supuse, el viernes me quedé en mi casa a esperar desde las nueve de la noche, me dediqué a beber como un estúpido mientras me entretenía perdiendo el tiempo en interminables juegos de vídeo que al mismo tiempo odiaba pero no podía abandonar.

Por fin, al filo de la una de la mañana, fui al Ruiza, en donde habíamos quedado de vernos; Azucena apareció cerca de las dos («de seguro trae un kilo de polvo encima», pensé), con un vestido rosa ajustado, una gorrita de los Dodgers y una mochila de piel, como de niña de escuela, que utilizaba como bolso.

—Pero ¿qué camión te atropelló, mi rey? —exclamó ensalivándose los dedos y peinándose; cada vez aborrecía más sus diminutivos. «Nada, nada», creí musitar, restregándome los ojos—. Bueno, entonces vámonos...

Esta vez venía en un Chevy rosa mexicano con chófer y todo; «se lo robé un ratito a un *amigo*; él ya no tenía ganas de salir (ni de nada), así que me los prestó», me dijo, refiriéndose también al chófer —un sujeto barbudo de unos cuarenta años al que casi no alcanzaba a distinguir—, con una risita pícara entre labios.

—¿No me habías extrañado? —continuó; los dos íbamos en la parte de atrás del Chevy, muy apretados, mientras el chófer lo manejaba como si fuese a llegar tarde a su entierro.

—¿Por qué la prisa? —dije, molesto.

—No es prisa, sino emoción, gordis —terminó Azucena en tanto me desabrochaba los pantalones y comenzaba a lamerme las piernas; yo no resistí la tentación de besarle la nuca y las orejas—. Me haces cosquillas —chilló—: mucho ayuda el que no estorba. —Y regresó a su tarea, delicada y minuciosamente llevada a cabo, que no terminó sino justo cuando el Chevy se detuvo intempestivamente en algún lugar de lo que me pareció, hasta donde podía darme cuenta, la colonia Guerrero.

—Oye —dije al fin, temeroso de no poderle preguntar nada después; ella se limpiaba los labios con la lengua—, ¿conoces a una mujer que se llama Marielena?

—Marielena Arévalo, Malenita Domínguez, Marie Helen, *la Chota*, sí...

—No, una Marielena que tiene un lunar en el párpado derecho y que frecuenta estos lugares.

—Újule, voy a tener que pedirles que me hagan ojitos para darme cuenta —se burló—. Pero podemos averiguar, si quieres...

La música atronadora me impidió insistir más: estábamos en una especie de galera oscura, muy amplia, con luces rojas y violetas en algunos extremos y una larga barra al fondo, sobre la que pendía una especie de mural en neón que mostraba un paisaje con árboles y un estanque; alrededor de nosotros, decenas de cuerpos desnudos o semidesnudos bailaban o hacían el amor o se masturbaban, rasgos apenas, brazos y piernas y nalgas cuyos contornos casi no se distinguían de entre la tiniebla y el humo de los cigarrillos. «Este está peor que el último», le dije al oído a Azucena. «Este es el *hard* de moda, a lo mejor aquí encuentras tu lunarcito», me respondió mientras platicaba con un mesero (un *mago* vestido con *smoking* blanco) que sin recato le acariciaba una pierna. No tuve más remedio

que escabullirme de ahí, fastidiado, como siempre que salía con ella, aunque a la vez nervioso, tratando de mirar los párpados de todas las jóvenes que se paseaban frente a mí, esperando a que cerraran los ojos por un momento con la vaga esperanza de encontrar la marca que buscaba (como si fuese posible en medio de aquella oscuridad fosforescente). Pero ocurre con más frecuencia de la que suponemos que aquello que tanto anhelamos y deseamos y perseguimos está en realidad junto a nosotros, a nuestra merced, solo que no nos damos cuenta hasta que es demasiado tarde y entonces el tesoro se nos escapa y quedamos como al principio, vacíos, o en realidad peor, lamentando la estupidez que impidió apoderarnos de lo que ya era nuestro: de pronto advertí su presencia —no había dudas—: una mujer tropezó conmigo mientras desarrollaba una especie de danza, en un movimiento convulsivo hacia atrás; cayó en mis brazos, más sorprendida que yo, como si hubiésemos ensayado un paso de *ballet*, y de repente ahí la tenía, su cabeza y su cabello lacio en mis brazos, su rostro apenas visible —la extrañeza en sus facciones bajo la luz roja—; sin embargo, aquel instante duró apenas lo suficiente para que ella parpadeara y dejara ahí, frente a mi pánico, la marca que la hacía reconocible (acaso solo para mí), la huella que la apartaba del anonimato y le otorgaba el fatídico nombre, Marielena quién sabe qué, la amada de Ignacio, la clave, quizá, de todo aquel extraño engranaje que me llevaba hacia ella.

Casi la miré sonreír antes de que volviese a su posición erguida y me dijera «fíjate lo que haces, pendejo», con un tono apagado, apenas perceptible —su voz era ronca y sin expresión—, antes de volver a perderse en la penumbra de sus movimientos rítmicos y del estruendo y de los brazos que sin tardanza la rodearon, arrancándomela. *Era ella*, yo no tenía la menor duda; traté de recuperarme de la impresión al tiempo que intentaba seguirla: no podía perderla ahora que la había tenido, debía cuidarla sin que ella ni sus amigos se diesen cuenta, agazapado entre la infinidad de cuerpos que se estremecían en aquel lugar. Me quedé a unos pasos, tomando un vodka, y en cierto momento me decidí a probar una raya de coca: necesitaba mantenerme alerta, despejar mis pensamientos: abarcarla. Solo entonces recordé que era la misma mujer que yo había visto en el otro *efimero*, rodeada por su mismo grupo de amigos (¿otros miembros de la *cofradía*, en tal caso?), protegida y vigilada por ellos.

Su danza cesó de inmediato, apuraron sus bebidas simultáneamente (una especie de brindis o ceremonia: eran las cuatro en punto), y se dirigieron a la salida. No me quedó más remedio que correr para alcanzar a Azucena (estaba en el otro extremo a punto de desnudarse frente a una negra), arrastrarla hacia afuera («¿qué te pasa, pendejo?»): al parecer todas empezaban a opinar lo mismo) y llamar a su chófer para que, como en las películas, una vez dentro, yo le dijera: «siga a ese auto», refiriéndome a la Ramcharger que los supuestos o reales miembros de la *cofradía* acababan de abordar, «y que no se den cuenta de que los seguimos».

—¡Bravo, una persecución! —dijo Azucena todavía con una copa en la mano, tambaleándose junto a mí en el asiento trasero, con las marcas de cocaína en su nariz y alrededor de sus labios; no tardó en desplomarse sobre mis piernas en tanto el chófer seguía diligentemente mis indicaciones.

Mi asombro no pudo ser mayor cuando al fin la camioneta se detuvo en una esquina (y nosotros un par de cuadras más atrás); estábamos en una de las nebulosas calles de Nezahualcóyotl, ya muy lejos del centro de la ciudad (la basura que se apiñaba en las calles era suficiente indicio de la zona

en que nos encontrábamos), justo a unos metros de un local cuyas luces eran lo único visible en aquel sitio: «Servicio Médico Forense de la Zona Conturbada». Ahí entraron Marielena y los restantes cuatro miembros de la *cofradía*, pero, ante el lamentable estado de Azucena, yo no tuve más remedio que ordenarle al chófer que nos dirigiéramos a la casa de la *señorita*: de cualquier modo parecía que los cabos —por la buena suerte o la fortuna— comenzaban a atarse solos.

Vivimos en una sociedad de imágenes multiplicadas, de eslabones de nosotros mismos que se suman unos tras otros, en medio de una proliferación interminable de abstracciones y mundos que se parecen a nosotros —o son, incluso, idénticos— pero que no somos nosotros; cientos y miles de remedos se esparcen por doquier, cada cosa ha perdido su unidad, se ha vuelto innumerable: a partir de ahora, ya lo he dicho, todos deberíamos llamarnos Legión. Estos aborrecibles espejos ensanchan el universo sin que queramos, expanden cualquier límite, nos muestran —horror de horrores— cómo podría ser el infinito con solo meternos entre dos de ellos: la ilusión del infinito, la suprema derrota de la identidad. Espejos reales, centelleantes y fatuos, desde las antiguas lunas (y el nombre basta para descubrir su origen) hasta los oráculos modernos, la fotografía, el cine, la televisión, las computadoras —incluso la crítica—; espejos humeantes arrancados a los dioses pero que en realidad solo representan nuestra peor derrota: creemos vernos en ellos, reconocer nuestros caracteres —ese soy yo—, y así nos lo hacen pensar las figuras cuidadosamente calcadas a nuestros rostros y ropajes, pero la verdad es que cualquier imagen especular nos deforma —nos invierte—, volviéndonos monstruosos y ahogados (no por nada los primitivos —y Borges— temen que sean ladrones de almas), distintos y opuestos: otros. O quizá sea al revés, y eso sea lo que mayor espanto causa: nos pensamos de una forma, creemos convencidos que somos de cierto modo, y el espejo nos desmiente, nos asusta: abominación aumentada la de reconocernos, la de encontrar la verdad que hay en nosotros y que con tanto afán nos dedicamos a esconder.

No es gratuito que los poderosos los cancelen, que exista un innegable ánimo de censura contra esos vanos espectros que nos dibujan como no queremos; si a cualquiera podría darle pánico contemplarse tal cual es, al poderoso podría derrumbarlo; él, que ha empeñado su vida en construir una imagen —que desde luego no es la auténtica, pero que le pertenece por derecho propio—, nunca estará dispuesto a someterse a esas máquinas infernales que muestran lo oculto, las sombras, los temores; si no fuese solo un gobernante entre tantos —como lo son ya todos en nuestro mundo globalizado— sino el único, su primer indudable designio sería romper, en una ceremonia nocturna, a una sola señal, todos esos rostros repetidos, el inagotable cúmulo de repeticiones.

Por eso los poderosos siempre huyen de los espejos: se sienten aterrorizados frente a ellos, desnudos, impotentes; los evitan porque saben que su verdadera faz no se reflejará en ellos, su efigie no aparecería ahí, solo podría advertirse una superficie vacía y hueca, un espacio, como si su volumen no existiese, como si fuesen invisibles, como si no estuviesen presentes. La verdad los nulifica, los desdora, los hace desaparecer. Ante semejante posibilidad, no queda más remedio que controlar el flujo de imágenes provenientes de esos imitadores demoníacos —empañarlos—, distorsionar sus superficies, tamaños y convexidades para que ya nadie les haga caso, inútiles en su

deformación; corromper sus formas para que se parezcan a los desgastados muros de un juego de feria al cual acudimos para tener el placer de admitirnos deformados, engrandecidos o empequeñecidos, más gordos o más flacos, en todo caso distintos y monstruosos, pero con el previo consentimiento de nuestra voluntad. Si de antemano sabemos que todos los medios engañan —como nos han hecho creer— ya no puede otorgárseles confianza alguna, y entonces el poderoso queda a salvo, y a salvo nosotros de mirar su verdadero rostro.

Su charla alevosa, llena de circunloquios y malos chistes de los que solo él se reía, sus constantes referencias a conocidos comunes que yo no recordaba, y su aliento agrio, como a madera mojada, parecían ser los precios que irremediablemente yo tendría que pagar por la información que pudiera proporcionarme. Me encontraba en un oscuro cafetín de la colonia Roma, cerca de su trabajo, ni más ni menos que ante Filomeno Rivera, el cuñado de la esposa de mi primo (el hijo menor de mi tía Catarina) y empleado del Semefo, a quien durante meses había evitado, pero al que ahora no tenía más remedio que escuchar. Acaso él suponía que al fin podría haber un acercamiento entre nosotros, un inusitado acto de buena voluntad de mi parte, por lo que hacía todo lo posible para agradarme —produciendo los resultados contrarios—: incluso insistió en pagar la cuenta: cien pesos por un capuchino y un café americano. Mi humor, en cambio, hacía las cosas más difíciles: apenas lo escuchaba y solo trataba de interrumpirlo (sin mucho éxito) para hacerle las preguntas que me interesaban y tratar de salir lo más pronto posible. Pero Filomeno no se daba por enterado, hilvanando su larguísima e insulsa charla, hasta que por fin (fue una casualidad que él tocara el tema) llegamos al punto de las desapariciones de cadáveres.

—Ah, sí, también quería decirte que vi tu artículo sobre los hurtos —empezó a decirme justo cuando yo estaba a punto de desesperar—. La verdad, primo, no sé por qué no se te ocurrió llamarme para que te hablara de este tema (siempre estoy muy atento a lo que escribes, nunca dejo de comprar *Tribuna*), y de lo que he visto en el lugar donde trabajo; no es que tenga información confidencial ni nada por el estilo, tampoco soy tan importante, pero estando ahí uno se entera de cosas, y lo menos que puedo hacer es decírtelas para ayudarte con tus investigaciones. Mira, la mera verdad, no creo que sean guerrilleros los que roban los cuerpos, como que no va con su carácter ni con su estilo; los robos los han cometido en serie, sí, pero supongo que gente distinta, no los encapuchados esos que ya a nadie le hacen daño aunque anuncien el fin del mundo. —El tipo también leía *El Imparcial*: por lo visto estaba más enterado del mundo de lo que su estúpida cara llena de espuma de capuchino podía mostrar—. No es que quiera decir que todo lo que afirmas en tu artículo sea falso, primo, pero sí que estás tanteando un terreno que no conoces tan bien como la política. —Su pedantería era intolerable, pero me limité a murmurar: «no, eso tampoco lo conozco, primo»—. Pero yo puedo ayudarte, no porque sepa más que tú (desde luego que no), sino porque estoy ahí metido todo el santo día, y escucho muchas cosas.

—Entonces supongo que ya tienes una idea de quiénes son los culpables, ¿no es así, primo? —solté de golpe.

—Pues no tanto así. Lo que sucede es que en un medio como el mío, en donde a diario estás en

contacto con cadáveres —pronunciaba las palabras con fruición, como diciendo «yo tengo algo que tú no tienes ni tendrás»—, adquieres un temperamento distinto, te *curtes*, digo, aunque no quieras. Yo sé que tú, como periodista, también miras muchas atrocidades, pero créeme que no es lo mismo vivir con ellas diez o quince horas al día. Tú te mueves de un lado a otro, respiras el aire de la ciudad (por más contaminado que esté), mientras nosotros, en cambio, tenemos que respirar el aroma enrarecido de los cuerpos (el éter y los desinfectantes más la podredumbre típica); tú te olvidas de los horrores que has visto, son apenas un fragmento de tu camino diario, en tanto nosotros realmente los volvemos partes de nosotros. —«Enloquece al hablar», pensé—. Poco a poco los cadáveres se te hacen familiares, dejas de considerarlos como desechos, al verlos a diario comprendes que quizá ya no sean seres humanos, pero que aun así continúan con sus propios procesos, cambian y se modifican. Los cadáveres no están muertos, no son la muerte: en pocas palabras, aprendes a quererlos, a disfrutar su silenciosa compañía; el contacto prolongado con su olor, repugnante al principio, lentamente se convierte en algo familiar e incluso placentero. Los miras y te das cuenta de la belleza que conservan; es más, la que han empezado a tener desde que son cadáveres y en vez de personas, desde que adquirieron esa condición indeseada pero inevitable. Créeme, primo —no toleraba su estallido lírico, el torrente de palabras que escurría de su boca como saliva, pero tenía que seguir oyéndolo—, llega un momento en que te das cuenta de que sin ellos, sin los cadáveres que te acompañan todo el día, no podrías vivir; que los necesitas (o será que ellos te necesitan y tú los consuelas), que no puedes mantenerte lejos de ellos por mucho tiempo. Yo he visto a patólogos, médicos y estudiantes contándoles sus problemas a los muertos (que no lo son tanto), discutiendo con ellos como si fuesen sus mejores compañías, confiándose a ellos.

El discurso de Filomeno se ensanchaba, crecía como un aluvión de palabras y sentimientos: sus manos danzaban y se estremecían sobre la mesa —temblaba—, los ojos virulentos y soberbios, un Filomeno que gozaba las palabras, los conocimientos que poseía, los secretos que ahora me enseñaba.

—No puedes imaginarte lo que es, no puedes —continuó, enfático—: yo los he visto, primo, yo los he visto, y nadie que no los haya visto podría creer lo que les sucede a algunos cuando están junto a ellos, es como si también necesitasen compañía (los muertos no quieren estar solos, si los enterramos es para evitarles el sufrimiento y, a nosotros, las tentaciones), llega un momento en que no logras resistírteles, en que te vencen (a mí no me ha pasado pero te digo, primo, que lo he *visto*). Son peligrosos, sin duda, te atraen y te seducen con su sola presencia, con el hedor malsano que desprende su descomposición que apenas es tránsito. Y, bueno, si eso pasa con nosotros, los médicos (o casi, como yo), las enfermeras y los asistentes, imagínate lo que les sucede a las mentes legas que, por una causa u otra, entran en contacto con los cuerpos: se desquician, de veras, eso es lo que les pasa. Si no has sido entrenado para ello no puedes resistírteles una vez que se ha iniciado, cómo decírtelo, el *romance* con la muerte. No te lo quisiera decir, pero es la verdad; por más que yo no lo haya visto, sé que sucede, primo: algunos de plano no son capaces de sustraerse al embrujo, son seducidos, seducidos sin que haya remedio que les cure esta enfermedad o este mal que les contagian los cadáveres... Esos son quienes los roban, créeme, no los guerrilleros (vaya tontería, para qué iban a hacerlo, qué desperdicio, qué incomodidad): los secuestran sus admiradores, sus enamorados, los

que sueñan con ellos, los que los veneran, qué horror, los que los resucitan.

La catedral parecía una nave espacial inmensa desde que le colocaron las luces fluorescentes: entonces era un monstruo marino saliendo a flote desde las profundidades de la noche del Zócalo, una ballena multicolor en medio de la negrura de sus piedras, los focos permanentemente apagados del Palacio Nacional y los edificios que la circundaban, la plaza vacía e inmóvil cada noche — apenas, después de las diez, se podían observar algunos policías en vela, asustados por la soledad y el viento— desde hacía tantas noches. El asta de la bandera permanecía invisible, opaca, mientras los últimos automóviles huían ferozmente hacia sus casas o se refugiaban en los estacionamientos de bares y restaurantes. Como si en realidad existiera una prohibición al respecto, un toque de queda soñado o inventado a las diez de la noche, un trueno que sonase a un mismo tiempo en las cabezas de todos los habitantes de la ciudad: a partir de esa hora nadie estaba ya dispuesto a caminar por las calles, a ventilar sus pulmones, a mirar el firmamento sin estrellas ni luna, a recorrer siquiera unas cuadras de las estaciones del metro a sus moradas. Solo unos cuantos vehículos recorrían veloces las calles, avenidas y periféricos de la ciudad (mientras cerca de las siete el flujo es por goteo), solo dispuestos a llegar cuanto antes e instalarse con sus familias frente a los televisores, incapaces de perderse uno solo de los capítulos de las *telenovelas interactivas* de cada velada (dos horas de duración en cualquier canal por cable con sistema IA).

Antes la nocturna ciudad se vaciaba por el temor fundado de la gente hacia los asaltos y robos, violaciones y descuartizamientos, las acciones del FPLN y de la contraguerrilla, la violencia de los cuerpos policíacos y de los *nunks*, que rondaban con sus vestimentas estrafalarias las zonas de prostitutas y de tráfico de drogas, pero ahora ya ni siquiera este miedo era real; la gente se había acostumbrado a vivir en una ciudad diurna —las personas normales viven bajo la luz del sol—, y no les había importado dejar a merced de unos cuantos —noctámbulos o noctívagos— el completo dominio de la noche. La ciudad era dos ciudades: una para aquellos que trabajan y estudian y se divierten, y luego regresan a sus hogares, lo más rápido que pueden, en cuanto comienza el atardecer, y otra para los pocos que se atreven a confrontar las tinieblas, apiñados en antros y *efimeros*, la ciudad de los vagos, los bebedores y los ladrones, encerrados también en sus cuevas, y cuyos rostros se encontraban de vez en cuando bajo la bruma del amanecer. Una, la ciudad del progreso, del movimiento, de las aglomeraciones, de la democracia en la calle; otra, en cambio, la ciudad de la desolación, de las escapadas rápidas, del silencio, del vacío.

Ahí estaba la catedral psicodélica, pues, como único guardián de las correrías nocturnas por el centro, como vigía de los escasos merodeadores de aquellas horas. Sin embargo, aunque sus ventanas exteriores demostraran lo contrario —ni una sombra, ni un destello—, en el interior de uno de aquellos edificios en apariencia huecos la situación era sumamente distinta: en las amplias oficinas del ministerio de Hacienda, en Palacio, se encontraban reunidos, después de sus horas de trabajo — que ahora terminan rigurosamente a las seis de la tarde: el propio presidente Del Villar se retira a escribir a esas horas—, los miembros del gabinete. Pocos saben que cada noche se instalan en este ritual extravagante: en vez de irse a sus casas para acompañar desde temprano a sus familias —como

dicen que hacen— acuden religiosamente a los territorios de Luciano Bonilla, ministro de Hacienda.

Las amplias salas interiores del Palacio Nacional se habían transformado otra vez en la casa de los poderosos —Maximiliano no lo hubiese imaginado—, las zonas de oficinas perfectamente acondicionadas como comedores, estancias, baños y recámaras: una mansión privada al servicio de los verdaderos dueños del país, un tesoro nacional convertido, de nuevo, en el teatro donde se toman las decisiones fundamentales de la nación (y donde los ministros, también, hallan un poco de distracción y gozo después del cansancio de tomar semejantes decisiones). El champán y los bocadillos de caviar y salmón circulaban de un extremo a otro, en contraposición con la imagen del ministro Bonilla comiendo tacos y quesadillas en un promocional televisivo para defender nuestra idiosincrasia (mi informante incluso anotó en su cuadernillo cuántos volovanes se comía cada uno).

Mientras tanto, en la sala oval (frente a un inmenso y espantoso retrato de Echeverría) otro espectáculo estaba a punto de iniciarse: tres mujeres (una de las cuales era Azucena, convertida en mi informante, y quien se encargaría de contarme los pormenores de estas escenas), especialmente contratadas para el patriótico acto, apenas vestidas con gasas verdes, blancas y rojas, se aprestaban a apagar un grupo de velas encendidas con sus partes pudendas, ante el regocijo de la mayoría y el aburrimiento de otros tantos que ya habían presenciado el acto infinidad de ocasiones antes. ¿Se trataba de una fiesta? No exactamente, o al menos ellos no lo consideraban así: era una especie de escape, una atmósfera que necesitaban para liberarse de sus muchas responsabilidades: un remedio. Porque de cualquier manera, ahí, entre los cuerpos de las mujeres y los jovencitos alquilados y el alcohol y la coca, se tomaban también muchas de las decisiones trascendentales para la sobrevivencia del régimen del presidente Del Villar (para esas horas de seguro dormido en su alcoba de Los Pinos), aunque él jamás fuera a enterarse. Acaso en aquella velada decenas de asuntos estuvieron en juego, contrataciones y desplazamientos, políticas comerciales internacionales y seguridad pública, quién podría saberlo sino ellos, pero de lo único que con certeza pudo enterarse mi informante mientras estaba, cómo decir, al lado, o abajo, del doctor Corral Morales fue que, sin el menor recato, él, uno de los mejores abogados del país, el pulquérrimo Fiscal General egresado de Yale, ordenó «borrar» a un preso que había decidido denunciar, tras una huelga de hambre, los actos de corrupción del penal federal de alta seguridad en Parras.

Cerca de las cuatro de la madrugada una especie de ujier comenzó a ir de sala en sala para llamar a todos y cada uno de los ministros a un gran salón de actos; los desnudos procedieron a vestirse, las mujeres a remaquillarse y a peinar sus cabellos sueltos, los muy borrachos a bajársela con rayas de coca, pero con puntualidad perfecta a las cuatro todos y todas se encontraban listos, perfectamente dispuestos, sentados en sus respectivos lugares; al centro, el anfitrión permanente, el doctor el Luciano Bonilla, presidía.

—Como cada jueves —habría dicho—, contamos con la presencia del doctor Alonso de Bernárdez. —Mientras se escuchaba un atronador aplauso, Azucena aprovechó para escabullirse a la parte trasera del salón, donde se escondió bajo una mesa de amplios manteles.

Alonso de Bernárdez, un viejecillo que contrastaba con la vitalidad de los jóvenes ministros, vestido con un descarapelado traje gris en vez de la elegancia italiana de los otros, agradeció la ovación con una ligera inclinación de cabeza y un «gracias, amigos» apenas audible. Las luces se

apagaron y una gran pantalla fue descolgada del techo: el anciano la hacía de expositor con una especie de varita luminosa.

—Empecemos con usted, Mario (se refería al doctor Mario Soberanes, ministro de Educación), si le parece bien —exclamó Alonso de Bernárdez al tiempo que en la pantalla aparecía una carta astral, diseñada por él, que procedió a explicar con todo detalle, sin que mi informante pudiese retener en su memoria ninguno de los bizarros comentarios del presunto astrólogo.

Desde las cuatro hasta las cinco y media exactas —según los datos de mi informante, que estuvo a punto de dormirse bajo la mesa— los ministros oyeron atentamente las explicaciones del astrólogo, quien pasaba de una carta astral a otra y resolvía, en base a sus esquemas estelares, todas las dudas que le presentaban los asistentes, desde sus maneras de actuar y comportarse hasta cómo vestirse cada uno de los días de la semana, desde problemas con el déficit público hasta las relaciones con Guatemala y los Estados Unidos, y desde los modos de engañar a sus esposas hasta cómo descubrirlas si eran ellas quienes los engañaban. Esto es conveniente o propicio, esto no, de esto no se puede afirmar nada, iba explicando el astrólogo con calma y parsimonia, alrevesando sus teorías y dándole consistencia a sus implacables consejos.

La sesión concluyó con una serie de aplausos que testimoniaban el entusiasmo que el viejecillo despertaba en los poderosos: las perspectivas para la semana en turno eran más halagüeñas que desalentadoras. Los ministros se levantaron de inmediato de sus asientos y comenzaron a despedirse con abrazos que todavía se prolongaron durante algunos minutos mientras el doctor Bonilla acompañaba al ilustre conocedor de estrellas hasta su automóvil (una limusina Mercedes último modelo).

Al final se quedaron únicamente Bonilla y el ministro del Interior.

—Parece que ya solo quedamos nosotros dos —dijo Bonilla, con un gesto que testimoniaba el macabro doble sentido de su afirmación.

—Si tú lo dices.

—Ambos sabemos que nadie se atrevió a hacerle a Bernárdez la pregunta crucial.

—¿A quién de los dos va a preferir Del Villar ahora que está muerto Navarro? —ironizó Gustavo Iturbe.

—No —respondió Bonilla, inexpresivo—, más bien qué va a pasar cuando se sepa lo de nuestra guerrilla inexistente.

—Yo no inventé a *Gabriel*.

—Al verdadero, no.

—Bueno, Luciano, ¿qué pretendes?

—Un fin de las hostilidades. Yo no compito contigo para la sucesión.

—¿Y entonces cuál es el problema?

—Ninguno. —Bonilla sonrió—. Somos amigos, solo quiero que lo sepas.

—Te tomaré en cuenta, no te preocupes. Aunque, solo para cerciorarme, te pido que sacrifiquemos a Mercado.

—¿Sabes que eso no puedo hacerlo!

—La amistad, el gran valor de la amistad.

—Llámalo como quieras. —Bonilla estaba a punto de exaltarse—. Mi respuesta final es no.

—Entonces no hay más que hablar.

—¿Ya no confías en mí?

—Adiós —terminó Iturbe, antes de marcharse—, que tengas buen día.

Antes del amanecer Palacio se encontraba, de nuevo, vacío: los primeros rayos del día no caerían sobre ellos (solo se limitarían a despertar, sacando de abajo de una de las mesas del salón oval, a Azucena).

Apenas podía concentrarme con tantos datos, tantos hilos que seguir, tantas pistas frente a mí, de las cuales inevitablemente tenía que hacer una selección, la cual, por más pensada y cuidadosa que fuese, dejaría en el aire otras tantas posibilidades que tal vez resultaran determinantes para conocer las causas del destino de Ignacio Santillán, mi amigo de la escuela, mi nueva sombra. Anoté, como si fueran asuntos separados, cada una de las cosas que, de un modo u otro, se relacionaban con esta, nuestra historia compartida (sirvan estos puntos como una concesión al *thriller*):

1. Ignacio Santillán y Alberto Navarro, ministro de Justicia, son asesinados en un cuarto de motel;

2. Aunque el gobierno no lo afirma de modo contundente, acepta *sottovoce* que los culpables del crimen son miembros del FPLN;

3. También se culpa a la guerrilla de un complot de robo de cadáveres;

4. Alguien involucrado en el medio forense (¡ay, Filomeno!) piensa que la guerrilla no es responsable de los robos, sino gente común que se *aficiona* a los muertos;

5. Un amigo de Ignacio (José María Reyes, payaso) me habla de un grupo, la *cofradía*, a la que él pertenecía, al igual que su amante (Marielena Mondragón; señas de identidad: un lunar en un párpado);

6. Una noche, en un *efímero* (gracias a Azucena, cantante y puta), encuentro por primera vez a Marielena, custodiada por varias personas (¿integrantes de la *cofradía*?), y los sigo hasta un Semefo;

7. El ministro del Interior me cita en sus oficinas y, amable, democráticamente, me intimida.

Había algo que no me gustaba (demasiadas coincidencias y demasiados puntos oscuros): si en realidad existía la *cofradía*, y sus actividades en ella eran realmente lo oscuras que parecían, no era lógico que José María Reyes supiese de su existencia por más amigo que hubiese sido de Nacho, sobre todo cuando no conocía muchas de sus actividades *normales*. Conclusión: había que seguir al payaso.

Domingo, siete de la tarde: los últimos niños acaban de abandonar el salón (sería apenas una docena), que ha quedado vacío, semioscuro; José María Reyes, todavía con la nariz inflamada y los pantalones bombachos de rayas verdes y amarillas, recoge vasitos y platos de plástico, restos de gelatinas y pasteles y envolturas de dulces y chocolates que han quedado regados por todas partes; yo me oculto en mi automóvil, estacionado en la acera de enfrente: es una ventaja que el lugar, en vez de paredes, tenga enormes cristales por todos los flancos (aunque, de cualquier modo, ¿quién iba a sospechar de un salón de fiestas para niños?). José María se encarga de barrer y luego dejo de verlo (de seguro ha ido a desmaquillarse); al cabo de unos minutos sale con ropa de calle, apaga las luces y se encarga de cerrar meticulosamente el establecimiento antes de meterse en su coche. «Siga a ese

automóvil», quisiera decirme a mí mismo de nueva cuenta, ya aficionado a los churros gringos que desde hace unos días me he dedicado a imitar; enciendo el motor asegurándome de que nadie se dé cuenta de mi presencia —me he disfrazado con una peluca rubia y ahora yo parezco el payaso dentro de mi evidentísimo Volkswagen blanco—, y comienzo la carrera más espectacularmente estúpida de mi vida: mi perseguido avanza a toda velocidad, como si se le fuese la vida en ello, pasándose semáforo tras semáforo, virando en las calles menos pensadas, mientras yo trato de hacer lo propio sin que mis movimientos sean demasiado obvios.

En un santiamén atravesamos la ciudad de un extremo a otro, el payaso vestido de civil y el civil de payaso, desde Pantitlán hasta San Ángel, hasta llegar —son las ocho de la noche: ya está completamente oscuro— a una callecita empedrada, no en la zona estrictamente residencial sino a un lado, cerca del Periférico; se detiene frente a una casa de cantera gris de dos pisos, mediana pero con el tamaño suficiente para ser considerada un lujo (ni con diez años de mi sueldo, pienso). Yo vuelvo a estacionarme a unos metros. La trama policíaca no podía fallarme a mí, experto en escándalos, y a los pocos minutos no tarda en llegar otro automóvil, esta vez un Chevrolet 90, del cual desciende un hombre calvo y trajeado —idéntico a Kojak o Yul Brinner en sus mejores años— que lleva del brazo (¡lo sabía, lo sabía!) a una mujer de vestido y chamarra de cuero negros que no puede ser otra que Marielena, la amante de Ignacio.

Espero a que entren en la mansión (de *Los Intocables* he pasado a algo así como *Los Monsters*) para bajarme del coche y acercarme sigilosamente a la puerta; camino unos pasos, pero mi sigilo no ha de ser mucho porque, justo cuando estoy a punto de asomarme sobre la reja de hierro que oculta un minúsculo jardincito, un par de guaruras (ahora estamos en *El Padrino* o, más grave aún, en *Cara cortada*) me detiene de improviso y me lanza al suelo. Tienen sus típicas gabardinas desgastadas y su aún más típicas caras de bulldogs, lo que no obsta para evitar mi típico miedo; me levantan entre los dos y me conducen —no toco el piso— hasta la esquina, donde se dan la vuelta («¡oh, oh —pienso—, va a ser una de aquellas!»).

—¿Qué andas mirando, pendejo? —me dice Van Damme.

—Muy cabroncito —secunda *Terminator*.

Ni siquiera me dan tiempo de hablar; de inmediato siento los primeros puñetazos y las primeras patadas, luego todo se vuelve negro, muy negro: me insertan por la fuerza en las profundidades de la noche, una noche de la que no despertaré sino hasta muy tarde, lejos, en una miserable cama de hospital (a la que seguramente nadie irá a visitarme o, peor todavía, solo Filomeno), odiando cada vez más a Nacho, a Marielena y a Navarro, y más a mí mismo que a ningún otro.

Acerté ciento por ciento en mis predicciones previas a la madriza: no tenía otra cosa que hacer sino mirar televisión: estaba frente a mí, encendida todo el día; desde mi cama yo únicamente podía dedicarme a cambiar los canales, o de plano le bajaba el volumen, pero nunca tenía las fuerzas para apagarla.

Era una especie de compañía inevitable, un lazo que me mantenía unido al mundo a pesar de las magulladuras, los moretes y el cuarto de hospital del que había intentado escapar en dos ocasiones

solo para ver frustrada mi huida con los ruegos y los regaños de las enfermeras. Doscientos-no-sé-cuántos canales para escoger (solo en semejantes circunstancias, siendo televidente obligado, uno tiene la paciencia de contarlos, de pasar la vista por ellos al menos unos instantes) y, sin embargo, mi aburrición pronto cedía a la somnolencia. Me encontraba en un estado letárgico, entre la vigilia y el sueño, obnubilado por las voces y las imágenes que salían del aparato y los medicamentos que me propinaban, incapaz de darme cuenta de qué hora era: cada canal tenía un reloj del lugar donde era transmitido: cerca de diez husos horarios.

La televisión me sumergía en cientos de hechos inconexos y a la vez idénticos: no había diferencia entre mirar las vísceras esparcidas de un combatiente en Zambia y la sangre derramada de un personaje de telenovela, entre los tanques que acababan de aplastar una manifestación en Turquía y los barcos que arrasaban un puerto en una serie china (de gran éxito, por lo que sé): verdad y ficción son ya, desde hace unos años, términos en desuso, apenas existe diferencia entre una cosa y otra, o quizá lo que se ha borrado completamente sea la palabra ficción, que suena a mentira, a engaño, a timo. Ahora todos los lectores y televidentes y cinéfilos solo están interesados en historias *verdaderas*, en recreaciones de hechos, en imitaciones de la realidad. Nos enfrentamos a un neorrealismo implacable: solo creemos a un actor si sabemos que está repitiendo una escena auténtica, y resulta aún mejor si podemos descubrir en la pantalla lágrimas, sangre y dolor auténticos (o que nos han dicho que lo son), es decir, si los actores actúan sus propios sentimientos frente a las cámaras.

La fantasía parece proscrita, la imaginación prohibida: para qué tales evasiones cuando se puede echar mano de protagonistas verídicos, sujetos que tienen sus propias pasiones y están deseosos de manifestárnoslas —exhibicionismo máximo— a millones de espectadores que los vemos sufrir y morir y desangrarse desde la comodidad de nuestros hogares (¿cómo no he de saberlo yo, que contribuyo desde la prensa a comercializar el mismo fenómeno?).

Al fin detuve el torbellino de canales, más por casualidad y hartazgo que por una elección determinada: ante mis ojos indiferentes al principio, seducidos después por el escándalo (sí, el escándalo y el morbo), desfiló la imagen de Belinda Santos, una de las tantas conductoras de los antiguos *reality shows*: una puertorriqueña de Chicago, de largas y esbeltas piernas morenas que distraen la atención de su inglés macarrónico y su maravillosa estupidez rampante. Solo la había visto dos veces antes de esta. En una, entrevistaba a una mujer casi obesa que le había cortado la lengua a su marido por haberle sido infiel con una modelo que anunciaba cervezas (supongo que pensó, bíblicamente, que había extirpado el primer órgano del pecado); después de que la cercenadora habló, el marido, que seguía viviendo con ella, relató cómo había aprendido a hablar con señas (traducidas con letreros en la pantalla que decían cosas como: «Lo que más lamento es no poder besar a mi esposa como antes»). En la otra, un par de ancianitos, acompañados de sus nietos y bisnietos, daban consejos prácticos para mejorar la eficacia del cunnilingus (¿sería acaso una obsesión de la conductora?).

Pero en esta ocasión el tema era menos frívolo o más macabro: un par de encapuchados, temerosos de ser reconocidos, hablaban sobre las bondades de la necrofilia. «Necrofilia», explicaba Belinda con su horrible acento, «según Freud (pronunciado Froi), es la perversión sexual consistente

en obtener el mayor placer sexual con cadáveres», y luego le pedía al primer incógnito (al menos podía deducirse que se trataba de un hombre relativamente joven) que explicara con el mayor detalle posible, pero sin utilizar términos obscenos, cómo practicaba su «afición». El sujeto, con una voz distorsionada por computadora (como si *Artuditu* hablase de necrofilia), se extendía sobre el calor que conservan los cuerpos al morir y el gusto que le proporcionaba arrancar un poco más de vida de un cuerpo muerto; en ese momento Belinda lo interrumpió y pasaron cinco minutos de comerciales (una nueva línea de muñecas y otra de juegos de vídeo: el día del niño no estaba lejos). De regreso, Belinda se dirigió al otro sujeto, que resultó ser una mujer (se le veía el busto, a pesar de que la computadora distorsionaba su voz como si estuviese hablando Darth Vader); de inmediato se puso a hablar de las causas fisiológicas del rígor mortis y de las ventajas que esto reportaba para cualquier necrófilo hetero o bisexual: «Imagínense un cuerpo que no se cansa ni se agota», dijo con una lubricidad pornográfica que permeaba su tono de robot ronco. La parte más interesante, o la que más me interesó a mí, fue cuando, después de inútiles y anodinas exposiciones de una psicóloga sexual nada *sexy*, la conductora les preguntó a sus invitados cómo obtenían sus objetos de deseo. La mujer Darth Vader estaba a punto de contestar cuando, dando un portazo, Azucena, vestida como azafata de avión comercial, se introdujo en mi habitación.

—¿Qué cochinas andas viendo? —fue lo primero que me dijo, mirando la tele de reojo—. ¿No te basta con las que escribes? —Y la apagó; ni siquiera me dio tiempo de reprochárselo—. Ahora dime, ¿quién te hizo esto, bebé? ¿En qué culo te metiste ahora?

Demasiadas preguntas para un solo momento. No me dolía nada, pero puse cara de moribundo, como si me costase trabajo hablar.

—Pobrecito, mi niño —continuó Azucena—. Ten, te traje unos chocolates. —Sacó una bolsita y la puso sobre el buró—. A ver, déjame verte bien...

Me apachurró los cachetes, me tocó la frente para ver si tenía calentura y, tras comprobar que no, empezó a acariciarme el cuello por debajo de las sábanas. De eso a meter su mano hasta mi sexo y comenzar a manipularlo no hubo mucho trecho: ahora sí me dolían las piernas y cuando por fin mojé sus dedos (que limpió en la bolsa de su saquito azul marino) ya me encontraba completamente agotado.

—Estoy segura de que estarás mejor —terminó; me dio un beso en la frente y se fue con la misma rapidez con la que había entrado.

Traté de encontrar el control remoto de la tele pero, antes de que pudiese hallar de nuevo el canal de Belinda, comencé a escuchar unos golpecitos en mi puerta. «Adelante», dije apenas. Era —vaya sorpresa— mi padre.

—Hola, papá, qué gusto —le dije sin ocultar la ironía.

—Supe que estabas aquí —me respondió con su tufillo diplomático de siempre.

—Gracias: ya viniste, ya viste lo jodido que estoy, adiós.

—¿Por qué siempre has de ser tan grosero? —Se sentó en la cama como si nada; era el mismo viejo terco y resentido de siempre; ahora se desempeñaba como coordinador de asesores de no sé qué funcionario menor que podría haber sido su nieto—. Ya lo sabes, Agustín, los padres solo sirven para una puta cosa: darnos consejos lo suficientemente buenos como para que los odiamos por ellos.

Así que aquí estoy de nuevo para hacerte el favor.

—Ahórratelo, papá. Prefiero tener mis propios motivos para odiarte.

Su bigote entrecano y su marcado acento sinaloense me repugnaban: ambos empezó a usarlos cuando fue secretario particular de un norteño que llegó a subsecretario.

—Te estás metiendo en honduras —continuó imperturbable—. Allá tú si quieres convertirte en coladera.

—¿Y desde cuándo te importa tanto mi salud?

—Toda la vida —se burló—. Mira, como sabes, yo ya tengo mi experiencia en estas cosas, he sido de todo en el pinche gobierno, desde ayudante hasta secretario de un subsecretario y director adjunto en una paraestatal, y he estado con los del viejo régimen y ahora estoy con los del nuevo: conozco de esto más que tú, Agustín, créeme. Y te voy a decir una cosa, una sola: a lo largo de todos estos años, de tantos y tantos puestos, de ver subir y bajar a la gente, solo he descubierto una ley infalible que no admite excepciones. Te la voy a decir y espero que te sirva. —Gozaba con su tono admonitor y grandilocuente, como si al fin tuviese la oportunidad de darme algo verdaderamente valioso—: En política siempre ganan los malos. *Siempre*. Así que ándate con cuidado.

—Gracias. Y ahora sí, adiós.

El viejo sonrió, agitó su bigote, se levantó de mi cama y, antes de irse, me dio unas palmaditas en el hombro.

Cuando al fin pude encender la tele, el programa de Belinda había terminado.

A lo largo de todos estos años, de tantos y tantos puestos, de ver subir y bajar a la gente, solo he descubierto una ley infalible: ¿por qué diablos había aparecido mi padre después de años de no hablarme, cuando ni siquiera en Navidad o en nuestros cumpleaños nos llamábamos, cuando evitábamos encontrarnos en reuniones familiares sabiendo que ambos nos detestábamos de la misma manera porque cada uno, a su modo, era la representación exacta de lo que el otro había querido para sí y nunca había logrado?; *sin excepciones*: la muerte de mi madre había terminado por distanciarnos completamente (antes al menos coincidíamos en el hospital, mientras ella sufría su larga y demorada agonía), éramos como dos extraños, él siempre preocupado en complacer a su jefe de turno con toda clase de atenciones y nosotros, mi hermana, mi madre y yo, aguardando inútilmente su arribo —al salir a la escuela por las mañanas él aún no se levantaba y cuando él llegaba por la noche nosotros ya estábamos dormidos—, él obsesionado con el trabajo, del cual no parecía cansarse jamás aunque nadie reconociese sus méritos, y nosotros solos, sin obtener de su bondad otra cosa que el dinero que nos llegaba desde lejos, como si viviese en otro lugar, en otro país o continente; *en política*: según su particular concepción de la vida, en todos los ámbitos, en la familia y en la oficina, en los deportes y con los amigos, la injusticia es invariablemente la campeona, nunca se reconoce el verdadero esfuerzo, nunca se premia a quienes lo merecen; así lo sintió también cuando por fin mi madre se decidió a dejarlo: el pobre nunca alcanzó a entender las razones de ella, se le hacía una locura, una torpeza, él era bueno, inmensamente bueno, y su esposa no podía hacerle eso, él siempre había cumplido sus obligaciones, o qué si no, sin serle infiel ni nada por el estilo, entonces, ¿por qué lo

abandonaba, por qué lo abandonábamos?; *siempre ganan los malos*: mi padre dándome un consejo después de tantos años, de tanta ausencia, ¿sería la vejez la que lo hacía arrepentirse?, esta actitud no iba con su carácter, más bien, como en todos sus actos, pensó que era su obligación venir a dármele, decirme que me cuidara y que estuviera prevenido, a su modo disculparse por la distancia, suplantándola ahora con una protección que me brindaba sin necesidad de comprometerse. Y para ello me hablaba de lo único que sabía, de lo único que le constaba porque en ello había derrochado su existencia: en política siempre ganan los malos, los buenos no, a esos se los lleva la chingada, siempre, pobrecitos miserables que piensan redimir al mundo, que el país puede mejorarse desde dentro del sistema, que se sienten patriotas y comprometidos con los problemas de los demás, de los desprotegidos, de los menesterosos; pobres ilusos, esos invariablemente pierden, no tienen la menor oportunidad de triunfar en el interior de un mundo que se rige con otras leyes, con una sola y permanente norma: la fuerza. Y venía a decírmelo en el momento de mayor esplendor y paz y armonía de nuestro país, cuando al fin nos encontrábamos en la democracia, cuando la transición había sido pacífica y todos (el 74% de la población que votó en ese sentido, al menos) estaban contentos con el desempeño limpio y honesto del presidente Del Villar; y me lo decía a mí, que soy un sucio amarillista —así me llamó en una ocasión—, él, que en cambio representaba al prototipo del hombre del sistema, la base de la pirámide que sostenía a la nación desde hacía cuarenta años. El poder corrompe y el poder absoluto corrompe absolutamente: ¿era necesario utilizar más lugares comunes? *Siempre.*

Como si me leyeran el pensamiento volvieron a tocar la puerta: era un chiquillo que apenas podía divisarse detrás de un inmenso ramo de flores; «esto es para usted», dijo con la respiración entrecortada, «¿dónde quiere que lo ponga?».

—Ahí, donde quieras —le respondí, irguiéndome (no me había sentido tan importante desde mi primera comunión)—. Nomás pásame la tarjetita, ¿sí?

Le di unos pesos y se retiró mientras yo abría el sobrecito: una carta con el escudo del Ministerio del Interior, el cargo tachado con pluma, la inscripción *con los atentos saludos de Gustavo Iturbe* y, con una perfecta letra de molde: «Esperando su pronto restablecimiento, su amigo». Sin excepciones, en política siempre ganan los malos: desde luego.

En ese momento tomé la decisión, no tuve necesidad de pensarlo mucho, ni de medir las consecuencias, era una especie de intuición, una fuerza que vino de mi interior y a la cual no podía sustraerme; me vencía a mí mismo, como si, acaso sin darme cuenta, sin verlo, vislumbrara el futuro, como si me jugase toda mi fortuna en una sola carta que ahora por propia voluntad ponía en movimiento; solo actuando podría darme cuenta de la magnitud de las fuerzas que se habían desatado desde los homicidios de Nacho y del ministro de Justicia, solo así podría saber hasta dónde yo iba siguiendo la pista correcta, hasta dónde estaba involucrado en los acontecimientos y de qué modo mi actual estado físico —los golpes y los rasguños aún se manifestaban en los diversos tonos de mi piel— dependía de mis investigaciones. Era una forma de probarme, de tentar a los demás actores de la contienda, de indicarles —fueran quienes fuesen— cuáles eran mis ventajas. Tomé una hoja de papel y anoté el título de mi siguiente colaboración para *Tribuna del escándalo* (después de publicarla ya solo me restaría esperar):

Secta satánica involucrada en el asesinato del ministro.

Ignacio Santillán, presunto miembro de Adoradores de la muerte.

La casa de Joaquín Mercado es amplia, a lo largo de sus dos pisos se apiñan numerosos cuartos y salas *art déco* con infinidad de adornos, tiores y esculturas, remates y celosías, figurines y cuadros —todo, excepto espejos— que la hace parecer una especie de museo o colección privada, no siempre del mejor gusto, cuya característica principal es agrupar objetos raros, antiguos y decididamente inútiles; las alfombras y los tapetes persas se extienden en cada recámara, la madera rojiza forra los muros en los que hay incrustadas decenas de vitrinas y aparadores donde descansan las meticulosas colecciones del empresario: una de muñequitas de plomo, todas desnudas y pintadas a mano, y otra de pequeñas reproducciones de pinturas famosas en pequeños platitos de porcelana, hechos bajo pedido (desde la Gioconda hasta Orozcos). Hay también lámparas de pie y candiles en cada habitación, mesas, cómodas y sillas de diseños caprichosos y extravagantes —como la personalidad de su dueño— y, al final de la casa, un gran jardín de fresnos que rodean una pequeña fuente de cantera rosa y una cabañita íntima al fondo.

Mercado es el principal accionista y gerente general del consejo de administración de Industrias Mercasa S. A. de C. V., el gigantesco consorcio que maneja, entre otras cosas, la concesionaria que se encarga del servicio nocturno de limpia y de los productos alimenticios Bolín, en cuyo catálogo destacan los dulces de almendra y los chocolates rellenos de acitrón, algunas botanas y otras golosinas. «Nuestra empresa es endulzarle la vida», reza el lema de Industrias Mercasa en las fachadas de cada una de sus instalaciones en Guadalajara, Saltillo y Toluca.

Mercado es viudo (su esposa, Margarita Lagarde, murió de leucemia hace cinco años), padre de cinco hijos y abuelo de ocho nietos (solo la hija menor, Sofia, permanece soltera). Es, decididamente, un empresario, un padre y un jefe ejemplar: así lo describen sus familiares, sus amigos y sus empleados, constantemente beneficiados por sus desplantes de generosidad. Tiene 58 años, practica natación y tiro al blanco, y se le nota vigoroso como a un toro («ya quisiéramos nosotros la energía que posee», dice siempre Jorgito, el mayor de sus nietos).

Mercado está ahora sentado en su despacho, detrás de su escritorio de caoba y, bajo la luz de una lámpara dorada con pantalla de obsidiana, escribe una carta a alguno de sus incontables amigos (los tiene en todos los medios, el gobierno y los sindicatos, los intelectuales y los artistas de la televisión), cuando un sirviente lo interrumpe.

—¿Lo pusiste en la salita 1? —le pregunta Mercado al anacrónico mayordomo.

—Sí, señor.

—Ofrécele lo de siempre.

El sirviente se retira y Mercado vuelve a concentrarse en su escrito; con parsimonia cierra la pluma, dobla el papel y mete todo en un cajón. Después abre la puertecita que lo separa de la salita 1 y hace pasar a su invitado.

—Mi querido Luciano —le dice, recibéndolo con un abrazo—, qué gusto que vengas a esta, tu casa. Siéntate, ¿quieres otra copa?

—No, gracias, Joaquín, te lo agradezco.

—Ah, que el ministro, siempre trabajando, ¿verdad?

—No hay de otra, ya sabes.

—Pues sí, mano. —Joaquín también se sienta—. En qué puedo servirte, ¿qué era tan urgente?

—Voy a tener que pedirte otro favor —le dice el ministro—. Una pequeña molestia...

—¿De qué se trata?

—Se trata del periodista que tus amigos golpearon la semana pasada, Agustín Oropeza...

—¿El de *Panfleto del escándalo*?

—*Tribuna*...

—Yo no di la orden, ya te dije que actuaron por cuenta propia.

—¿Viste el artículo que publicó esta semana?

—No.

El ministro se saca de la bolsa del saco un juego de copias fotostáticas dobladas como servilletas y se las entrega al otro.

—Mira.

Mercado las va leyendo poco a poco; su rostro se desencaja con una carcajada.

—¿Quién le daría esta información?

—Eso es lo de menos: yo creo que está tanteando. —La voz de Bonilla se mantiene firme—. Ha llegado el momento de tomar otras medidas. Incluso va a resultarnos útil.

—Lo siento, Luciano, yo ya no quiero meterme en estas cosas.

—Estás metido hasta el cuello, Joaquín, y eso desde que decidiste apoyar a Navarro. —Ahora Bonilla trata de parecer sutil—. Ahora no estás en posición de negociar conmigo.

Mercado da vueltas nerviosas a lo largo de la pequeña habitación.

—¿Qué quieres? —dice.

—Ahora te lo explico —continúa el ministro de Hacienda, imperturbable—. Ah, por cierto: no vuelvas a hacerme esperar cuando venga a verte. Ya no son los tiempos en que Alberto te protegía.

La primera reacción llegó, como suele suceder, de donde menos lo hubiese imaginado: había encontrado muchas reticencias de parte del editor de *Tribuna*, pero me debía demasiados favores — y yo sabía demasiadas cosas sobre él—, así que terminó cediéndome un espacio para el artículo. Aunque supuso que lo escrito por mí iba a molestar a más de un alto funcionario, no consideró que el suceso llegase a mayores consecuencias: no se trataba más que de una nota amarillista entre miles, aparecida en uno de los incontables tabloides similares que circulan a diario en el país.

La edición se vendió muy bien. En la primera semana (para entonces yo ya me encontraba de nuevo en mi casa) no hubo ninguna muestra de interés por parte del gobierno (la libertad de expresión continúa, me dijo el editor, satisfecho) o de otros grupos; tal vez la golpiza había sido un escarmiento por adelantado. A la segunda semana sin noticias fui yo el que empezó a impacientarse; como hacen muchos colegas, mi reportaje había sido escrito tratando de encontrar destinatarios específicos: los escasos lectores que tendrían elementos suficientes para interpretar lo que yo narraba, y que sin duda estarían interesados en hacérmelo saber, bien para colaborar conmigo o más

seguramente para amedrentarme de nuevo, que era justo lo que yo quería: reconocerlos, saber contra quiénes luchaba. Sin embargo, el silencio se prolongó: ningún indicio de unos u otros. Me habían ignorado a pesar del revuelo que, al menos entre los lectores de *Tribuna del escándalo* —que no son pocos—, se había desatado.

No obstante, como he dicho, las reacciones vienen de donde uno menos las espera: una noche me encontraba en mi casa, convaleciente —es decir, acostado en la cama, entre frituras y coca-colas, viendo de nuevo el programa de Belinda, que en esa ocasión trataba de hombres que han engañado a sus esposas con sus suegras—, cuando sonó el timbre. Me levanté a abrir sin siquiera ponerme una bata (estaba en pijama y descalzo) y lo primero que vi fue un rostro blanquísimo con nariz enrojecida y enormes ojeras azulosas: era José María Reyes en persona, con su disfraz. Me sonrió con la sonrisa diabólica y estúpida que tienen todos los payasos y se limitó a decirme: «Acompáñame». Y así, sin más, sin que me diese tiempo de cambiarme de ropa o siquiera de ponerme unos zapatos, el payaso me metió en la parte trasera de una camioneta blanca que tenía su enorme rostro dibujado. No opuse resistencia: se trataba de un payaso bastante corpulento, pero mis motivos en realidad eran otros, a fin de cuentas yo mismo había estado esperando que algo así me sucediera. De cualquier modo, supongo que para evitarse problemas, me dio un cachiporrazo en la frente que, si no hizo que me desmayara, al menos me aturdió bastante.

—¿Adónde vamos? —fue lo único que se me ocurrió decirle una vez adentro, desde el piso de la camioneta, mientras él arrancaba el coche y comenzaba a manejarlo con su descuido y velocidad conocidas.

—Al *infierno* —me dijo con un sarcasmo difícil de entender; luego calló por completo y no volvió a dirigirme la palabra a lo largo del camino.

Apenas podía mirar desde el suelo, a través del parabrisas, las calles que atravesábamos, el resto del vehículo completamente cerrado y las greñas verdosas de José María balanceándose de un lado a otro. De cualquier modo, en medio de la turbación, traté de concentrarme en las avenidas que íbamos atravesando, las vueltas que dábamos, la calidad del asfalto que se mantenía debajo de nosotros. De acuerdo con mis cálculos debíamos estar en Chapultepec; José María se detuvo un momento (¿frente a un alto o una patrulla?), y aprovechó para darme un golpe más desde su asiento. Cuando empezamos a brincar por un empedrado alcancé a darme cuenta de que, ahora sí, estaba a punto de perder el conocimiento.

Que un payaso estuviese llevándome al infierno era algo que entonces, antes de adormecerme, me pareció realmente apropiado.

De algún modo tengo que contar lo que sigue, la enorme elipsis que contiene mi historia, el vacío doble que va desde la oscura juventud de Nacho hasta su horrible y oscura muerte hace unos meses, y aquel otro vacío que llevaba a Alberto Navarro desde sus primeros puestos en el gobierno hasta el asesinato en aquel cuarto de hotel o motel. He de robar una voz que no es la mía, suplantar los términos como si me pertenecieran, contar cosas que nunca vi ni conocí de cerca, en su momento, cuando sucedieron y que, por tanto, no me constan ni resultan comprobables, apelando a una

convivencia, a la buena fe de quien me lea —me traiciono como periodista—: se trata, acaso, de un testimonio ofrecido a mí en circunstancias que ya ni siquiera puedo creer ciertas, una narración basada en suposiciones y juicios parciales, una visión apenas verificable pero necesaria para aclarar, al menos un poco, los sucesos actuales. Se trata de la transformación de Ignacio Santillán y Alberto Navarro —su renacimiento—, del tiempo que los hizo ser lo que eran justo antes de convertirse en lo que nunca pretendieron: cadáveres. Lo cuento, sí, bajo mi estricta responsabilidad, asumiendo el peso que representa, dispuesto a sufrir y atormentarme por lo dicho —las palabras también matan, sepultan—, desafiando, más que con cualquiera de los reportajes amarillistas que he escrito para *Tribuna del escándalo*, las fuerzas que por encima de mí pueden desatarse y destruirme, acallar mis palabras y borrar mi imagen de por sí nunca demasiado valiosa (¿quién habría de llorarme?), arriesgándome y apostando por el establecimiento, cínico pero también justo, de la verdad.

La vida de Nacho, era cierto, parecía remitirse a un solo y único tema que lo había obsesionado desde chico, la lucha, colisión o armonía entre la luz y la oscuridad, la luz que él veía y que estaba vedada a sus padres, la relativa oscuridad del cine y la luminosidad del desierto: al parecer nunca dejó de volver sobre el mismo tema, ampliándolo hasta sus últimas consecuencias, pero siempre presente en su pensamiento y en su vida: la noche y el día lo gobernaban con sus distintos monstruos, tal como lo repetía una y otra vez para justificar los cambios que llevaba a cabo de pronto. Aquel mítico viaje en automóvil a Sonora y Arizona fue el último de sus arrebatos del que yo tuve noticia; sin embargo, haciendo memoria, lo cierto es que el origen de aquella aventura era bastante más lejano de lo que supuse en un principio. Desde que estábamos en la escuela hablaba de su deseo de lanzarse en una aventura que, según él, valiera por el trayecto y no por los resultados («lo que importa es el camino, no la meta», decía con un convencimiento del que dudábamos), así que cuando se enamoró de la cantante, Eugenia, y ella estuvo lo suficientemente loca para secundarlo en sus devaneos, a Nacho no le fue difícil dejarlo todo (la escuela de cine, su trabajo y la Facultad de Arquitectura) para iniciar aquel viaje disparatado e inútil. La tal Eugenia, a la que no he podido encontrar, era dos o tres años más grande que Ignacio; él la conoció en un bar (lo fascinó su rasposa interpretación de «Aquellos ojos verdes»), apostó con el amigo que lo acompañaba entonces a que la conquistaría, se levantó y, en medio del escenario, se hincó frente a la diva y le declaró su amor. Supongo que a Eugenia, una muchacha de temperamento extraño, introvertida y ruda, de una espinosa ambivalencia sexual, el gesto se le hizo lo suficientemente estúpido como para acceder después a tomar una copa con su patético enamorado. Resultó, en la charla, que la cantante era aún más *interesante* (en el vocabulario de Nacho, «más rara») de lo que pensó al oírla cantar: pertenecía a una familia de clase media, había estudiado hasta la preparatoria en un colegio de monjas («esto nos pasa a todas, en mayor o menor medida») y ahora todo su mundo giraba en torno a la cábala, el tarot y la taumaturgia, cuyos dictados seguía al pie de la letra: «La semana pasada», le dijo a Nacho, «mi carta fue La Rueda de la Fortuna, que ahora se presenta, aquí, contigo». Eso bastó (bueno, más unas cuantas noches juntos) para que idearan el plan del viaje. Él vendió todas sus cosas, decidió no decírselo a nadie, y se compró un Impala azul, viejo pero en buenas condiciones, para conducirlos a su no destino. No obstante, todo indica que la mujer se hartó del reto al llegar a Nogales (o quizá una

nueva carta le indicó permanencia), por lo que ahí mismo se bajó del Impala, accedió a los galanteos de un norteño y terminó firmando un contrato para cantar en un local propiedad de este. «Lo siento, mi vida», le explicó a Nacho, «los astros han cambiado». Y así era.

El decidió proseguir el viaje solo: a fin de cuentas, se lo había repetido una y otra vez, lo que importaba era el trayecto, nada más. Cruzó la frontera, convencido de que iba a traspasar el primer umbral de su camino iniciático, contento de haber escapado de Eugenia: aquella mujer que solo representaba las tentaciones del mundo. Al principio comenzó a recorrer las carreteras que iban de pueblo en pueblo, pero después, radicalizando su búsqueda que no lo era, se deshizo de mapas y guías, y condujo hasta donde se lo permitía el combustible. No llegó muy lejos: su tercera incursión por el desierto («los reflejos asesinaban») lo llevó a perderse en un tramo en el cual solo se veían rocas, un cielo azul blancuzco y el sol inmarcesible; al poco tiempo tuvo que abandonar el Impala (el calor lo había averiado por completo), tomar algunas provisiones y el agua que tenía, no mucha, y emprender el camino a pie. «En esos momentos supe lo que era vivir en medio de la luz. Me quemé, me convertí en otro, me volví ciego como mis padres», dijo días después, al despertar en un hospital de Phoenix. Realmente había estado a punto de morir, la insolación, la deshidratación y el cansancio lo derribaron a mitad del camino, hasta que, por casualidad, ya en la noche, un solitario conductor lo divisó en medio de la carretera y lo llevó al pueblo más cercano, de donde fue trasladado, todavía inconsciente, al sanatorio en el cual despertó dos días más tarde.

Esta experiencia fue literalmente *deslumbrante* para Ignacio: una paradójica forma de iluminación que lo hizo aborrecer la luz como nunca antes, refugiarse, a partir de entonces, en las sombras o bajo la noche (el exceso de calor o luminosidad comenzaron a acarrearle malestares físicos y psicológicos); de algún modo su rebeldía había fracasado, seguiría perteneciendo al territorio de sus padres, a la oscuridad originaria de la que surgió. Había fallado, acaso solo probado lo que sabía desde el principio: si quería vivir, de ahora en adelante debía hacerlo alimentándose de las tinieblas, de sus orígenes.

Tras un corto periodo de convalecencia, Nacho regresó a su casa a través de interminables viajes nocturnos, en ferrocarril o en pésimos camiones (prácticamente no tenía un peso: le escribió a su madre para que le mandara un giro), en una especie de recorrido inverso que intentaba cancelar al anterior; los días los pasaba en destartados moteles y las noches las utilizaba para trasladarse y ganar energías. Cuando al fin llegó a la ciudad solo una idea tenía en la cabeza: reintegrarse en la penumbra de la que había surgido y de la que nunca debió haberse separado.

Al fin Alberto Navarro había conseguido lo que quería, lo que siempre había deseado, por lo que se había preparado y había trabajado y sufrido durante tantos años —su sueño, sus anhelos cumplidos—: ahora era miembro del gabinete del presidente de la República, el que más influía en el anciano presidente Del Villar, lo cual lo convertía de inmediato (al menos a los ojos de sus amigos y enemigos) en uno de sus virtuales sucesores. Alberto era de una personalidad curiosamente ambigua: por un lado, cuanto decía y *predicaba* —esta era la palabra que usaban para describir sus discursos quienes trabajaban de cerca con él— estaba siempre referido a una auténtica concepción de la justicia; nada parecía preocuparle más, por nada se esforzaba tanto, como por lograr que este ideal se extendiera de un lado a otro del país, sin límites de edad, sexo o condición económica. La

limpieza y la honestidad eran sus únicas herramientas y nadie, luego de su horrenda muerte, dudó de ellas, el ministerio había sido creado para él con el fin de darle los medios necesarios para llevar a cabo su proyecto. El presidente Del Villar reconocía permanentemente su talento, su eficacia y su orgullo, tres valores que no dejaba de mencionar al referirse a él. Así, de pronto, la confianza de la nación quedó depositada en este hombre que ocupaba por primera vez un puesto público.

Sin embargo, por el otro lado, los actos del nuevo ministro invariablemente estaban revestidos de una convicción política que lo convertía en un hábil negociador y, sobre todo, en un espléndido constructor de su propia imagen. No es que esto disminuyese sus méritos, simplemente se trataba de reconocer en su carácter, asimismo, talentos que se encontraban escondidos para los demás (incluido, quizá, para el propio Del Villar): su prudencia, su sentido de la oportunidad y su conocimiento de las reacciones de amigos y adversarios. Su colección de insectos se había convertido en una colección de seres humanos que él clasificaba y ordenaba con idéntica meticulosidad, a fin de utilizarlos mejor (y no hay ganas de desacreditarlo con semejantes juicios).

El flamante ministro de Justicia inició su gestión reorganizando la administración de su campo, y para ello no dudó en acabar con los lastres del sistema, sin importar componendas, rezagos o el poder acumulado de sus detractores: con un solo golpe espectacular logró lo que no se había hecho en años, alzarse con la confianza pública para limpiar el sistema de cualquier vestigio de corrupción e ineficacia. Los medios lo perseguían entonces cada vez con mayor insistencia, su rostro comenzó a aparecer a diario en televisión y sus palabras se difundían («la poesía de sus discursos», afirmaban sus admiradores) en todos los medios; ni siquiera el presidente Del Villar, siempre tan reacio a aparecer en público, poseía la repentina popularidad de Navarro. El académico serio y el funcionario responsable, lemas de campaña del equipo de Del Villar, y artífices de la transición democrática, hallaban su máxima expresión en el rostro oblongo y los anteojos cuadrados, el brazo siempre en movimiento y la mirada impenetrable del ministro.

No obstante, pronto sucedió que Navarro, tras esta primera victoria —el triunfo sobre la desinformación—, quedó protegido como si viviese en el interior de una esfera de cristal; de este modo, afuera, a la vista y los oídos de todos, existía una figura, la del ministro de Justicia, la efigie que él había creado consigo mismo: su camino hacia la inmortalidad (cuando no podía suponer que esta habría de llegarle de manera distinta, como nunca la hubiese deseado), mientras adentro, en el interior de aquella creación, permanecía agazapado Alberto Navarro, que era el mismo pero también otro al que proyectaban las pantallas y reproducían las grabadoras, aquel que en verdad se debatía en medio de los círculos de poder que lo rodeaban, que meditaba antes de actuar —prediciendo jugadas, como en el ajedrez—, y que se enfrentaba a los problemas: no el que sonreía en los actos públicos.

Poco a poco Alberto se dio cuenta de que estaba rodeado, sin salida. Poco a poco Alberto supo que, a partir de cierto momento, su misión no era la justicia, sino única y exclusivamente preservar su imagen, que era la imagen del gobierno del presidente Del Villar; si quería servirlo a él y servir al país, si en verdad quería tener posibilidades de sucederlo, era lo único que *tenía* que hacer. De pronto ya no importaban los ideales (no los violaba, solo los olvidaba) ni las acciones prácticas, ni los cambios benéficos: lo que interesaba era únicamente conservar su posición (es decir, sostener al

gobierno). Lentamente, como un virus, como un malestar que lo invadía, que se apoderaba de cada uno de sus miembros, de cada célula, hasta dominarlo por completo —su alma—, el ministro se dio cuenta de que el poder lo carcomía decididamente, sin que pudiese evitarlo; no se trataba de que se vendiese o de que traicionase sus convicciones —eso era lo de menos—, sino de que su condición que lo acercaba al poder le exigía trasladarse a un plano distinto, donde la bondad o la esperanza no importaban, donde las decisiones prácticas estaban encaminadas a un único fin que él debía aceptar si quería permanecer adentro: la conservación de la fuerza. Era algo a lo que no podía sustraerse: acaso no se notaba, acaso nadie más que él lo veía, pero su vida había empezado a ser otra, su cuerpo se había transformado, dividido: de día era uno, el funcionario preocupado por el bien común, mientras en las noches lo único que le interesaba, como al resto de sus amigos, como a los demás miembros del gabinete, como a todos aquellos con los que se rodeaba, era alimentarse del poder: ejercerlo, aprisionarlo.

La primera vez que asistió a las clandestinas reuniones de gabinete convocadas por el ministro de Hacienda, Luciano Bonilla, en sus oficinas privadas del Palacio Nacional, Alberto Navarro supo con claridad que nunca iba a poder dejar de asistir a ellas; aunque le disgustasen, aunque no les encontrase utilidad alguna, aunque lo aburrieran (y pensaba que acaso la mayoría sintiese lo mismo) no podría abandonar aquel círculo mientras tuviese la posición que tenía (quizá eso hiciesen todos los presentes), más como si fuese una prueba de resistencia que un cúmulo de placeres y rivalidades puestas en marcha, como afirmaba categórico el doctor Bonilla. Pero lo peor era que, tras la primera orgía (el escándalo, la prohibición y el engaño), Navarro no se sentía mal: simplemente aceptaba, resignado, que a partir de ese momento aquel ambiente sería su destino.

Reintegrarse en la noche. En los orígenes. Acaso Ignacio no tuviese una idea clara de lo que debía hacer a partir de su regreso, pero de algo estaba absolutamente convencido, debía excavar —en sí mismo y en el mundo— hasta encontrar el otro lado, la zona de penumbra, los abismos que nadie nunca había tocado, la oscuridad más completa: su esencia. Pero no se trataba, desde luego, de una transformación que tuviese que ver con el mal o la destrucción —aunque sí con lo demoníaco—: más bien era un reencuentro con las fuerzas que lo habían formado desde su niñez. Había estado a punto de morir, de hecho él creía que en algún momento de su convalecencia en realidad había estado *muerto*; su propia imagen se le aparecía como una prueba clara de su precaria extinción: se veía desde lo alto (como en los libros de *Vida más allá de la vida*, como en las malas películas de ángeles) y contemplaba su cuerpo exangüe tendido en la arena, deshidratado, fenecido, olvidado por los hombres, a punto de convertirse en un elemento más del paisaje. Acaso lo soñara fabulando con lugares comunes de la imaginación moderna, pero la convicción de saberse cadáver —lo había sido, pues, antes de serlo— le daba a su vida, a su renacimiento, una condición especial. Se sentía afortunado o, mejor, compelido a pagar una deuda: la muerte lo había salvado. La paradoja le encantó, sedujo sus intestinos: del mismo modo que la negrura en los ojos de sus padres lo habían hecho nacer y desarrollarse, la negrura de la muerte (esa muerte que había sufrido por acción de la luz) lo había devuelto a la realidad: ahora no le quedaba otro remedio que saldar su cuenta, abrazándola por gusto.

En vez de proseguir sus estudios de arquitectura o de cine, simplemente se olvidó de todo y

aceptó un trabajo en Cinemex, una empresa dedicada a la traducción, subtitulación y doblaje de películas (de bajo presupuesto en su mayoría y muchas porno), en donde realizaba labores variadas que iban desde encontrar equivalentes para los títulos en inglés (más raramente francés o italiano), hasta comprobar la sincronización entre las voces y los letreros en español, corregir las faltas de ortografía o simplemente revisar que las copias estuviesen en buen estado. Horas y horas, pues, de quedarse frente a la pantalla en una sala en la cual era el único espectador, un cine para él solo, con cientos y miles de imágenes recorriéndolo, invadiéndolo, traspasándolo a lo largo del día (que para él se convirtió en una especie de noche continua); de hecho, las películas en sí ni siquiera le importaban, ni las tramas ni los personajes ni las escenas eran relevantes para él: simplemente necesitaba aquel juego de luces opacas y cambiantes que simulaban personas y paisajes metiéndose en su cabeza, bañándolo en un extraño juego pirotécnico. Era una especie de hipnotismo, una terapia a la que se sometía voluntariamente: una cura. Mientras tanto, su espíritu divagaba con plena tranquilidad, obsesionado con sus mismos temas de siempre, preparándose para dominar, ahora sí, al fin, la otra oscuridad, la que vendría al término de su jornada: su vagabundeo nocturno.

Su jefe y sus escasos compañeros de oficina apenas hablaban con él y en realidad esos eran los únicos contactos que Nacho mantenía con seres humanos (fuera del trato con vendedores y taxistas); desarrollaba su vida solo —había rentado un pequeño departamento en la Condesa—, concentrado en sus manías, haciendo como si los demás no existiesen o fuesen apenas una molestia que debía tolerar.

Al salir de Cinemex se dedicaba a recorrer a pie las calles de la colonia Nápoles hasta su departamento; a veces se detenía a comer algo o a tomar una copa, pero lo más frecuente era que merodeara por los parques y camellones, sin prisa, contemplando la enorme ciudad vacía —los automóviles a toda velocidad frente a aceras desiertas— y el impenetrable cielo negro que la doblegaba.

Esta aparente inactividad, esta intrascendencia, fue su rutina diaria hasta que un día, por casualidad, conoció a José María Reyes, quien poco tiempo después sería el responsable de un drástico cambio en su vida (y si somos implacables, del resto de su historia, de su destino y de su horrible muerte en aquel cuarto de hotel o motel al lado del ministro de Justicia, así como también de mi vida), cuando tuvo el tino de presentarle a Marielena Mondragón.

Alberto Navarro descubrió, aterrado, que su vida era una paradoja, pero ni siquiera una paradoja original, sino el destino de todos los hombres de poder; no se trataba de ser bueno o malo, inteligente o estúpido, recto o corrupto, sino de estar dividido. El poder lo partió en dos, hizo convivir en el interior de su cuerpo dos seres diferentes que nada tenían que ver uno con otro. Imágenes de su dualidad: Navarro asistiendo a una Conferencia Continental de Administración y Procuración de Justicia, donde hablaba de las medidas para controlar el peculado y vigilar la honestidad de los funcionarios judiciales (fue aplaudido y citado y recordado por todos los asistentes a partir de entonces), y Navarro dejando en libertad a magistrados que se habían enriquecido ilícitamente; Navarro escribiendo obras como *La reforma judicial* o *Diez compromisos para la judicatura*, y

Navarro llenándose la nariz de cocaína después de hacer el amor con dos niñas que no rebasaban los trece años; Navarro inaugurando el nuevo edificio de la Corte Suprema de Justicia, y Navarro fabricando pruebas para encarcelar a un enemigo del doctor Bonilla. Sin embargo, a pesar de todo, Alberto aún creía en lo que hacía, aún pensaba en sí mismo como un funcionario que se encontraba en el lado de la luz (que pertenecía a esta, que esta era su reino) que solo por el azar, la mala suerte o infortunio, las presiones y las circunstancias adversas debía, de vez en cuando, pasar al otro lado. Lo reprochable era una excepción, necesaria en todo caso para realizar sus grandes proyectos.

Pero el engaño no duró mucho: pronto el joven ministro de Justicia aprendió que no se hallaba en un territorio donde existiesen las excepciones —inventos desesperados para justificarse—: ambos, el que se vendía y encarcelaba y disfrutaba con la lascivia de sus colegas era también quien buscaba el bienestar de los desprotegidos, quien aplicaba todo el rigor de la ley contra los jueces que se vendían y quien planeaba la mayor reforma judicial emprendida en el país a lo largo de su historia. Y el que una cosa no alterara la otra —que, por el contrario, una necesitase de la otra— era lo peor, lo que menos alcanzaba (o quería) comprender.

Cierta noche, después de una de tantas reuniones en Palacio, una de las más turbulentas a decir de los otros convidados, Alberto llegó cerca del alba a su casa (como siempre), se lavó, se cambió y se introdujo en su cama, donde (como siempre) encontró a María ya dormida. Se la quedó viendo, su respiración acompasada, el sudor que perlaba su frente (los sueños la estarían arrebatando, supuso), sus hombros desnudos y su cabello revuelto (acababa de ver infinitas pieles, de todas las texturas imaginables), y sintió una angustia que de inmediato se transformó en un terrible dolor en el pecho y luego, lo supo como un relámpago, en un infarto; alcanzó a despertarla justo cuando caía al suelo.

Al abrir los ojos en el hospital (María había actuado rápidamente), Alberto comprendió que ya no tenía remedio, que había entregado su alma a cambio de nada y —lo más grave— que ya no podía modificar su situación: ante la imposibilidad de conjurar alguno de los extremos, ante la negativa que le imponía su puesto de abandonar alguno de los bandos, de volver sus actos solo negativos o solo positivos, de hacer de su vida una empresa solo nítida o solo opaca, tenía (aunque el costo fuese el desgaste paulatino o la muerte) que llevar ambos lados hasta sus últimas consecuencias: no se arredraría, en ningún caso, hasta el fin.

La convalecencia fue rápida, a fin de cuentas era un hombre joven y saludable (hasta entonces), e igualmente veloz fue el proceso que siguió a partir de ese momento: comenzó una actividad febril, que iba desde la revisión a fondo del aparato judicial hasta una rutina que, por las noches, lo llevó a los peores barrios de la ciudad, con las peores compañías. Ahora sí estaba completamente dividido, Jekyll y Hyde voluntario, un monstruo de decencia, eficacia y honradez por una parte, y por la otra un hombre sumido en la prístina degeneración de *efímeros*, burdeles y bares clandestinos a los que asistía, camuflado, en busca de experiencias abismales que en verdad lo acercasen al infierno. «Para alcanzar el bien es necesario conocer todo el mal», repetía, con un sentido ambiguo y feroz, la frase del cínico Carpócrates. No se engañaba ni engañaba a la opinión pública —al menos, al contrario de sus compañeros de gabinete, había encontrado un modo de no traicionarse—: en verdad era un buen ciudadano, un buen funcionario y un buen padre (cuando le tocaba serlo), independientemente de que también fuese una víctima del narcotráfico, la corrupción y la muerte en los barrios miserables de la

ciudad. Cada vez añoraba experiencias que sacudiesen más su espíritu, del mismo modo que cada vez intentaba hacer más eficiente el aparato del ministerio del que se hacía cargo. Su salud física empezó a deteriorarse cada vez más (la única constante que se repetía en sus dos ámbitos), pero ello no le importaba ni detenía sus proyectos en un sentido o en el otro; moriría de un infarto, no muy lejanamente: lo sabía de memoria y se esforzaba por llenar cada instante con sus actos desesperados, infatigable (el pobre nunca imaginó la violencia descargada que lo transformó en cadáver). Al menos había vuelto a encontrar su destino, una justificación, una tarea y una meta, hasta que en su camino se topó con Marielena Mondragón.

Marielena. Marielena Mondragón. Marielena Mondragón Marín: quién pudiera afirmar que este era su nombre verdadero, que no se ocultaba detrás de una apariencia, que no mentía como parecía hacerlo siempre, infinidad de veces, en otros tantos aspectos de su vida; cómo conocer a una persona que nos engaña conscientemente, cómo deslindar lo verdadero de lo falso cuando no poseemos más que su testimonio y cuando dudamos, a cada momento, de lo que nos dice: Marielena Mondragón.

De pronto me encontraba frente a ella y ni siquiera podía mirarla, estábamos en un cuarto completamente oscuro —no se oían ruidos de aviones ni automóviles: un sótano, una bodega quizá—, José María Reyes me había paseado en su camioneta sin dejarme adivinar sus intenciones, haciéndome recorrer junto a él, dentro de ese armatoste que tenía su enorme y aburrido rostro de payaso pintado afuera, quién sabe cuántas colonias hasta llevarme con aquella mujer. Solo podía oír su voz rasposa, adivinar sus gestos y sus formas, si estaba sentada o acostada o de pie, más probablemente lo primero, con las piernas cruzadas, enfundada en un vestido negro como el del *efímero*, la minifalda entallada, una camiseta o un top del mismo tono, la sonrisa o el enojo o las lágrimas sepultadas en la tiniebla de aquel sitio, vedadas a mi vista pero no a mi imaginación; o acaso todo lo contrario, una blusa de flores y unos jeans, o desnuda, cómo podía saberlo, mi silla alejada de su voz lo suficiente como para que no pudiera tocarla, apenas oler su perfume —fuerte, arrogante— y disfrutar sus tonos. Marielena Mondragón, la clave, el nudo de toda esta historia.

—¿Por qué me has traído aquí? —Mi pregunta, la más obvia y la más inoportuna, yo mismo debería habérmela contestado, yo solo había planeado mi captura y la había impulsado para conseguir este encuentro, por más que yo no hubiese imaginado las particulares circunstancias que iban a reunirnos. Ahora tendría que escucharla, cargar con la responsabilidad de su historia, perder la inocencia (mi seguridad, mi vida), cargar sus culpas, las de Nacho y las del ministro, estúpida, inútilmente, por un mero capricho, un mero prurito de reportero, de fisgón; a partir de ese momento ya nada podría liberarme, ya nunca sería capaz de lavarme las manos, ensuciadas en los meandros de estas vidas y muertes que también me pertenecían, que me había apropiado por la fuerza y que estaban a punto de confundirse con mi propia y desgastada existencia.

Yo me fijaba en su respiración mientras trataba de controlar la mía, disponiéndome a pasar la noche (o la mañana o la tarde o lo que fuese) oyéndola, descubriendo los nudos, las aristas y los ángulos que había perseguido y que de repente estaban a unos pasos con su forma invisible. Qué situación tan ridícula (y, sin embargo, me temblaban las piernas): los dos ahí, sin vernos, a punto de

resolver un misterio que el gobierno no había logrado deslindar, que había sido noticia nacional, que yo mismo —al lado de Juan Gaytán, el fotógrafo— había visto nacer hacía unas pocas semanas. «¿Tienes alguna mejor pregunta que hacer o quieres que comience por el principio?», me dijo Marielena con un sarcasmo amargo, como si tuviese la obligación de mofarse de mí, como si no le quedara otro remedio.

—Como quieras —dije tratando de que no se me cortara la voz.

Marielena Mondragón, una incógnita. Hubiese preferido conocer su pasado, saber quién, de dónde había venido, quiénes habían sido sus padres y cuál había sido, también, el desarrollo que la había llevado a ser lo que era, pero no, ella evadió cualquier referencia a sí misma anterior a esta historia, prefería mantener el anonimato, conservar su intimidad frente al desvelamiento que estaba a punto de ocurrir. Me limité a adivinar su edad (más por el recuerdo de cuando la vi que por las referencias que hacía ahora): unos veinticuatro o veinticinco años. ¿Con qué comenzaría, con Nacho o con el ministro, a quién le daría más relevancia, o, aún más significativo, a quién habría conocido primero?

Prefirió comenzar con otras cosas, con asuntos que —al menos al principio— nada tenían que ver con ellos. «A veces la muerte immortaliza», dijo, o quizá yo le atribuyo ahora, desde el presente, esa frase que era la misma que yo pensé al ver a los muertos; no filosofaba, ni su discurso era lo suficientemente claro para imaginar a una académica o una escritora, nada más alejado de ello: simplemente cavilaba en voz alta, como si yo no estuviese ahí (en cierto sentido no lo estaba), como si la explicación que estaba a punto de dar fuera más para sí misma, como si se la debiese a su propia conciencia y no a mí. No trataba de justificarse —firme y serena—, sino más bien de entenderse o de ordenar las ideas que se agolpaban en su mente sin cohesión ni estructura. «No obstante —continuó—, luego descubres y te desengañas y te das cuenta de que al final la muerte siempre lleva a otras muertes, que resulta imposible detenerlas una vez que han comenzado su pausada labor, que una vez que te has inmiscuido en ellas ya no puedes alejarlas de tu cuerpo, y entonces las buscas y te las procuras, y no puedes escaparte.» De vez en cuando era frágil, aunque de inmediato recuperaba la compostura, como siguiendo un guión aprendido, un parlamento o una confesión (pero entonces ¿por qué me la hacía a mí?) que solo por momentos la traicionaba. «Yo creía que la muerte immortaliza, ¿comprendes? —volvió a decirme, era su excusa, su declaración de principios—; todo empezó como un juego, como una apuesta, a ver hasta dónde te atreves, cuáles son los últimos límites que puedes romper, ¿te das cuenta?, como decir yo salto más o yo corro más rápido, o mejor aún, como los trapevistas o los corredores de coches, cada vez mayor peligro, cada vez más riesgos, la satisfacción se incrementa, la adrenalina y la droga te hacen que te lo creas, y ya es más el placer de saber que vas a intentarlo que el hecho de hacerlo, porque cuando lo llevas a cabo y lo logras no tienes más remedio que atarte a tu meta, permanecer en ella (se vuelve parte de ti) y ya no tienes salida, me entiendes, ¿verdad?»

—La muerte que fascina y horroriza.

—La muerte que mata y salva y mata: la muerte que ahora soy yo —dijo, casi riendo, como si no diera crédito a sus propias palabras, como si fuese, de nuevo, no más que un juego—. Yo fui la responsable, ¿te das cuenta? Yo fui. —Y ocultó el llanto, una pena que yo entonces no sabía bien a

qué se debía (¿responsable de las muertes, de los encuentros, de todo?), un dolor agudo que se percibía en medio de la penumbra y que resultaba imposible de consolar—. Pero alguien tiene que saberlo —me dijo, seria—. Y ese vas a ser tú, no sé bien por qué motivo, acaso tú lo sepas mejor, pero ya no tienes alternativa.

—¿Tú los mataste?

Se quedó callada, el silencio duró varios minutos, interminable, agobiante —¿todavía estaría ahí?—, hasta que la escuché de nuevo, calmada, impávida, mi pregunta olvidada o desechada o pospuesta.

Marielena tenía diecisiete años cuando conoció al Viejo (obviamente no quiso darme su nombre ni más señas), un hombre que entonces tendría cerca de cincuenta años (viejo para ella, supuse); cómo lo conoció es algo de lo que no pude enterarme, pero el hecho es que él era un hombre, como lo dijo ella, *pudiente*, que la impresionó pronto con todo tipo de atenciones y regalos (quién sabe qué poder de atracción ejercen los viejos sobre las jovencitas, las hacen pensar que son más maduras o mejores amantes, cuando resulta que son ellos quienes aprenden más de este tipo de relaciones), con su personalidad recia y con un juego —de nuevo la palabra— de poder sexual del que ella ya no pudo escapar. Al galanteo romántico le siguió un amor desenfrenado (que le ocasionó problemas en su casa y en la escuela, hasta que se decidió a abandonar ambas ataduras) que no tardó en volverse peligroso: por un lado la violencia física —como a todas, nunca pensó que pudiese llegar a gustarle— y por el otro los celos desenfrenados del Viejo, que en todo momento sospechaba de la joven. Su unión se volvió lo suficientemente tirante y desgarradora para llenar por completo la vida de Marielena (no podía pensar en otra cosa y no conseguía zafarse, aunque lo deseara) hasta que, como una salvación, como un alivio, aparecieron los muertos (así lo dijo, sin ninguna inflexión particular en su voz, sin ningún recato, sin ninguna delicadeza). Un día el Viejo le dijo que cambiarían de rutina, que necesitaban algo que los oxigenara y revitalizara (valga la paradoja), algo que volviera a unirlos como al principio, y gracias a Dios él lo había encontrado. A veces la muerte inmortaliza, le dijo, y es lo que va a hacer con nosotros. Hasta ese momento el Viejo nunca se había atrevido a llevarla con él, a mostrarle dónde exacerbaba su odio, su amor y su miedo, pero aquel día se decidió a compartir el secreto (y el de varios amigos suyos) con ella. Es algo que nunca has imaginado, algo indescriptible, algo —la muerte— que nos unirá para siempre, le dijo; ella lo siguió.

El Viejo la condujo a la parte posterior de la enorme casa, a un recinto que ya había descubierto pero adonde él nunca la había dejado entrar: parecía una bodega o un almacén, oculto por los últimos fresnos del jardín, con una gran puerta de roble cerrada por varios candados; era de noche y el Viejo respiraba agitado, sin soltar la mano de Marielena, mientras buscaba, probaba e introducía las llaves en las distintas cerraduras. Ella estaba aterrada, no por la oscuridad o el viento, sino por la emoción febril que notaba en él; al fin pasaron al interior. Como de costumbre él no encendió ninguna luz y, en tanto su voz se iba alejando en medio de aquel espacio negro, se limitó a decirle a la muchacha que se sentara en la alfombra y lo esperara.

—Quítate la ropa —le dijo al regresar.

Ella comenzó a hacerlo, como siempre, como tantas veces en las que debía seguir ciegamente las órdenes de aquel hombre, cumplir todos sus gustos y caprichos y luego consolarlo ante sus reales o

ficticias desventuras.

—Ahora ven acá.

—No te veo.

—Que vengas.

La ruda mano del Viejo tomó las de Marielena: esa fue la primera sensación, sentirse dirigida, controlada, atada; la segunda fue peor: él la condujo a través de una piel —una piel humana— que sintió fría y tersa, una pierna quizá, luego un muslo y por fin el vientre, el vello púbico de una mujer inmóvil, inmutable, arcana. Siéntela, solo siéntela, le decía el Viejo guiándola por la fuerza a través de aquello que sacaba lágrimas y gritos a Marielena; luego la llevó hacia arriba, por su estómago y hasta sus senos dormidos y sus pezones inmutables; qué es esto, no, no quiero, pero el hombre se mantuvo imperturbable, la empujó encima de aquel cuerpo y le dijo bésalo, déjate llevar por la dulzura de esta piel, y la obligó a poner los labios encima de los labios de *eso* que no era una mujer o que lo había sido pero ya no lo era, *eso* que debió haber tenido un nombre y una historia pero que no los tenía más, *eso* que no se atrevía a reconocer, que no quería hacerlo, no, por amor de Dios, no, mientras el Viejo la penetraba ahí mismo, aunque Marielena no pudiese sentir nada; ella solo sabía que estaba sobre aquel cuerpo, que lo tenía entre sus manos y que no se movía ni se movería nunca, y no tuvo más remedio que comenzar a tocarlo, atreverse a buscar la respuesta a una pregunta que ella no había formulado ni hubiese querido hacerlo, hasta perder toda conciencia y todo sentido, hasta que no supo más de sí y empezó a hacer lo que el Viejo le decía, besar y acariciar a esa amante sorda y muda y ciega como si no fuese lo que era —otras mujeres habían pasado por sus manos, pero no así, no así— hasta que, no, por Dios, no, tuvo el orgasmo más fuerte que hubiese sentido, se quemaba, se hundía, se perdía, y aquella piel era —y lo sería a partir de entonces— su único refugio.

Un día de fiebre altísima fue la conclusión de aquel episodio; Marielena permaneció en cama, delirando durante incontables horas en las que su mente le hacía la trampa de iluminar la escena por la que acababa de pasar, mostrándole las formas y los colores y los tonos que no había visto antes, devolviéndole el horror en su conjunto —el goce y la saciedad—, indicándole con precisión lo que había hecho. Pero lo peor —lo supo con igual claridad desde ese instante— es que lo había probado y ya no podría liberarse jamás; jamás nadie podría salvarla.

Sin embargo, ese no fue el único cambio que se produjo en su vida a partir de entonces; su relación con el Viejo sufrió un cambio diametral: desde aquel día no volvió a tocarla, se conformaba con verla encima de los cuerpos que él ponía a su disposición y entonces se masturbaba solitario o terminaba compartiendo aquellas pieles tensadas y apenas tibias, pero no más el calor real —la vida— de Marielena. Empezó a comportarse como una especie de padre complaciente, obsesionado con cumplir hasta los últimos caprichos de sus criaturas. Pronto Marielena advirtió la doble conveniencia de su nueva condición, descubrió los placeres escondidos en la carne de esos hombres y mujeres que ya no lo eran, y que ella cada vez necesitaba más (era, inevitablemente, un campo de trabajo frágil y escurridizo, y acaso por ello más atractivo: necesitaba renovarse constantemente para encontrar el punto exacto en que se trataba aún de un material deseable); solo alguien con los recursos, la posición y la adoración que el Viejo le profesaba podía proporcionárselos.

Durante el día consiguió un trabajo como dependienta en una florería (las flores que se regalan

entre sí los enamorados, una muestra más de aquello que está entre lo vivo y lo muerto, las flores que apenas duran al ser cortadas antes de marchitarse, las flores que pueblan los cementerios), desde donde llamaba puntualmente al Viejo para platicarle sus fantasías anticipadas, esperando que él las tuviese dispuestas para el momento en que ella llegase a su casa. De la complicidad mutua al ingreso «formal» de Marielena a la *cofradía* no hubo mucha distancia: amigos comunes no tardaron en incorporarse a los juegos teatrales que habían inventado: la glorificación de los maniquís humanos que les servían de comparsa en sus representaciones. El primero y más asiduo participante fue José María Reyes, el payaso, vecino de Marielena.

Un número que oscilaba entre cinco y veinte personas constituyó el núcleo estable de la *cofradía*; las condiciones para ingresar eran, además de someterse a entrevistas psicoanalíticas, discreción absoluta, la prohibición de entablar lazos íntimos con otro miembro fuera de las sesiones y de hablar siquiera de sus actividades externas; excepto el Viejo nadie más debía saber las verdaderas identidades de los miembros, ni las causas que los llevaban ahí, ni sus antecedentes laborales o familiares. Una sola pasión los unía: la vecindad o la cercanía o la adoración de la muerte que dejaba de serlo: no había razón para hacer peligrar aquel vínculo único que nadie más podría comprender. Sus actividades, no obstante, se diversificaron, al igual que sus centros de reunión: ya no solo se trataba de la aventura de compartir sus cuerpos con aquellos cuerpos desconocidos; el peligro y la emoción se incrementaron en cuanto decidieron que ellos mismos debían escogerlos y conseguirlos —afinidades electivas aun en circunstancias semejantes—, descubrir los diversos atractivos de los cuerpos como si se tratase de un proceso de seducción, de un flirteo y de una conquista, de un rapto —o de la selección de verduras congeladas en un supermercado—; ya no solo frecuentaban la casa del Viejo (y la morgue particular que había instalado en su casita al final del jardín), el cual cada vez participaba menos activamente en los escarceos desenfrenados de los demás, sino ahora también multitud de *efimeros*, lotes baldíos y hoteles —se trataba de incrementar los riesgos— e incluso hospitales, funerarias y el forense: nada habría de detenerlos en sus excursiones, en su bizarra tarea de alquimistas, en la transmutación que llevaban a cabo: la búsqueda de su alimento.

El primer encuentro entre Ignacio Santillán y Marielena Mondragón no pudo haber sido más distante de lo que el futuro habría de depararles; a veces estos encuentros iniciales parecen una burla o un sarcasmo de lo que pasará más tarde y aún no se conoce ni puede conocerse, un esperpento que nos toca y nos marca sin que nos demos cuenta —desprovistos de la adivinación—, aunque sin embargo en ese disparate esté contenido el germen inevitable de lo que sucederá después. Nacho había conocido a José María Reyes hacía unos meses, gracias a que este había contratado los servicios de Cinemex para montar un espectáculo multimedia que habría de incluir, además de su propia actuación, un par de películas sobre payasos y circos; de inmediato le enviaron a Nacho, quien le recomendó a Fellini, Leoncavallo y Black. Pronto la conversación entre los dos se desvió a los terrenos de la parodia, la imitación, la *Commedia dell'Arte* y, por fin, al inevitable pánico que, de chico, le causaban a Nacho los rostros coloreados. «La pintura cancela el lado humano de las caras

—le dijo a José María en uno de sus acostumbrados devaneos—, los payasos son una suerte de monstruos que al mismo tiempo se parecen a nosotros y al mismo tiempo nos niegan: se burlan de nuestros temores más antiguos. No sé a quién se le ocurrió que era apropiado para los niños.» José María, divertido, no dudó en invitarlo a la siguiente de sus presentaciones; Nacho aceptó (ciego, como todos, ante el futuro) sin imaginar que esa banal decisión —¿ir o no ir a una fiesta infantil?— cimentaba su desgracia, su mala suerte o infortunio, la postrera muerte que lo volvería inmortal.

Se trataba del cumpleaños de un sobrino de José María —entre sus escasos clientes muchos eran familiares comprometidos a la fuerza—, llevada a cabo en una casa particular y no en un salón de fiestas. Nacho llegó un poco tarde, cuando el espectáculo, montado en una amplia biblioteca forrada en madera, ya había comenzado. Improvisadas luces iluminaban los esperpénticos gestos de José María (sin que los niños se rieran una sola vez) mientras Nacho buscaba un lugar donde sentarse. Ese fue el momento liminar, el primer encuentro: oculta en la oscuridad artificial provocada por gruesas cortinas de terciopelo sobre las ventanas —eran las cuatro de la tarde—, en medio del griterío, las burlas y la indiferencia de los niños asistentes, Marielena contemplaba el espectáculo. De pronto Nacho la miró de reojo, por descuido; se fijó tanto en sus rasgos recortados por un delgado haz de luz que quedaron grabados para siempre en sus pupilas ávidas. Desde ese instante los chistes del payaso desaparecieron de su mente, como si el reflector hubiera modificado su dirección, centrada ahora en su incógnita vecina de asiento que, sin darse cuenta de las miradas impertinentes, o disimulándolas, soltaba sus carcajadas y aplausos para festejar a su amigo. De repente —en medio del alivio de los niños— las cortinas fueron descorridas y el día iluminó por un segundo el cuerpo de Marielena, que, entrecerrando los ojos, deslumbrada, no tardó en retirarse hacia los pasillos interiores. Su imagen se clavó en la memoria de Nacho como un cuchillo: sus pantalones entallados, sus cejas robustas, su nariz implacable, su barbilla dura, su cabello lustroso, su perfume.

Pero ¿era consecuente con la personalidad de Nacho quedar prendado así de una desconocida? ¿Qué había visto en ella que no encontraba en los rostros de las demás mujeres que había tratado en su vida, qué detalle, qué sutileza, qué arrebató lo subyugaron de pronto? Parecía como si inconscientemente sus ojos se hubiesen iluminado con la fatalidad de aquel cuerpo, como si el encanto de la muerte lo sedujera con una fibra oculta, una corazónada, un desaliento; Marielena ni siquiera le hizo caso, pero desde ese momento también se selló su destino mientras se escabullía entre los juguetes desordenados de los niños, las «Mañanitas» entonadas por José María (mas no por los impúberes, que jugaban en el jardín) y el aroma del pastel recién horneado.

Nacho la siguió por todos los rincones de aquella casona que no conocía, la mirada fija en sus formas, como si quisiera aprehenderla en la lejanía: no olvidarla; no volvió a topársela en toda la tarde y, cuando al fin tuvo el valor de pedirle a José María que se la presentara, ella ya se había marchado (poco después del anochecer). Es ilógico lo que Marielena cuenta ahora, pero según ella la vida de Ignacio se centró desde esa tarde en su figura, que había visto solo unos segundos (del mismo modo que yo la vi en el *efímero* mucho después: el mismo encuentro casual, la misma mala suerte o infortunio que ahora me mantenía allí, atado, escuchándola). Ignacio se dedicó a perseguirla, a tratar de encontrarse con ella después de que logró que el payaso le diera el nombre de la florería en la que trabajaba. Nacho se quedaba horas afuera, escondido entre los edificios o los árboles, solo

para verla llegar e irse y no atreverse a más. Por fin, una noche se decidió a entrar. Marielena lo recibió impávida, sin reconocerlo (o disimulando), fría y autoritaria («estamos a punto de cerrar, señor, ¿podría apurarse?»); Nacho vagó unos minutos por la tienda, examinando las flores innecesariamente, nervioso (disimulando también), hasta que se decidió por una rosa, la tomó entre sus manos —la más grande, la más oscura, casi negra— y se la pagó a la desganada Marielena, quien recibió el dinero con fastidio, lista para marcharse. Entonces él no dudó más: le entregó la flor a la mujer y le dijo es para ti. Marielena la tomó, sorprendida —no halagada ni contenta, solo extrañada—, y solo pudo soltar un ¿y yo para qué demonios la quiero? Dejó pasar unos segundos, cogió la mano de Nacho y se lo llevó, sin más preámbulos, a la parte posterior de la tienda; él se dejó conducir en silencio. Una vez ahí, ella se bajó la falda y los calzones y deslizó la flor hacia adentro de su cuerpo.

—Bueno —le dijo mientras volvía a acomodarse la ropa—, te la devuelvo, y ahora vámonos de aquí.

Ese fue el inicio, quién lo creería, el principio de la hecatombe, la causa de la causa que es causa de lo causado: la semilla de su perdición futura.

Repito: es espantoso mirar retrospectivamente nuestros actos y darnos cuenta de que de los más insospechados, de los más nimios, de las decisiones que menos nos importaron en algún momento —una debilidad, una corazonada, un impulso— depende la mayor parte de nuestra condición futura, los lugares en los que nos hallamos o las personas a las que amamos o que nos han destruido, y en casos extremos la propia muerte. Nacho empezó a convertir a Marielena en un tema fundamental, como he dicho, en el punto medular de su vida. ¿Por qué? ¿Qué descubrió? Resulta difícil responder; no se trataba de un atractivo solo físico, ni siquiera de una fascinación por su personalidad: más bien —aventuro una hipótesis— pareciera como si Nacho hubiese encontrado en ella un ancla, un salvavidas, una soga de la cual asirse en un momento de su vida en el que habían terminado todas sus expectativas; enfebrecido por la noche y la muerte, todavía sin conocerla, él convirtió a Marielena en la encarnación de sus instintos: *ella* era la noche y *ella* era también la muerte (habría de comprobarlo en más de un sentido), a pesar de que al principio solo intuyese vagamente estas expectativas, de que solo las *deseara*.

Para Marielena, en cambio, la aparición de ese nuevo espectro en su vida fue completamente diferente: al lado del Viejo era una víctima, y su posterior inclusión en la *cofradía* obedecía más bien a la resignación, placentera y dolorosa, que a una decisión propia. Ignacio se apareció, también, como un salvavidas, aunque en sentido contrario: ante los demás, Marielena estaba sometida a los caprichos de su protector o a sus instintos de muerte, mientras que, por primera vez en mucho tiempo, descubrió en Nacho a alguien que estaba perfectamente dispuesto a ser sometido por ella, alguien con quien podría invertir los papeles (aunque no lo pensara así, aunque no lo hiciera consciente), alguien sobre quien podría ejercer el dominio que era ejercido sobre ella. Ni siquiera se trataba de que ella voluntariamente quisiese utilizarlo (de nuevo solo un efecto de la mala suerte o el infortunio), sino de un simple reacomodo de los papeles que les había tocado representar; Nacho le gustaba, incluso puede decirse que a ella sí le fascinaba su extraño carácter y sus excentricidades —en cierto sentido lo admiraba—, pero por eso mismo no podía evitar la ira con la que comenzó a relacionarse con él.

Se trataba de probarlo —más bien de probarse—, y lo haría llevándolo y llevándose hasta las últimas consecuencias, derruyéndolo lentamente hasta que a él le resultara imposible dejarla, y entonces hacerlo parte inevitable de la *cofradía*.

Me pregunto hasta dónde era consciente Nacho de lo que sucedía, hasta dónde no sería posible que él mismo buscase y propiciase su relación con Marielena, dispuesto a inmolarse por ella —un acto de desprendimiento aparente que en realidad demostraba un egoísmo supremo—, sin importarle realmente que fuese ella y no cualquier otra mujer. Lo cierto es que él decidió someterse a su voluntad sin reticencias, aceptando sus caprichos y su furia, hasta el día en que ella lo llevó a participar en una de las reuniones de la *cofradía*. «Tienes que hacer lo que yo te diga», le dijo ella antes, como si se tratara de otro juego adolescente; Ignacio aceptó. Suena imposible saber cuál fue el efecto que se produjo en su espíritu al compartir la muerte, esa muerte que no lo era o que precisamente por eso lo era aún más, con Marielena; los primeros días su actitud no cambió, había probado al fin esa unión que deseaba desde hacía tanto, pero ello no hizo sino despertar sus sentimientos de culpa, su necesidad de poseerla.

Entonces una idea comenzó a incubarse en su cerebro como un virus, una infección que no tardó en extenderse a lo largo de todo su cuerpo: la salvación. Él debía encargarse de ella. ¿Salvarla? Esa era la palabra que Marielena repitió cien veces frente a mí, como si se tratase de una broma, la peor de cuantas pudieron ocurrírsele a Nacho. ¿Salvarme de qué?, repetía ella, dolorida, pero no dejaba de ser la expresión precisa, la que más se ajustaba al temperamento de Ignacio Santillán. Había descubierto, finalmente, su misión, su tarea, su destino: salvar a aquella mujer que lo adentraba en los abismos de la oscuridad y del deseo y del desfallecimiento; rescatarla, redimirla, pero no de lo que pudiese imaginarse —de los cadáveres y de los cretinos que la rodeaban en la *cofradía*—, sino de ella misma, de su ansia: de la muerte real que anhelaba en la supuesta vida que le daban las muertes ajenas. ¿Ignacio redentor? Sí: el mismo que había escapado y vuelto a padecer los poderes de la noche, el mismo que había resucitado en el desierto, el mismo que ahora estaba dispuesto a sacrificarse, sin sentido, por aquella mujer.

«Solo se puede salvar a alguien condenándose uno mismo», me dijo Marielena que él le escribió alguna vez en una servilleta, «pero el intento vale la pena»: imbécil, pobre imbécil, quería decir su tono, su rostro que en esos momentos yo no veía. Lo más doloroso —pensé entonces— era que el sacrificio de Nacho, si en verdad lo fue, había resultado inútil: la mujer a la que había intentado salvar estaba frente a mí y por ninguna parte parecía advertirse algo que pudiese considerarse una muestra de salvación, ni siquiera de arrepentimiento o furia, apenas un vago malestar frente a la indiferencia que se reflejaba en la trémula voz de esa mujer. Pero quizá él también lo supiera o lo adivinara, fuese consciente de esta llaga: «Todo sacrificio, para serlo, debe ser incomprendido», le escribió también meses atrás.

Alberto Navarro, en cambio, entró en contacto con la *cofradía* de un modo, ¿cómo decirlo?, menos violento (pocos días antes de que Ignacio conociese a Marielena), como si aterrizara suavemente en una planicie conocida —aunque nunca antes la hubiese visto—, como si se integrase a un reino al que

pertenecía esencialmente, sin saberlo. El Viejo, que lo conocía por numerosas actividades públicas que habían llevado a cabo juntos, lo llevó a una de las sesiones nocturnas en el cobertizo trasero de su casa, obviamente sin revelar su identidad a los demás miembros; él se limitaría a mirar lo que los otros hicieran con los cuerpos, manteniéndose a una prudente distancia de lo que fuese a suceder. El Viejo lo instaló en un cómodo sillón en la oscuridad, desde donde podría apreciar a la perfección el espectáculo —¿la ceremonia?, ¿el sacrificio?— que estaba a punto de mostrarse.

Un cuerpo perfecto de hombre, un joven de unos treinta años fallecido a causa de un paro cardíaco hacía apenas unas horas, sería el protagonista principal de la velada; no siempre se hallaban especímenes tan perfectos ni se conseguían con tanta premura; se trataba de una ocasión especial y el Viejo no dudó en ofrecérselo a su huésped, del mismo modo que pudiera estar abriendo uno de sus mejores vinos. Marielena apareció desnuda, su cuerpo igualmente perfecto bajo la luz tenue de la sala, a la vista del incógnito ministro; sin embargo, el Viejo no resistió la tentación de presentarla a su convidado. Le pidió que se acercase al lugar donde él estaba y, orgulloso, la mostró al ministro. Marielena miró atentamente a Alberto, molesta, perturbada por aquel desplante de su protector, pero también decidió —una chispa, un relámpago— que aquel individuo circunspecto que estaba a punto de observarla como a una pieza de museo, como a la atracción de un circo, no sería solo uno más de entre los recurrentes invitados a la *cofradía*. Si eso era lo que el Viejo deseaba, ella actuaría solo para el invitado: lo seduciría a través del cuerpo exangüe que reposaba sobre una plancha en medio del salón.

Marielena amó aquel despojo con un entusiasmo que no había demostrado hacía mucho, concentrándose en cada miembro, en cada centímetro de piel, en el rostro incorrupto y ciego y en el cabello suave y terso del joven, fascinada con la imagen que produciría en el ministro, el deseo, el horror y la angustia que atravesarían su pecho en esos instantes, la sombra imborrable que se encargaría de imprimirle. Alberto la observaba consternado, pero no con aquella fascinación que Marielena suponía dirigida a su cuerpo, hacia sus movimientos, hacia el placer que extraía de la muerte, sino hacia el otro lado, hacia la inmovilidad y el pasmo del muchacho, hacia la todavía recia consistencia de sus músculos, la impavidez con que se dejaba tocar y besar y lamer por ella. Acaso el propio Alberto no fuese consciente de lo que le ocurría entonces —la rapidez, la oscuridad, la sorpresa—, pero una sensación extraña se apoderaba de su cuerpo excitado, algo como la sed o el hambre, un arrojo que no había sentido antes, solo desdibujado por la extrañeza y la vergüenza.

Después del espectáculo, el Viejo los condujo a otra de las habitaciones de su casa y Marielena trató de repetir con aquel cuerpo palpitante y vivo —pero igualmente ausente— lo que acababa de realizar con el otro. Alberto Navarro simplemente se dejó llevar.

El ministro, no asustado pero tampoco especialmente atento ni ávido, decidió no volver a participar en las reuniones de la *cofradía*, en las «extravagancias» del Viejo: se limitó a agradecerle su rara hospitalidad (de nuevo, como el neófito agradece un vino rarísimo cuyo sabor apenas ha distinguido) e intentó poner término a cualquier secuela de aquella velada, hecha la excepción, por supuesto, de Marielena. Si bien no lo había cautivado, como ella hubiese podido suponer o querer, Alberto tampoco tuvo el talante para negarse a encuentros posteriores; de algún modo le recordaba el palpito que, por motivos que ella nunca comprendería, había sentido al verla o, más bien, al ver el

poder que ella ejercía sobre su acompañante por la fuerza, pero que había decidido prohibirse terminantemente. A veces la evitaba, pero su debilidad era más grande de lo que hubiese pensado, la llamaba —a pesar de todo ella era la única capaz de saciar sus ansias de dominio, de noche—, e inventaban juegos y trampas juntos, expandían los abismos de su imaginación confortados con la complicidad que parecía unirlos. La distancia infranqueable que Alberto ponía entre ellos era como un vacío, como un precipicio ante el cual los dos se sentían fascinados, experimentando un vértigo —una ilusión al fin— que, si no los acercaba, al menos no les permitía separarse. Marielena buscaba al ministro con desesperación, con amargura, obsesionada con su cuerpo y con su frialdad, con su silencio y su poder —casi un muerto, casi un cadáver—, y él simplemente no tenía decisión para alejarse de ese ángel negro que tendía sobre su piel el blanco sudario de la noche. Pero su gran error, su desvarío, lo cometió cuando, irresponsable, soberbiamente, introdujo a Marielena en las reuniones de Palacio (vaya revelación, cuántos hilos por amarrar), donde ella se encargaría de seducir, entre otros —por despecho, por coraje—, al doctor Luciano Bonilla, el ministro de Hacienda, y al doctor Gustavo Iturbe, nuestro amigo, nuestro viejo conocido, el ministro del Interior.

El lunes 17, *Tribuna del escándalo* publicó una nota que, de no haber sido lo que era, y de no tratar de quien trataba, me hubiese encantado redactar a mí:

Oropeza, secuestrado por la guerrilla.

Decía el enorme titular que cubría toda la primera plana (nunca pensé que mi nombre fuese a aparecer en capitulares tan grandes en un periódico, ni siquiera en el mío, pero el dudoso honor que ahora me concedían no era precisamente lo que hubiese deseado); y luego, en páginas interiores:

Agustín Oropeza, uno de los más destacados colaboradores de esta empresa editorial [por lo visto es necesario convertirse en noticia para que valoren nuestros méritos], y uno de los más brillantes informadores con que cuenta nuestro país [la apología ya era francamente irrisoria], habría sido secuestrado por un comando del FPLN, según ha sido dado a conocer hoy por la policía capitalina. El reportero había estado publicando numerosos textos sobre actividades subversivas y, de acuerdo a declaraciones posteriores del Fiscal General, el doctor Corral Morales [tenía que ser él, ¿quién más podría hacer una revelación semejante?], este pudo ser el motivo de la acción terrorista. Agustín Oropeza no se presentó a trabajar desde el viernes de la semana pasada ni entregó su colaboración semanal para el periódico, lo que causó inquietud entre sus compañeros [¿cuándo les ha importado si escribo o no a esos cretinos?], quienes trataron de comunicarse con él sin éxito; el miércoles pudieron localizar, al fin, a uno de sus familiares, el doctor Filomeno Rivera (*¿doctor?*), quien dijo haber platicado con el presunto secuestrado días antes, notándolo especialmente nervioso con motivo de las acciones del FPLN [ahora se convierte en mi confesor, en mi vocero]. A pesar

de que el médico trató de tranquilizarlo, Oropeza —en palabras de su primo— estaba obsesionado con revelar al público las conductas clandestinas del movimiento guerrillero, tal como había comenzado a hacer semanas atrás con un polémico artículo sobre terrorismo psicológico. El viernes finalmente el doctor Rivera decidió acudir a las autoridades, las cuales revisaron la casa del colaborador de *Tribuna del escándalo*, donde encontraron, en la mesa de la cocina, al lado de un pastelillo de chocolate enmohecido y a medio comer, una hoja mecanografiada con las iniciales del FPLN y un texto firmado, según una fuente de la Fiscalía, por el teniente *Gabriel*. En la lacónica nota —que no ha sido mostrada a la prensa—, el líder guerrillero termina diciendo que él y su grupo no están dispuestos a seguir permitiendo que «subperiodistas de la derecha más trasnochada continúen invalidando las acciones del movimiento» y que «el secuestrado permanecerá con nosotros hasta que sea necesario, cuando estemos convencidos de su reeducación moral y su arrepentimiento legítimo para antes del fin de los tiempos».

(No cabe duda de que los redactores, sean quienes fueren, son más imbéciles de lo que yo jamás pude sospechar: un comunicado de *Gabriel* en la mesa de mi cocina: se necesita ser retrasado mental o trabajar en el gobierno para creer algo así).

Dos días más tarde, en un comunicado aparecido en *El Imparcial* y reproducido en *Tribuna*, el FPLN volvía a hacerse presente para hablar del asunto:

A los espectadores del último día.

Al periódico nacional *El Imparcial*, al noticiero televisivo *Conexiones*, al programa de radio regional *El cordonazo* de Ensenada, B.C., al suplemento para niños de *La Nación*.

A los oídos de nuestros muertos, a las sombras de sus tumbas, etc., etc.

Por mi fax habla el fax del movimiento guerrillero urbano, el fax de la experiencia, el fax del cambio, el fax del fin de los tiempos:

La seudoprensa de este seudopaís seudodemocrático ha caído en su más bajo nivel desde la desaparición de Televisa gracias a un grupúsculo de sujetos de la peor calaña cuyo prototipo es el guarura voluntario que responde al nombre de Agustín Oropeza. Y lo peor es que ni siquiera trabaja para el gobierno, sino que sus mentiras las lleva a cabo por cuenta propia y solo para ganarse el ridículo sueldo que han de pagarle.

La Comandancia General del FPLN, por cuyo fax hablo yo, ha decidido que tales ataques en contra de la Verdad pura y prístina deben ser castigados ejemplarmente, por lo cual el susodicho Agustín Oropeza se encuentra en nuestro poder, y seguirá estándolo hasta que la misma susodicha Comandancia lo decida.

Como rescate, el pago por este individuo que no vale ni el peso de sus huesos convertidos en cal, rogamos, pedimos y exigimos la inmediata reivindicación de nuestro movimiento por parte del seudogobierno, en un lapso no mayor de dos días. De lo contrario, para probar que no robamos cadáveres, devolveremos el de Agustín Oropeza a quien quiera reclamarlo (si hay alguien) a las

23.59 horas del domingo 23 del presente.

Vale.

Desde las cañerías del centro de la Ciudad.

El teniente insurrecto (y visionario) *Gabriel*.

Es curioso convertirse en lo que antes era nuestro objeto de estudio, como si de pronto los insectos o las bacterias nos inspeccionaran bajo la lente del microscopio o, igual que en el cuento de Cortázar, como si nos convirtiéramos en los ajolotes que antes observábamos con devoción. No podía creerlo (ni contener una risa que no solo era nerviosa): ahora yo me había transformado en uno más de los inútiles y mediocres escándalos de *Tribuna*, en la causa por la que se vendían millares de ejemplares, en una noticia que de seguro sería seguida con avidez durante unos días —si fueran semanas ya podría jactarme de algo en la vida— para de nuevo caer en el olvido, sin importar el desenlace de esta absurda historia. Pero lo más absurdo de todo era la exigencia de respetarme, de respetar mi vida, a cambio de un desagravio público: los falsificadores de firmas (en este caso de los faxes de *Gabriel*) únicamente buscaban incrementar la animadversión popular hacia la guerrilla.

¿A quién podría beneficiarle la exacerbación del odio popular contra el FPLN? No era muy difícil adivinarlo, solo hacía falta conectar los cabos sueltos, armar el rompecabezas, otro juego dentro de estos innumerables juegos; solo alguien podría ganar definitivamente con el movimiento de esta última pieza: el propio gobierno. Y, en medio de él, de los dos contendientes que quedaban por la sucesión tras la providencial muerte de Navarro, los ministros de Hacienda y del Interior, solo Gustavo Iturbe podría aumentar aún más su influencia sobre Del Villar, quien habría de convertirlo en su sucesor (técnicamente, en quien depositaría su confianza, esperando que su decisión fuese avalada democráticamente en las elecciones internas de los partidos que conformaban el gobierno). Ya no me resultaba complicado imaginar el resto, las conexiones, las sospechas, las trampas: no me cabía duda de que, detrás de todo esto, tenía que estar él.

Cada mañana Marielena me mantenía informado de lo que, en el mundo exterior, iba sucediendo con *mi* caso; la prensa empezó a dedicarle cada vez más espacios, como si la tensión por mi vida fuese en aumento, cuando en realidad yo sabía que solo se trataba de una estrategia más de mis captores. La Fiscalía General y el Ministerio del Interior emitían boletines constantes sobre los avances de la investigación, sobre las supuestas pistas que habrían de llevar a la detención de los secuestradores y a mi posible liberación. El jueves apareció en *El Universal* y, por lo que sé, también en una cadena televisiva, una entrevista con mi padre; manteniendo su serenidad de siempre, que los espectadores interpretarían como muestra de aplomo y voluntad, y que yo sabía puro afán protagónico, declaró que no iba a dejarse intimidar por los terroristas y que el gobierno de ninguna manera debería permitir el chantaje de que estaba siendo objeto, por lo que «rogaba» al doctor Iturbe y al presidente Del Villar no ceder a semejantes presiones. Después de verla no supe qué impresión me había dejado: al parecer mi padre no iba a cambiar nunca, ni siquiera cuando la vida de su hijo se encontraba en peligro (al menos eso debía suponer él, porque yo, quién sabe por qué razón, acaso por la cercanía y la voz inagotable de Marielena, no distinguía el peligro por ninguna parte).

Esos días fueron una especie de tiempo perdido, un espacio blanco que se me apareció como un *continuum* de pensamientos y emociones que no puedo mirar por partes; cualquier tentativa mía de escapar de aquel cuarto en el que me habían introducido —no una celda en el sentido clásico, y nada más alejado de *El expreso de medianoche*: se trataba más bien de una gran sala con mullidos sillones, alfombra, varias mesitas e, incluso, un baño y una pequeña cocineta con los alimentos que Marielena me preparaba cada mañana— era vana: no había ventanas, solo una puerta que permanecía siempre cerrada con candado, aparte de que no había una sola lámpara o rendija por donde entrara la luz; de vez en cuando ella o José María entraban con una linterna con la que me mostraban las arrugadas páginas del periódico o los platos donde reposaba mi comida.

De este modo, una noche interminable tendía su negro letargo sobre mí, apenas disturbado por la incansable voz de Marielena, quien, sin motivo aparente, como una especie de confesión o de desfogue, un ajuste de cuentas, anudaba su historia con la de Nacho y el ministro de Justicia, los muertos que, de modos diversos pero complementarios, ambos, ella y yo —bueno, y también Juan Gaytán—, habíamos convertido en inmortales.

Cómo se inician los triángulos, cuándo los involucrados verdaderamente conforman este núcleo irregular pero inevitable entre las personas, de qué modo se lleva a cabo esta asimilación pesadillesca que tanto se persigue, por la que tanto se lucha; acaso se da solo cuando los tres saben y aceptan su condición de participantes (en contra de aquellos que suponen que se lleva a cabo desde el momento en que un vértice une dos extremos distintos), pues solo el conocimiento y la aceptación del juego permite cerrar esta figura sentimental que de otro modo quedaría incompleta; esta no se forma cabalmente cuando todos los personajes no poseen las mismas condiciones, los mismos riesgos, los mismos placeres, las mismas desventuras. Los triángulos perfectos son aquellos en los cuales las relaciones se establecen equivalentemente, entre los tres protagonistas, aun los del mismo sexo, y no me refiero a que los tres mantengan relaciones íntimas, juntos o por separado, sino a que todos *reconozcan* su sitio, y lo acepten. Al menos este modo equilátero fue el que unió a Marielena con Nacho, a Marielena con el ministro y al ministro con Nacho: las tres figuras se daban cuenta de su papel, de sus limitaciones, de sus ventajas y, desde luego, de la existencia —y el papel, las limitaciones y las ventajas— de los otros. Así se estableció (alguien diría que así lo estableció Marielena, pero no es completamente cierto) desde el principio, así lo supieron y así lo aceptaron, sin saber que pronto las tensiones al interior del triángulo terminarían por romperlo y convertirlo en un punto fijo y solitario en el espacio (la pérdida de las dimensiones): Marielena ante la desaparición de los dos restantes. Pero que Marielena haya sido la única sobreviviente no la hace responsable absoluta de lo ocurrido, por más espantoso que sea, por más que queramos echarle la culpa (la culpa de permanecer mientras los otros se han ido); más bien habría que pensar, si es posible hablar de ello, de una culpa compartida o nulificada entre los tres, de un acto que los merece, engloba y condena por igual.

Las razones de cada uno, sin embargo, no podrían resultar más reveladoras: Nacho, cada vez con mayor insistencia, con su amor (el amor, en estos casos, siempre es el detonante de las desgracias) y

con su ciega voluntad de salvar a Marielena (de salvarla del influjo del ministro), dispuesto a sacrificarse con tal de poseerla, de poseer, al menos, su alma; Alberto, el ministro de Justicia, a su vez, como el displicente receptáculo del amor (de nuevo el amor: la derrota) de Marielena, consciente o inconscientemente dispuesto a desafiar su imagen pública, las fuerzas de la luz; y, por último, la propia Marielena, de algún modo eje y pretexto del destino, objeto de adoración de uno (a quien correspondía un poco a la fuerza, un poco por necesidad de vengarse, un poco quién sabe por qué), y a su vez víctima del otro (víctima solo en el sentido de quien está obsesionado con victimarse inútilmente). ¿Culpables, inocentes? ¿De qué? La pasión, la noche, y su compartida fascinación por la muerte, distinta en cada caso pero, a fin de cuentas, un punto de contacto íntimo, en diversos niveles, entre los tres, serían —a los ojos y la memoria de Marielena, la única sobreviviente, la guardiana del secreto— los únicos responsables de la tragedia. No ella ni sus manos, ni las manos de Nacho ni la ceguera del ministro, no los hombres: sus fantasmas.

Nacho no supo de la existencia de Alberto sino cuando ya era muy tarde, cuando su relación con Marielena era imposible de evadir, cuando su destino dependía, por cierto, de aquella mujer, de aquel espectro evanescente. Poco a poco ciertos detalles, ciertos indicios (las marcas que solo los enamorados obsesivos son capaces de adivinar) le dieron la clave de la existencia del *otro*, de *lo otro*, de un ser que rebasaba el simple desborde necrófilo de Marielena: cuando estaba con él, ella estaba ausente. No obstante, Marielena no quiso revelar sus sospechas, pero tampoco lo dejó de lado; simplemente se cuidó más, escondió mejor su contacto con Alberto, continuó su adoración íntima con más silencio y más reserva. Mientras tanto, introdujo a Nacho en rituales cada noche más violentos en el interior de la *cofradía*, fascinada ante su horror y su aceptación final, extasiada al comprobar el creciente poder que ejercía sobre él. A pesar de sus convicciones, Nacho estaba dispuesto a cualquier cosa por ella —no una simple estupidez, sino una estupidez llevada a sus últimas consecuencias: la voluntad de perderse—, a robar cuerpos y a entregarse a ellos y, en el caso extremo —a decir de ella, aunque no creo que pudiese comprobarlo—, a matar con el fin de proporcionarle la culminación de sus placeres.

La primera vez que Nacho asesinó a alguien fue más como un sueño, como una pesadilla intensa, que una decisión largamente planeada; él mismo no hubiese estado nunca de acuerdo con la palabra *homicidio*: no se trataba de despojar de la vida a un ser en pleno movimiento, con destino, sino de librar de un destino infausto a los desheredados de la vida, a aquellos que iban a fallecer pronto de cualquier modo, a los enfermos incurables. Una buena muerte que habría de servir para celebrar los deseos de vida de Marielena y sus *cofrades*, una parte del castigo anticipado que Nacho planeaba para sí mismo. Todo se limitaba a desconectar un tubo, a apagar un aparato, a inyectar una sustancia: una desaparición lenta e indolora, casi un premio, al menos algo que Nacho hubiese deseado para sí mismo en el momento de su propia muerte y no la atroz venganza que se cernió sobre él.

La contradicción era cierta pero insalvable: por qué un hombre pacífico, culto, inteligente aunque extraño —como el Nacho que me tocó conocer en la escuela—, luego se vuelve alguien capaz de asesinar sin remordimientos, de robar, de usufructuar cuerpos ya casi no humanos; de qué modo se traspasa el límite de la insania con el solo pretexto de una mujer, del amor, de la salvación; cómo reconocer en el de antes al de después, en el hijo de padres ciegos, en el lector de novelas, en el

escéptico revolucionario, en el cineasta frustrado, al homicida, al necrófilo, al demente. Sería no solo incorrecto sino imposible tratar de mirar su vida hacia atrás, como si estuviésemos en una competencia para reconocer en sus actos previos los de sus últimos días; como si hubiese un imperativo que hilara cada decisión, cada extravío, cada acto; como si la vida de las personas fuese única, un desarrollo, un camino descifrable; como si, insensatos, nos obstinásemos en creer que su destino no era más que un medio para llegar a una meta, y que solo esta (la extinción, el horror, el desvarío) fuese memorable.

—Me gustaría mirarte, aunque fuese solo un momento.

El tiempo real había desaparecido del interior de aquella habitación, solo la rutina de las comidas y de las conversaciones con ella me permitían adivinar más o menos las horas de afuera, tener una idea aproximada de la realidad. Marielena estaba, como de costumbre, frente a mí, aunque no pudiese verla o, más bien, como si ella y la oscuridad fuesen una misma cosa, y los conceptos de ver y no ver resultaran inútiles, improcedentes.

—¿Para qué?

—Casi no te recuerdo, cada día se me pierden más rasgos tuyos: quiero saber con quién hablo, quién me descubre con su voz lo que va pasando.

—Mientras menos me recuerdes resultará mejor para ti.

—¿Piensas que voy a denunciarte, a hacer un retrato hablado que circulará por los supermercados y los videoclubes diciendo *se busca*?

—Al menos no pierdes tu sentido del humor.

—¿Puedo preguntarte algo?

—Puedes.

—¿Cómo ha sido tu vida después de lo que pasó?

—¿A ti qué puede importarte eso? Yo solo te cuento lo que sé, hazte cuenta de que solo soy una voz, no alguien que pueda sentir nada ni tener vida.

—La parca, la pitonisa.

—Solo he tenido que volverme más prudente, no hablar con extraños, no salir durante el día.

—¿Y sigues...?

—¿Cogiendo con los muertos? Qué más da.

Traté de acercarme a ella, de tocarla, de comprobar su existencia, que no era cierto lo que me había dicho y que su cuerpo sería una muestra de su mentira, que había algo más que su indiferencia, su resignación o su desafío; caminé a tientas —me sabía la habitación de memoria—, sigiloso sobre la alfombra (estaba descalzo), buscando sentir su calor cercano, su aliento. Extendí mi brazo, mi mano, mis dedos hacia ella, en medio de la riada, del precipicio, y pude sentir su piel unos instantes, un segundo antes de que se alejara, de que se hiciera hacia atrás.

—¿Quién eres, Marielena?

La pregunta de siempre, la que nunca podría responderme, la que jamás sería contestada.

—¿Me vas a decir qué ocurrió esa noche en el hotel? —insistí.

—Termina tu comida. Ya no nos queda mucho tiempo.

Me sentía cada vez más iluminado en medio de mi noche eterna. Mi coraje había disminuido y de pronto todo comenzaba a aparecérseme con una claridad abrumadora, como si detrás de las tinieblas hubiese una forma diferente de distinguir los hechos, las siluetas y las claves del mundo. Marielena me lo enseñaba como una guía, como un factótum que me iba conduciendo desde los límites del infierno hasta los territorios de la luz. No podía verla, pero, quizá por ello mismo, aparecía en mi vida como la personificación de la verdad. Algunas de sus imágenes:

Alberto Navarro solo tiene en mente una idea, una decisión, un destino posible: convertirse en presidente, en el sucesor de Del Villar, en su candidato; después de lograrlo será diferente, no tendrá que supeditarse más a las exigencias de los otros, sean ministros o su esposa o Marielena o las convenciones sociales del día y de la noche. Entonces cambiará hasta la última pieza del sistema, romperá las dualidades funestas, la separación entre el sol y la tiniebla; su gobierno será prístino, nítido, transparente: luminoso. Mientras tanto probará los males, los abismos, las furias; se enfangará y continuará con sus rondas nocturnas, ordenando muertes y detenciones invisibles, pero una vez que sea elegido revertirá lo anterior, blanqueará los errores y las traiciones. Después de la Edad de las Tinieblas, un Siglo de las Luces, una nueva Ilustración, un nuevo Iluminismo: Rousseau y los enciclopedistas son sus pilares, sus modelos, sus metas; y su paso por el gabinete de Del Villar y las reuniones de Bonilla y la *cofradía* apenas un mal necesario, un trance, un espinoso camino de pruebas —un pretencioso descenso a los infiernos— del que ha de salir purificado, incólume. Mientras tanto, también, sigue al lado de Marielena: pero solo hasta que por fin pueda deshacerse de ella y de los de su calaña —de su pasado—, de aquellos que le recuerden sus desvíos pretéritos, su debilidad, su complacencia.

El suyo será un régimen cuyo emblema sea la luz y cuyo primer sacrificio, doloroso e inevitable, tendrá que ser esa mujer que representa a la noche.

Ignacio Santillán, el ecuánime, el que siempre meditaba antes de actuar, el comedido, el parco, persigue en sus correrías nocturnas a Marielena, se escuda detrás de los árboles y las esquinas de los edificios y los portales de las casas; sospecha, y sus sospechas han de convertirse en realidad: ella se ha vendido, ella lo traiciona —cuando sabe que en su mundo la traición es imposible—, ella está en peligro. Ideas que rondan su mente, inabarcables, desafiando la lógica precisa y abstracta que siempre lo caracterizó. Está seguro de que la encontrará con él, con su rival, con el ministro; necesita probárselo para actuar en consecuencia; no son celos ni nada que se le parezca, sino una ansiedad que le recorre el cuerpo, que lo hace desvanecerse, que lo tortura. Él lo sabe aun cuando a Marielena le parecería no solo absurdo, sino increíble: ella solo es un objeto más del poder de Navarro, alguien sobre quién ejercer su dominio, tal como lo hace con sus subordinados que lo adoran y lo temen o con su legítima esposa y con sus hijos.

Parapetado, oculto detrás de un camión de basura, observándola —y ella dándose cuenta—,

Nacho se convierte en el remedo de sí mismo, en su peor fantasía, en su más grande derrota. Pero no puede evitarlo: ella lo habita.

Navarro y su obsesión por hacerle el amor a Marielena bajo la regadera: como si necesitara limpiarse mientras lo hace, fingir que se lava, que es una especie de bautismo o renacimiento, una falta o un pecado a los que habrá de seguirles una expiación inmediata, una penitencia efectiva. Las aguas del origen los purifican, los lanzan a la dimensión contraria a la que los hizo conocerse; no por ello son menos violentos, pero la luz de la mañana y el líquido borran cualquier tacha. Luego, ya cansados, se recuestan sobre la tina y pasan horas y horas remojándose, ablandando sus músculos y sus espíritus, sumergiéndose en el pesado letargo del día, casi un sueño, algo que al ministro le hará pensar, horas después, cuando esté con el presidente Del Villar, que sus recuerdos son una especie de pesadilla, parte de un mundo que no es real, que no le atañe y que está completamente desligado de su función pública. Al menos puede fantasear: le hace sentirse mejor, seguro, incandescente.

Hasta que, como Lady Macbeth, se le meta en la cabeza la idea irreductible de que ni todo el océano sería capaz de limpiar la sangre que le entinta las manos, la oscuridad —la mujer— que le empuerca el alma.

Más que perder la cabeza, más que despeñarse en la insania, es como si la inteligencia de Nacho se agudizara con los celos y las sospechas, con la pasión que vuelca en su oscura tentativa de salvar a Marielena. En medio de la creciente penumbra de su cuerpo, su mente es brillante y suave, lo suficiente para darse cuenta de la dependencia que lo rodea, de lo que ella hace para sojuzgarlo, de lo que le miente y de lo que le oculta, del destino que se labra al lado del otro. No tarda mucho en descubrir, en darse cuenta, horrorizado, de que *el otro*, de que el sujeto por el que Marielena se pierde y lo tortura, es un político, un cerdo de los que gobiernan el país; siente su derrota doble: si al menos se tratara de un subversivo, de un ser único, desde luego no virtuoso, pero al menos distinto... No, Marielena se ha prendado de un arribista, de alguien inferior, del rival obvio del que se enamoraría cualquiera.

Su obsesión, entonces, se bifurca: ya no solo se trata de perseguir a Marielena, sino también al ministro: de conocer sus antecedentes y su pasado y su vida íntima, sus relaciones y sus enemistades, sus gustos y defectos, sus hábitos y manías y actitudes. Como si quisiera apresarlos, trata de aprendérselo de memoria, de conocerlo mejor que nadie, de hurgar en su alma sin que él se dé cuenta, de disecarlo, de realizarle una autopsia aun antes de que esté muerto: de apropiarse de él, de la sombra de Marielena.

La primera vez que se vieron los dos hombres fue, inevitablemente, en la morgue del Viejo; Alberto había decidido no regresar, pero en aquella ocasión la insistencia de Marielena había superado sus fuerzas. Nacho también había dejado de asistir a las sesiones de la *cofradía* desde que Marielena se

había alejado de ellas para complacer al ministro. Y entonces la mala suerte o el infortunio los hizo coincidir en otra de aquellas fiestas, en una más de las ceremonias fúnebres que, sin que ellos se diesen cuenta, los marcaban y prefiguraban, y los unían de modo mucho más íntimo del que hubiesen imaginado.

Ambos se saludaron cortésmente y se ignoraron con diplomacia a lo largo de la noche, si bien, colocados en los extremos, la mirada de Nacho no podía abandonar el rostro y la figura y la desnudez que Marielena compartía con el ministro.

Antes del alba, ella se le acercó para despedirse. Adiós, le dijo él lacónicamente, y se marchó por su lado.

Ella podía seguir narrándome episodios y aventuras, cientos de escenas en las cuales comenzaban a definirse las relaciones entre los tres, la acabada perfección de un triángulo que iba delineándose pese a la voluntad de sus integrantes, el oscuro recuento de sus celos y estertores y diferencias, pero de cualquier modo era como si nunca hubiese existido una explicación clara, una causa cierta de lo que habría de ocurrir después; acaso Marielena no me engañaba ni ocultaba nada, pero también a ella le era imposible comprender lo que había sucedido, la trama en la cual ella era el centro. Se trataba de una elipsis insalvable, de un vacío que Marielena no podía llenar —y quizá nadie podría hacerlo—: cómo Nacho y el ministro y ella habían llegado a lo que habían llegado, qué había en sus personalidades, en sus características, en sus manías anteriores que prefigurase el fin, su transformación, la violencia que habría de desatarse en ellos.

—¿Qué pasó esa noche?

La memoria traiciona rápido, se desvanece pronto, los recuerdos cada vez más alejados de su fuente original, velados por las rememoraciones posteriores que se van superponiendo una tras otra.

—Nacho lo odiaba, pero nunca creí que llegara a hacerlo.

—¿Fue él?

—Me llamó desde el cuarto del hotel, agitado. Aquí lo tengo, me dijo, ven por él, quizá todavía lo encuentres caliente, o algo así.

—¿Nacho?

—Tomé un taxi y corrí a alcanzarlos; estaba terriblemente asustada y excitada. Todo me daba vueltas. Salí del taxi y no sé cómo llegué hasta el cuarto.

—¿Qué hora era?

—Temprano. Once, doce de la noche.

—¿El ministro estaba muerto cuando entraste?

—Estaba atado a la cama, sí. Pero también estaba muerto Nacho, tirado en el piso.

—¿Se suicidó después de asesinar al otro? —le pregunté.

—Lo mataron. No sé quién, ni por qué, pero lo mataron: su cabeza ya estaba amputada, junto a él.

—Entonces no fuiste tú.

—Lamento decepcionarte.

—¿Por qué te llevaste la cabeza entonces?

—Yo no hice nada. Al menos no lo recuerdo.

—¿Nacho mató al ministro o hubo un solo asesino de los dos?

—Tal vez Nacho actuó primero y luego alguien lo mató a él. En esos momentos creo que hubiera sido capaz, no sé. O quizá alguien aprovechó para acabar con los dos.

—¿Un enemigo del ministro?

—No sé, carajo, ya te dije que no sé.

—¿Nacho lo odiaba tanto? —traté de retomar el hilo.

—Era peor que eso. Su temperamento no estaba hecho para soportar nuestro ambiente: pensaba que debía salvarme de Navarro, que era necesario sacrificarlo. Para él Navarro era la encarnación del poder, del poder contra el que siempre debe lucharse.

—Un crimen pasional, ¿es eso? ¿Nacho te amaba?

—Yo era el pretexto. Él siempre quiso inmolarse, cometer un acto extremo; Navarro también era un poco así. Quizá los tres solos hubiésemos sido inofensivos, pero la combinación, la cercanía y la distancia de nuestros temperamentos...

Marielena se marchó poco después. Los relatos vagos, las alusiones perdidas, la ambigüedad, los secretos, el silencio: tenía ahí, a mi lado, a la única persona capaz de explicar las conductas de Ignacio y del ministro, a la persona que más cerca había estado de ellos en los últimos momentos, y quizá a la causante de sus muertes y, sin embargo, mi percepción de sus figuras no había mejorado mucho. Era como si resultase imposible arrancarle la verdad —o ella misma no la conociese—, como si no fuera posible enfrentarse a las fuerzas desatadas por el poder, la pasión y la locura, como si fuese mejor callar. Lo único que me quedó claro fue que esa noche, la noche del crimen en el cuarto de hotel o de motel, el doble homicida —sin saberlo, sin imaginarlo siquiera—, o Nacho —sabiéndolo, en el más extraño y abyecto acto de amor—, le concedió a Marielena el mayor de los placeres, cumplió el mayor deseo que ella hubiese podido desear (porque era irrepetible): le permitió, por una vez, llevar a cabo la combinación, ebria y fatal, entre su amor por la muerte y su amor por alguien vivo, la unión de la noche y el día, la posibilidad de gozar, aunque fuera solo entonces, por unos minutos, con el cuerpo inanimado del ministro.

«Interrumpimos la programación diaria para un mensaje, en red nacional, del doctor Corral Morales, en relación al homicidio del doctor Alberto Navarro.» Marielena tuvo a bien colocar en mi oscuro encierro un pequeño aparato de televisión —por primera vez iba a distinguir colores en muchos días— para que no perdiese detalle de los nuevos acontecimientos. Desapareció la imagen de Gloria de Zambrano (la protagonista de la telenovela de las nueve, *Amor de mentiras*), apareció un logo del Canal de los éxitos, luego un escudo nacional y, por fin, después de un despliegue de rayos láser formando el escudo de la Fiscalía General, y de varias tomas que enfocaban y desenfocaban su rostro, con la música de *Star Wars VII* (la mercadotecnia televisiva aplicada a la política), la figura mayestática pero sonriente del doctor Corral Morales («haga un esfuerzo, doctor, se lo suplicamos; la gente detesta los gestos adustos», «pero si estoy dando los pormenores de un magnicidio», «no importa el tema, haga como si le estuviera contando un cuento a sus hijos: de lo que se trata es de

retener su atención»).

«Conciudadanos —comenzó con su frase habitual, sazónada con esa sonrisa a medias que nadie antes le había visto—: distraigo su atención para hacer llegar a ustedes los resultados de las últimas investigaciones relacionadas con el homicidio del doctor Alberto Navarro, exministro de Justicia de la República, y del individuo identificado como Ignacio Santillán, ocurrido el pasado día 26 de agosto.

»De acuerdo a los informes periciales, a los dictámenes médicos, a los testimonios del personal del hotel y del Ministerio de Justicia, y a una cuidadosa reconstrucción de los hechos, se ha concluido lo siguiente:

»*Primero*. Que la noche del 26 de agosto el doctor Alberto Navarro recibió una llamada anónima, en la cual uno de sus informantes lo citaba para hacerle revelaciones urgentes, a las 23 horas en el motel Delfín.

»*Segundo*. Que, en cumplimiento de su deber, el doctor Navarro se trasladó sin escoltas al citado lugar, donde fue recibido por el sujeto, ahora identificado como Ignacio Santillán, presunto activista del FPLN, quien habría de hacerle importantes revelaciones sobre el movimiento guerrillero.

»*Tercero*. Que en ese lugar el doctor Navarro fue adormecido con un somnífero colocado en el refresco que Santillán le dio a beber y posteriormente amarrado y torturado antes de ser asesinado como consecuencia de una herida de arma punzocortante en la región intercostal, que incidió directamente en el pulmón izquierdo y el corazón.

»*Cuarto*. Que en este homicidio Ignacio Santillán actuó solo, y sin concurso de los demás miembros del FPLN.

»*Quinto*. Que posterior a este hecho, varios miembros del FPLN llegaron a la escena del crimen, donde, quizá por no seguir sus instrucciones precisas, o por actuar sin haber consultado a la Comandancia General del movimiento, en una típica ejecución miliciana —que incluyó su decapitación— Ignacio Santillán fue victimado por sus propios compañeros.

»En consecuencia de lo anterior, la Fiscalía ha determinado las siguientes acciones:

»*Primera*. Continuar con la campaña antiterrorista que los cuerpos policiales mantienen en la ciudad.

»*Segunda*. Llegar a sus últimas consecuencias en la investigación, a fin de hallar no solo a los autores materiales del crimen, sino también a los autores intelectuales.

»*Tercera*. Establecer las posibles vinculaciones entre activistas del FPLN y miembros del gobierno, actuando con estricto apego al derecho.

»El Gobierno de la República se compromete, como siempre, a seguir las pesquisas con estricto respeto a los derechos humanos —un miembro del Consejo de Derechos Humanos ha sido nombrado coadyuvante en la investigación— y, en virtud de la gravedad del caso, a la que se suma el secuestro del periodista Agustín Oropeza, se compromete a tener nuevos resultados que ofrecer a la opinión pública en el término de cinco días.

»Muchas gracias, conciudadanos.»

La sonrisa del doctor Corral Morales no había podido resistir hasta el final; la mía se transformó en rabia: sin pensarlo demasiado estrellé el televisor contra el piso.

La idea se incubó lentamente en la cabeza taciturna y mareada de Nacho hasta que por fin explotó como un tumor largo tiempo oculto y adormecido; como un cáncer maligno cuyas manifestaciones, aparecidas de pronto, fuesen ya incontrolables: tenía que eliminar al ministro, a su rival, al hombre que representaba la perdición de Marielena. ¿Así de simple? Quizá no, pero no hay modo de encontrar las razones, no hay forma de profundizar en los exabruptos de una mente como la de Nacho; intentarlo resultaría, de cualquier modo, una caricatura. Que fuese un proceso arduo y penoso o un simple capricho, no exento de vinculaciones con su infancia o sus obsesiones de siempre, resulta igual para nosotros: los homicidios, al menos si se trata de crímenes pasionales —pese a la rigurosa inteligencia con que son concebidos—, son siempre un misterio, una conmoción, una duda.

Ignacio sabía a la perfección los horarios y la agenda del ministro: seguía sus pasos y casi podía averiguar sus siguientes actividades —para su mala suerte o infortunio, Alberto era metódico y ordenado—, las horas en las que veía a Marielena o a los demás ministros. No le costó trabajo diseñar un plan, perfectamente creíble, simple y transparente —nunca creería que iba a tratarse de una trampa— para hacerlo caer. El motel Delfín era un lugar frecuentado esporádicamente por Marielena, ya un par de veces había llevado ahí al ministro, y a Nacho le pareció el escenario ideal para el montaje que estaba a punto de realizar. ¿Sabría desde el principio que iba a asesinar a Alberto o simplemente estaba probándose para ver hasta dónde era capaz de llegar? De nuevo yo no podría decirlo: parece que nunca sabremos si en realidad él llegó a convertirse en homicida o si fue victimado antes de atreverse a ello.

Como acostumbraba cada vez que veía a Marielena, Alberto acudió al motel sin escolta, ocultándose de todos y sin dar ningún aviso a nadie; cuando llegó, Ignacio lo esperaba —al menos en esto el dictamen del doctor Corral Morales no era falso—: iba a proporcionarle algunos datos de suma importancia. Pero ¿es que Nacho poseería algún dato relevante que aportarle al ministro como para que este accediese a verlo? No sonaba lógico hasta que comprendí que un vacío se cernía en medio de la trama, tenía que haber datos ocultos por Marielena al hacer su relato. Solo un motivo podía hacer creíble un encuentro así entre los dos personajes de esta historia: el chantaje (o su simulación). Claro, era la respuesta lógica: la candidatura de Alberto estaba en ciernes y el único modo con el cual Nacho sería capaz de atraer al ministro era con una amenaza de revelar sus incursiones nocturnas, su relación con los miembros de la *cofradía*, sus actuaciones extralegales, los datos que paciente y penosamente se había encargado de recopilar sobre él. No podía ser de otra manera: el ministro acudió a la cita y precipitó su muerte así como la del supuesto chantajista con el que habría de compartir la inmortalidad. Las dos fuerzas en pugna habían quedado unidas para siempre en el negro letargo de la noche.

—Ha estado siempre aquí, escuchándonos.

—Sí.

La voz del Viejo sonaba cansada, aturdida, como si le costase trabajo sostenerse en el aire. Nunca lo había visto, pero desde que entró en el cuarto —su silueta no podía ser la de Marielena— supe que se trataba de él. Si su apariencia era en verdad un reflejo de sus palabras, debía ser un

hombre enjuto, arrugado y amarillento, una caricatura de momia, casi un deshecho: no la figura esbelta y bien vestida —incluso agradable, a pesar de su edad— que, bajo el nombre de Joaquín Mercado, aparecía en las revistas de alta sociedad, ofreciendo banquetes y recepciones en su calidad de *ideólogo* de los empresarios del país.

—Usted sabe qué fue lo que ocurrió realmente en el motel, ¿verdad?

—Nadie podría calibrar las fuerzas que se desataron allí adentro —dijo Joaquín, o, mejor, el Viejo—. Pero más bien debemos cuidarnos de las de afuera.

—¿Por qué habla conmigo?

—No tengo nada que perder —continuó—. En fin, haz las preguntas, que es tu trabajo.

—¿Quién mató al ministro?

—Eres un periodista experto, ¿no? Por Dios, pregunta algo que en verdad importe.

—¿Quién mató a Ignacio Santillán?

—Debiste haber dicho a quién le convino la muerte de ambos.

—Bueno.

—Respóndete tú.

—¿Los enemigos del ministro?

—No: sus amigos.

—¿Un crimen político?

—El crimen es lo de menos, muchacho. Ya no interesa si Ignacio lo mató por celos o no. Alberto Navarro era un político y su muerte, inevitablemente, es política.

—Usted lo apoyaba para la candidatura.

—El presidente Del Villar es mi amigo, solo queríamos que tomara la mejor decisión.

—¿La *cofradía*?

—Muchos amigos, digamos.

—En cambio la versión oficial dice que fue la guerrilla.

—Y que la guerrilla te tiene secuestrado.

—¿Entonces por qué me tienen aquí? —le dije. Quería mirar sus ojos, encontrar en ellos la verdad que absurdamente me estaba revelando ahora.

—Muerto el rey, viva el rey.

—Iturbe ordenó mi secuestro —exclamé sin dudarlo.

—Fue una de las condiciones que nos puso.

—¿Para provocar la caída del ministro de Hacienda? Es absurdo.

—No podíamos negarnos.

—Sigo sin entenderlo.

—Luciano Bonilla... ¿Cómo decirlo?: originalmente era el segundo de mi lista.

—Entonces lo que pretende Iturbe es...

—Sí, muchacho, atar los cabos. Acuérdate que *yo soy* quien financio a la guerrilla... Y al ministro de Hacienda.

—Todo es lo que no es.

—Brillante deducción. Ahora solo nos resta esperar.

Fueron las últimas palabras de Mercado. Como si se hubiese tratado de una premonición, a los pocos minutos se escucharon las primeras sirenas.

A veces la muerte inmortaliza, a veces la muerte vuelve célebre a quien la ha sufrido, sí, pero esta inmortalidad es solo una máscara, una sombra detrás de la cual quedan ocultos, para siempre, los rasgos verdaderos del yacente, sus emociones, sus pasiones, sus gustos, sus olvidos. Porque la inmortalidad desdora, paraliza, mata: asesina todo aquello que hubo atrás, en aras de construir una imagen única, inolvidable, eterna. Es como si fuese necesario que todos nos convirtiésemos en una sola cosa, como si hubiese un imperativo que prefiriese los sustantivos únicos a las descripciones pormenorizadas, como si el mundo, ahíto de memoria, prefiriese tener que recordar solo unos cuantos datos —un nombre, un mote, un epíteto— en vez de los cientos y miles de palabras que forman una vida. La posteridad no quiere ni desea ni pretende biografías, sino epitafios.

¿De qué sirven entonces tantas páginas derrochadas en descubrir vidas, relaciones, causas? O al menos el intento de barruntarlas. Ni siquiera puedo decir que me hayan servido a mí: mi inmortalidad no quedará asegurada, ni siquiera la verdad que me forma y que me ata a mí mismo. ¿Saber la verdad representa una esperanza, un desafío? ¿Una responsabilidad, acaso? Entre tantos datos, en medio de la vorágine de palabras y signos e imágenes que nos asaltan a diario, nada de lo que alguien, un solo hombre, sea capaz de afirmar resulta ya importante. Vivimos en un mundo sin revelaciones, sin profetas, en el cual la voz ha caído al último escalón en el rango de aficiones de los hombres. ¿La verdad? Independientemente de que exista o no, lo cierto es que el liberalismo de nuestras instituciones nos permite gritarla y corearla, incluso en los medios de comunicación, proclamar nuestra inocencia o nuestra culpa —somos criaturas protegidas con derechos humanos y libertad de expresión—, pero, inevitablemente, por más que la digamos y repitamos una y otra vez, a nadie le interesa escucharla. Cada uno tiene la suya propia, sus propias visiones y sus propios conflictos; todos estamos demasiado ocupados para investigar —o siquiera oír— la opinión ajena, que no pasa entonces de ser un mero entretenimiento —fugaz, como debe ser—, un tema más entre los miles que nos llegan y ahogan todos los días.

Nacho ya no es más que un asesino, un terrorista; Navarro, un ministro de Justicia asesinado escandalosamente; y yo, tan solo un periodista secuestrado por la guerrilla. ¿Alguien podría desmentir estas afirmaciones? ¿Alguien tendría interés en escuchar el desmentido? Quizá solo los poderosos, siempre tan llenos de miedo —irracional, por cierto— frente a la palabra y las denuncias, se tomarían la molestia de indagar un poco, de ver hasta dónde les conviene o perjudica lo dicho, para modificarlo gracias, justamente, al poder que tienen; ellos son los únicos capaces de inquietarse ya por la verdad, por eso están tan obsesionados con que les pertenezca: si supieran lo poco que cuenta no se tomarían tantas molestias en acallar o convencer o censurar... Pero a veces no queda otro remedio que aprovecharse de su pánico, es el único modo de resistir la incertidumbre futura.

«Conciudadanos —de nuevo la voz del doctor Corral Morales, seca pero ahora con un rictus que en verdad reflejaba emoción, cierta alegría creíble, cierto orgullo—, me dirijo a ustedes para informar a la opinión pública sobre los últimos acontecimientos relacionados con los casos Navarro y Oropeza (ahora estamos en condiciones de relacionarlos), siguiendo las instrucciones que al respecto han tenido a bien darme el presidente Del Villar y el ministro del Interior, el doctor Gustavo Iturbe.»

De seguro asesorado por un director de escena que antes hacía telenovelas para la televisión privada, el Fiscal General hizo una pausa (que habría de acentuar el suspenso y aumentar la expectación); la imagen permaneció congelada durante unos segundos, un narrador anunció comerciales y prometió que el Fiscal regresaría en un momento. Mientras aparecían anuncios de detergentes, toallas femeninas y *brandys* (los eternos patrocinadores del gobierno), yo traté de adivinar cuáles serían las conclusiones del funcionario, pero me abstuve de comentarlas con mi acompañante, que se mantenía atento a las imágenes que se desarrollaban en la pantalla y a las canciones y eslóganes que salían de las bocinas que cimbraban su oficina. Por fin reapareció de nuevo la figura del doctor:

«El día de hoy —continuó Corral Morales; su sonrisa era cada vez más ancha—, en uno de los operativos antiguerrilla más importantes llevados a cabo por esta Fiscalía, en coordinación con el Ministerio del Interior y el Gobierno del Distrito Federal, pudo finalmente concluirse la investigación sobre el homicidio del doctor Alberto Navarro, exministro de Justicia de la República, así como el rescate del periodista Agustín Oropeza, secuestrado por miembros del FPLN desde el pasado día 7.

»Gracias a reportes de vecinos de la zona, y a la minuciosa investigación desarrollada por el Comando Antiguerrilla de esta dependencia en el Distrito Federal —casi se le cortaba la voz—, nos fue revelada la serie de extraños movimientos que venían llevándose a cabo en casa del empresario Joaquín Mercado, alias el Viejo —su fotografía apareció en la pantalla, a un lado del informante—, ubicada en Nogales, 15, colonia San Ángel, los cuales pronto se relacionaron con otros informes que habíamos recibido respecto a las actividades de este hombre, todas ellas relacionadas con el lavado de dinero proveniente del narcotráfico y la protección que brindaba a presuntos miembros del FPLN.

»De este modo, gracias a la celeridad con que el juez quinto de Distrito en materia penal, el licenciado José Morúa, nos entregó la orden respectiva, a las 15.25 horas del día de hoy los cuerpos de seguridad pública de esta Fiscalía, del Ministerio del Interior y del Gobierno del Distrito Federal se presentaron ante la casa del susodicho señor Joaquín Mercado. Mediante el uso de altavoces se le indicó que habría de ejecutarse una orden de cateo en las instalaciones de su casa, sin que se haya obtenido respuesta alguna de su parte. Ante el silencio, las fuerzas del orden se dispusieron a ingresar en el citado domicilio cuando, desde el interior, fueron repelidos por disparos de ametralladoras Uzi y rifles AK 47.»

En el ángulo superior izquierdo de la pantalla se abrió un recuadro en el cual comenzaron a aparecer las imágenes del tiroteo; apenas podían distinguirse las figuras, pero el humo y el sonido de los disparos bastaban para volver convincentes las palabras del Fiscal. Entretanto, mi acompañante

también reía satisfecho.

—Las maravillas de la edición digitalizada —se limitó a decirme.

Yo permanecí en silencio.

«Finalmente —prosiguió el doctor Corral Morales, entusiasmado—, tras cuarenta y cinco minutos de refriega, algunos miembros del Comando Antigüerrilla pudieron introducirse en el domicilio del señor Mercado; a las 16.55 horas del día de hoy el fuego había cesado y la situación se encontraba ya en manos de las autoridades.»

Una nueva interrupción de comerciales de muebles de madera corrugada y de alimentos para niños hizo desaparecer al doctor. Mi acompañante parecía más entretenido que si estuviese viendo una vieja película de naves espaciales o *Rambo: la nueva generación*.

—¿De veras no quieres un refresco? —me dijo—. Falta lo mejor.

—No.

«Al término de la refriega —Corral Morales exultaba—, pudimos llegar a los siguientes resultados:

»*Primero*. El periodista Agustín Oropeza fue rescatado con vida e ileso.

»*Segundo*. En el transcurso del tiroteo perdieron la vida Joaquín Mercado y una mujer identificada después como Marielena Domínguez, alias Marielena Mondragón, amante del primero —sus fotos de nuevo en la pantalla—. De la evidencia encontrada en el lugar de los hechos se desprende su pertenencia a los comandos de élite del FPLN. De hecho, se ha llegado a la conclusión de que Mercado era uno de los principales sostenes económicos de la guerrilla.

»*Tercero*. Asimismo, la evidencia encontrada en una bodega en la casa de Mercado —armas largas y cortas, dinamita, planes y grabaciones— demuestra su participación en el homicidio de Alberto Navarro, ministro de Justicia.

»*Cuarto*. En otra parte de la mansión de Mercado se halló una pequeña morgue y muchos de los cuerpos robados en diversas instituciones de salud, lo que también prueba su presunta responsabilidad en estos delitos.

»*Quinto*. Otras seis personas (entre las que se encontraba un sujeto disfrazado de payaso) fueron detenidas en el lugar de los hechos y ya han quedado a disposición del juez quinto de Distrito en materia penal por su complicidad en los hechos antes mencionados.

»De todo lo anterior se concluye que la guerrilla urbana es un movimiento financiado por algunos grupos empresariales para provocar la desestabilización del país, y, a partir de la evidencia encontrada en casa de Mercado, es posible que en él también resulten implicados miembros de importantes círculos financieros gubernamentales.

»Por instrucciones del presidente Del Villar y del ministro Iturbe —la vanidad de Corral Morales parecía un aura que lo rodease—, el gobierno de la República se compromete a continuar las investigaciones con la misma eficacia y transparencia demostradas hasta ahora; la seguridad pública es un derecho que merecemos todos los habitantes de esta nación. Muchas gracias.»

—Corral no es muy brillante —terminó por decirme el ministro Iturbe antes de apagar su enorme aparato de televisión con el control remoto—, pero desde luego es eficiente.

Ella apareció en mi casa de improviso (¿cómo habría obtenido mi verdadera dirección?), como

algo que me restituía de pronto al mundo, a la libertad, a ese espacio cotidiano que creí perdido para siempre. En cuanto se enteró de mi liberación —sus contactos seguían siendo buenos— Azucena corrió a buscarme y fue la primera en verme (incluso antes que los reporteros que, ansiosos, me esperaban en casa de mi exesposa). Ahora, quizá porque la ocasión ameritaba un atuendo especial, vestía una minifalda azul marino, una blusa blanca, casi transparente (sus pezones parecían un par de adornos de la tela), y una corbatita de colores chillantes perfectamente anudada al cuello. Su chófer se encargó de estacionar el coche sobre la acera y ella bajó rápidamente de él como si temiese que unos inexistentes admiradores fuesen a asediarla; le abrí y la hice pasar de inmediato.

Apenas me dio tiempo de saludarla cuando se abalanzó sobre mí, se arrancó los calzones y me bajó los pantalones en un santiamén (tristemente, el parecer un héroe o una víctima resulta un afrodisíaco para las mujeres tanto como el poder); me hizo el amor furiosamente —tengo que decirlo así— sobre la alfombra de la sala, hasta que al fin pude recuperarme.

—Quería darte una bienvenida inolvidable —dijo.

—Pues vaya si lo hiciste.

Me acomodé la ropa y me dirigí a la cocina para servirnos algo de tomar. Al fin una coca-cola, pensé, recordando el agua Evian que se habían encargado de proporcionarme mis captores.

—¿Te hicieron algo?

—No me violaron.

El rostro de Azucena, satisfecho de su entrega anterior, como si hubiese cumplido con un sacrificio voluntario, ahora estaba lleno de una curiosidad que le devolvía a sus facciones el aspecto infantil que debían tener (a pesar del lápiz labial corrido que le afeaba las mejillas y el cuello).

—¿Y cómo son?

—¿Quiénes? —pregunté entre sorbo y sorbo.

—¿Conociste al teniente *Gabriel*?

—¿A quién? —me irrité.

—¿Tiene los ojos azules debajo del pasamontañas y del sombrero de charro?

—Nunca lo vi.

—No mientas, Agustín.

—Ya te dije que no lo vi. No he visto a un guerrillero en mi vida.

—¿Te tenían amarrado? ¿Vendados los ojos?

—Eso es, sí.

—Pero platicaste con ellos...

—De mujeres —cedí—. Hablábamos de mujeres. Les platiqué de ti.

Sus dieciséis años se encendieron:

—¿De mí?

—Les dije que eras la *mejor*.

—¿Crees que me busquen?

—Claro, hasta les di tu teléfono. —Me senté en un sillón, agotado.

—¿Te imaginas? —fantaseaba ella, caminando de un lado a otro—. A lo mejor en una misma semana puedo estar con un miembro del gabinete y con un enmascarado.

—O en la misma cama con el ministro de Hacienda y con el teniente *Gabriel*.

—No te burles. Además, el ministro de Hacienda va a renunciar hoy por la noche.

—¿Cómo sabes eso?

—Una se entera, ya sabes. Parece que tenía negocios con el empresario que apoyaba a los terroristas, debes haberlo conocido, ¿no?

—¿Mercado?

—Ese.

Azucena trató de besarme de nuevo, agradeciéndome al oído la promoción que le había hecho. «Es uno de mis sueños de toda la vida, acostarme con un encapuchado», repetía mientras deslizaba su lengua por mi cuello. Por fortuna sonó el teléfono. Me levanté a contestar.

—Sí..., sí..., sí —dije rápidamente por el auricular. Azucena volvió a la carga:

—¿Quién era? —me preguntó.

—El secretario del presidente Del Villar. Me espera hoy a las ocho.

—Excelente —terminó ella—: todavía nos quedan tres horas.

Cuando alguien ha visto tantos muertos como yo, cuando ha presenciado tantos escándalos y tanta sangre, cuando ha sabido de traiciones y robos, cuando se está dispuesto a aceptar todo lo escabroso y bizarro como parte de la vida cotidiana, muy pocas cosas son capaces de amedrentar o sorprender; es como si el mundo se redujera y el asco y la furia tuviesen que ser desterrados para poder sobrevivir en él. Sin embargo, la mirada del anciano Del Villar siempre me atemorizó; lo había visto en persona solo un par de veces —durante su candidatura y en una comida del día de la libertad de prensa—, pero las incontables fotos e imágenes suyas aparecidas en los diarios y la televisión (después de muchas resistencias él había logrado desterrar la costumbre de poner una fotografía suya con la banda presidencial en todas las oficinas del gobierno) bastaban para que fuese una presencia cercana y a la vez incognoscible. De su honradez, limpieza e inteligencia nadie dudaba —el oprobio cayó sobre un caricaturista que tuvo el atrevimiento de retratarlo afectado de una tranquila demencia senil—, sin embargo, cada vez estaba más lejos de los asuntos de Estado —se decía que más bien se dedicaba a retocar sus memorias en seis tomos—, asumidos entonces por los miembros de su gabinete con singular enjundia. No se trataba precisamente de una figura decorativa, sino más bien de una imagen de la nueva democracia mexicana, un estandarte, un adalid en torno al cual se justificaban todas las medidas de la administración pública. Pero el sexenio estaba por concluir y la vieja e inexorable ley del país sobre la sucesión presidencial ni siquiera a él iba a dejarlo indemne: los críticos se preparaban para denunciar sus errores y su indiferencia en cuanto fuese nombrado el nuevo candidato de los partidos de coalición en el gobierno.

Me recibió en una pequeña estancia de sus oficinas —un enorme cuadro de Madero al centro, una pequeña mesa oval y mullidos sillones de cuero—; antes de entrar, su secretario, Christóbal Domingo, un frustrado crítico literario convertido en funcionario neoliberal tras un pasado comunista

gracias a incansables alabanzas a la prosa de su jefe, me advirtió que se trataría de un encuentro breve: el presidente solo quería saber cómo me encontraba tras el «inhumano atentado» que había sufrido.

La mirada del anciano era dura, en efecto, pero con un toque de sagacidad que no poseían sus jóvenes colaboradores. Conversamos durante unos quince minutos —de literatura la mayor parte del tiempo, por supuesto—, me hizo una o dos observaciones que me parecieron, si no brillantes, al menos atinadas, insistió mucho en conocer mi estado de salud, física y mental, así como el trato que me habían dado mis captores y, por último, antes de despedirse, en la puerta de su despacho (yo había esperado durante todo ese tiempo la frase célebre, el aforismo inmortal que pronunciarían sus labios y al parecer estaba a punto de hacerlo), me dijo que había platicado con el doctor Iturbe, el ministro del Interior, y que, si yo estaba de acuerdo, la presidencia me propondría como candidato al Premio Nacional de Periodismo del año.

A veces la muerte immortaliza: recuerdo que fue lo primero que pensé al ver los cuerpos en aquel cuarto de motel, al lado de Juan Gaytán; sin embargo, no imaginé que aquellas muertes ajenas (todas lo son: la propia muerte no existe), además de convertir a los sujetos destrozados en célebres cadáveres, habrían de arrancarme a mí toda inmortalidad posible. Nacho y el ministro estaban muertos muy muertos y nada podía hacerse para remediarlo: investigar las causas y las conexiones que los llevaron a compartir aquella escena postrera, tal como lo intenté yo, era desde el inicio un absurdo, una trampa que, sin darme cuenta, tendía contra mí mismo: ni siquiera llegué a conocer la verdad verdadera, ni siquiera conocí más de cerca a mi antiguo compañero de escuela como para averiguar si había sido o no un asesino (o al menos un torturador o un verdugo eficiente). Su figura era para mí tan nebulosa y desconocida como al principio, a pesar de las pesquisas, las pistas y cuanto había tratado de unir de su maltrecha historia. Conocía dos o tres anécdotas suyas que antes no había escuchado, incluso vi y platiqué varias horas con la mujer que había unido los desastrosos caminos de los dos occisos, pero ello no me hacía comprender mejor lo que había sucedido.

La guerrilla urbana había sido disuelta (al menos eso es lo que proclamaban los medios en una alabanza constante al orden y al Estado de derecho), a pesar de que el verdadero teniente *Gabriel* (pero ¿en realidad sería el *verdadero*?) se afanara en desmentir, furibundo, en incontables y nunca leídos comunicados que ya solo le publicaba *El Imparcial* —con letra mínima en la sección de quejas—, que el FPLN no había tenido nada que ver ni con el homicidio de Navarro ni con mi secuestro, y que ni Mercado ni nadie los financiaba. Por otro lado, al presentar su dimisión, el doctor Luciano Bonilla, ministro de Hacienda, implícitamente aceptaba su responsabilidad en negocios con Mercado, si bien ninguna acción judicial se levantó en su contra y muy pronto se le volvería a ver entre los infaltables integrantes de la administración pública del país. De este modo, el camino a la presidencia se mostraba abierto para el doctor Iturbe, ministro del Interior, y su postulación, llevada a cabo en asambleas simultáneas por los partidos de la coalición en el gobierno, no fue una sorpresa para nadie. Me tocó presenciar su doble aceptación en una cadena nacional mientras Azucena me daba un espléndido masaje en las piernas.

La verdad: a quién podría interesarle si es que acaso existiese una forma de conocerla con certeza; lo único que importan son (como bien lo saben los dueños de *Tribuna*) los escándalos, es decir las verdades a medias, las alteraciones, las medias mentiras que no dejan de ser mentiras pero que se convierten en verdad («¿cómo no va a ser cierto, si lo decía el periódico?») al menos por unos segundos. Nadie busca verdades, sino entretenimientos: máscaras para divertirnos unos instantes, para hacer como que comprendemos lo que sucede a nuestro alrededor, lo que le pasa a las demás personas, lo que nos aflige o nos tortura: no más. Por eso los diarios y las revistas (incluso las más amarillistas) aparecen siempre antes del crepúsculo —en la madrugada o a media tarde—: están hechas para ser leídas y creídas durante los momentos de luz; luego sobreviene la oscuridad y todos sabemos que entramos al mundo de la ficción, de la irrealidad y de la farsa (o al menos de esa otra mitad del universo que también nos forma y nos inventa). La noche borra las diferencias, nos dice al oído, casi en un susurro, que cuanto vimos en el día se debió a las diversas luces —ya determinadas, ajenas a nosotros, astutas— que bañan a los objetos y a las personas, no a los objetos y a las personas en sí. La verdad, lo que creemos que es la verdad, no es sino un acto de violencia que le hacemos a las cosas; es mejor olvidarse de ella y dormir o hacer el amor o ver la televisión o emborracharse al cobijo de las tinieblas, cuando nada importa, cuando todos somos idénticos y nuestros actos, ocultos, no le incumben a nadie. Nacho y quizá el ministro tenían razón al obsesionarse con lo que no se ve, con las fuerzas de la noche: fueron aquellos adoradores del día —de las imágenes públicas y de los mítines— quienes los acallaron, quienes los asesinaron y quienes los devolvieron, para siempre, al reino al que pertenecían desde hacía mucho.

Es una lástima que nunca vaya a poder escribir sobre lo que sé: al menos mi conocimiento ha funcionado como una amenaza fallida. Por lo pronto —antes de preparar mi discurso de aceptación del Premio Nacional de Periodismo— debo dedicarme a escribir:

Cómo fui rescatado de manos de la guerrilla

La crónica de mi secuestro que aparecerá la semana próxima en *Tribuna del escándalo*: mi reaparición, mi regreso triunfante: mi pequeña, áspera inmortalidad.



JORGE VOLPI (México, 1968). Es autor de las novelas *A pesar del oscuro silencio*, *La paz de los sepulcros* y *El temperamento melancólico*, así como de la «Trilogía del Siglo XX», formada por *En busca de Klingsor* (Premio Biblioteca Breve), *El fin de la locura* y *No será la Tierra*. También ha escrito los ensayos *La imaginación y el poder. Una historia intelectual de 1968* y *La guerra y las palabras. Una historia intelectual de 1994*. Sus libros más recientes son *Mentiras contagiosas* (Premio Mazatlán 2008) y *El jardín devastado*. En 2009 le fue concedido el II Premio de Ensayo Debate-Casamérica por su libro *El insomnio de Bolívar. Consideraciones intempestivas sobre América Latina a principios del siglo XXI*. *Oscuro bosque oscuro* marca el brillante regreso de Jorge Volpi al tema que lo distinguió como un autor capaz de sondear las zonas más escabrosas de la historia reciente.